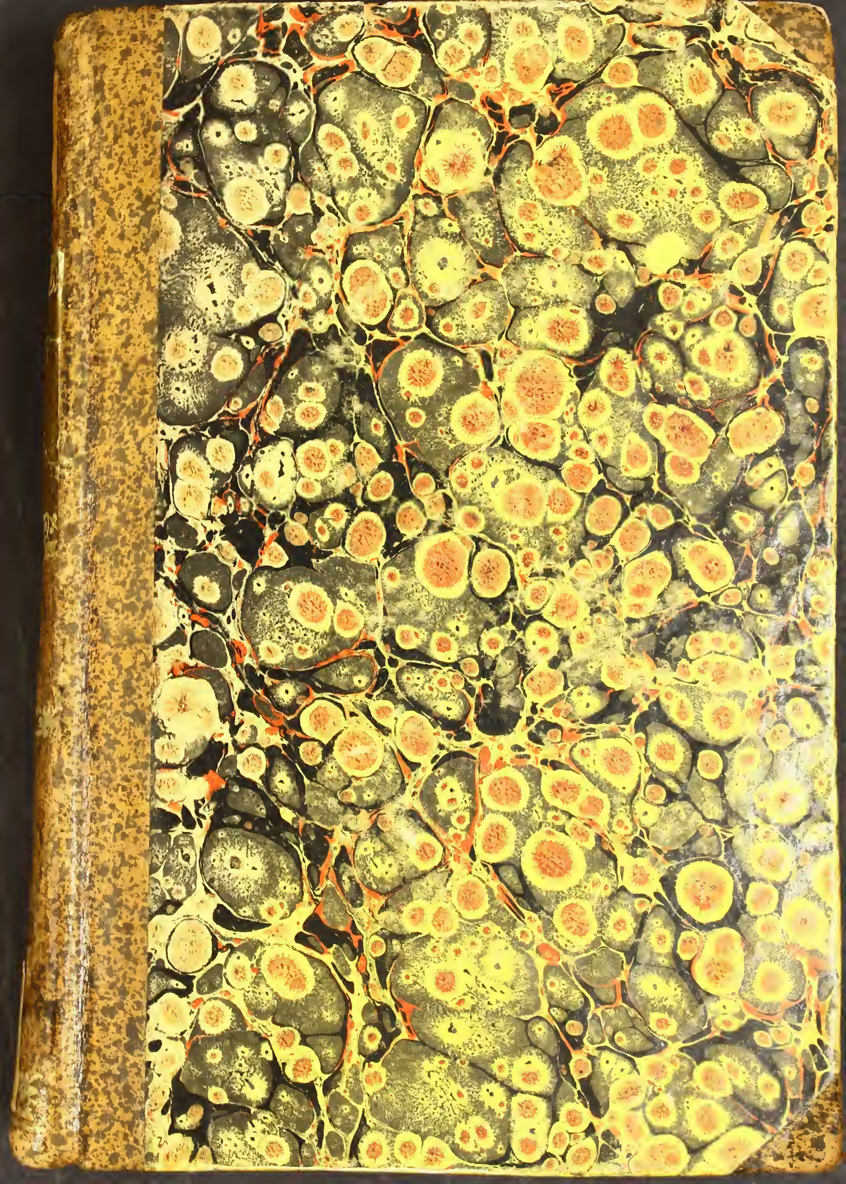
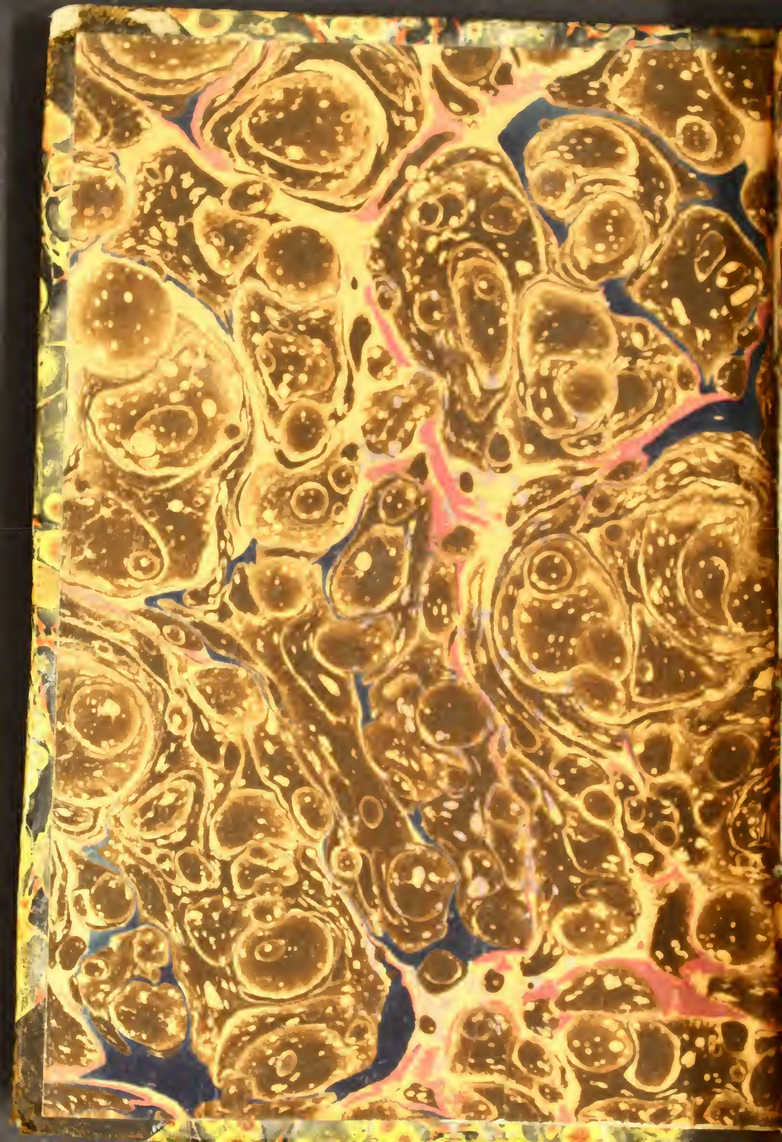
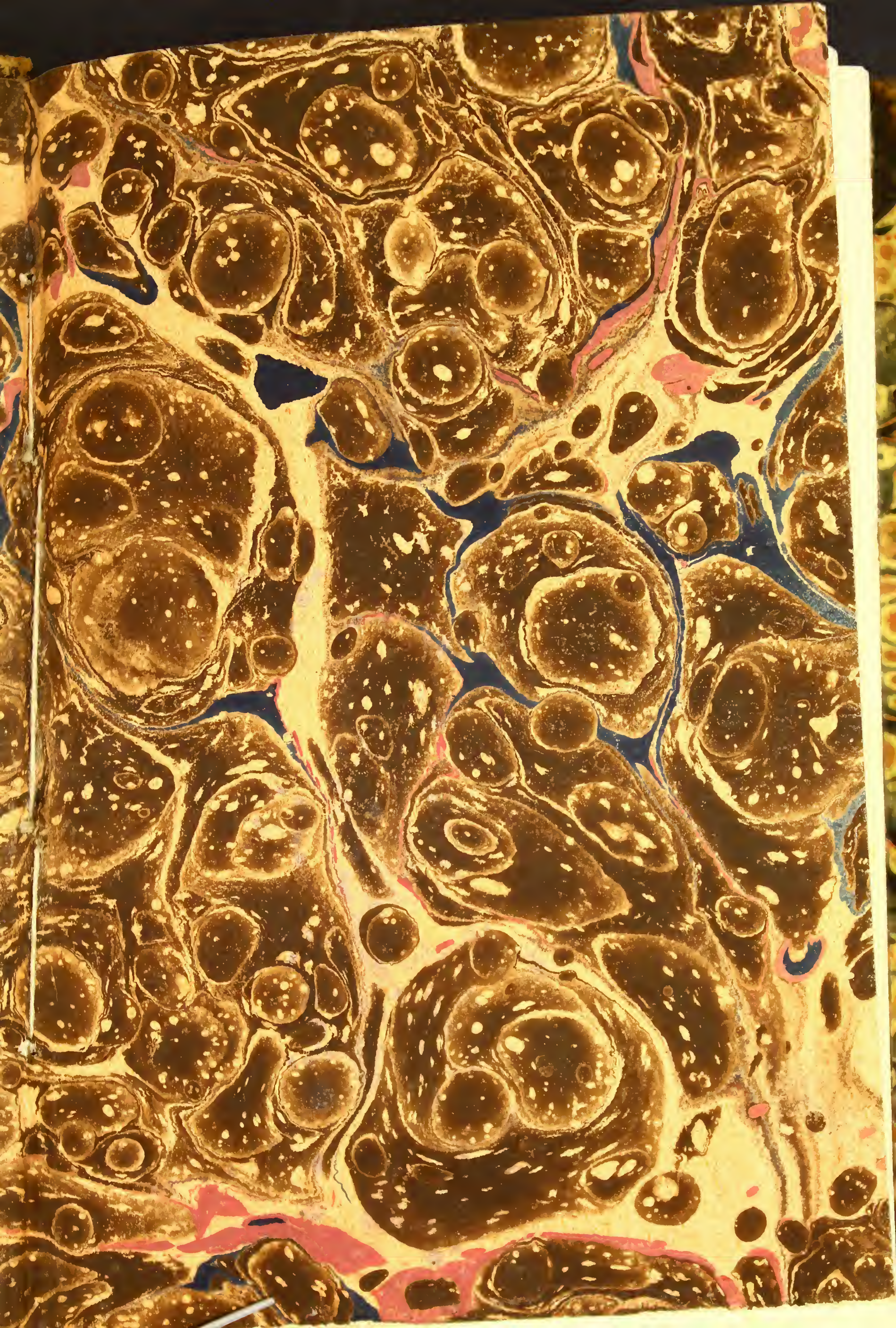






1.. El Principe de Maquiavelo = Madrid = Amarita = 1825

2.. Gramatica latina = Madrid = Yergu = 1840.

3.. Elegia á la muerte de Joaquina Moreira = Lima = 1830

101 – B.

EL PRINCIPE

DE

NICOLAS MAQUIAVELO,

TRADUCIDO

DEL TOSCANO AL ESPAÑOL.

MADRID
En la Imprenta de D. Leon Amarita,
Carrera de san Francisco, número 1.
1821.

PROLOGO

DEL TRADUCTOR ESPAÑOL.



Todo el que lea con atencion este opúsculo, y considere las espresiones de su autor en la dedicatoria y en la exhortacion enérgica del capítulo último, reconocerá al instante que se han engañado con J. J. Rousseau, cuantos han creido que el *Príncipe* del secretario florentino era una sátira hecha de propósito contra el poder arbitrario.

No hay duda en que Maquiavelo de muy buena fe alambicó, digamoslo asi, sus vastos conocimientos históricos para componer el arte de gobernar que nos ha dejado en esta pequeña obra. Si sus máximas y reglas no siempre son conformes á los principios de la justicia y de una buena moral, es porque entonces considerandose casi todos los estados de Europa como patrimonios legítimos de ciertas familias, y á sus habitantes como vasallos que habian renunciado á los derechos de su

naturaleza, ó no los conocian, toda la ciencia política se reducia á enseñar á los príncipes el modo mas facil y seguro de mantenerse en la posesion de sus dominios, justa ó injusta, legítima ó abusiva, y cómo podrian sacar de ellos todo el aprovechamiento posible, sin peligro de perderlos por la rebelion ó resistencia de sus habitantes.

Habiendo sido la equidad lo que menos se ha consultado siempre para la eleccion de estos medios, al verlos reunidos todos bajo una forma clara y sistemática, no debia estrañarse su deformidad: lo mas admirable es, que habiendose adoptado en todos tiempos, afecten una aversion tan profunda al ingenioso maestro de ellos sus mas fieles discípulos y acérrimos partidarios.

En nuesto juicio no han sido nunca ni todavia son otra cosa que maquiavelistas prácticos, mas ó menos hábiles y fecundos en recursos útiles al interés personal de sus amos contra los pueblos, todos los estadistas sobresalientes de la antigüedad, y los que hoy gozan de mayor nombre en Europa, desde el famoso cardenal Jimenez de Cisneros, ministro de Fernando V, cu-

ya artificiosa política sirvió tantas veces de modelo á nuestro autor, hasta el inepto Lozano de Torres en España; y desde los Cronvelo de Inglaterra, y los Bonaparte de Francia, hasta los plenipotenciarios y consejeros áulicos de los gabinetes de la santa-alianza.

El veneno de la doctrina de Maquiavelo se encierra todo en la observancia y aplicacion de esta máxima: *que á falta de medios justos, es lícito el sacrificio de la moral á la razon de estado:* máxima nada edificante á la verdad, pero que por desgracia aprendieron muy bien los ministros antiguos, y no necesitan que se les inculque los modernos: máxima que se encuentra adoptada en todos tiempos por todos los gabinetes de Europa, proclamada y recibida por casi todos los publicistas españoles, y esto á pesar de la hipocresia mañera con que se han proscrito las obras y aun el nombre célebre del primero que la estableció como un dogma político. Maquiavelista puro fue el célebre Antonio Perez, cuyas luces sin embargo se disputaban á porfía la España y la Francia en el siglo XVI: maquiavelistas puros han sido todos los ministros y escritores

famosos de Europa, que por aquella época y las posteriores fueron formandose sucesivamente en la escuela de Italia, como los Richelieu, Mazarino, y D'Osiat de Francia; los Alberoni, y los Covarrubias, Bobadilla, Barrientos, Saavedra y Marquez de España. Para no detenernos en hacer cotejos tan fáciles como prolijos sobre la exactitud de esta observacion, nos limitarémos á hacer las dos indicaciones que siguen acerca de las obras de nuestros dos mejores escritores políticos antiguos. Primera. El que haya visto el libro del *Príncipe* y lea despues las *Empresas políticas de Saavedra* que andan en manos de todos, no solo encontrará en esta última obra la misma doctrina, sino muchos pedazos traducidos de aquella literalmente. Segunda. El que coteje los aforismos que sacó de Cornelio Tácito su ingenioso traductor español, Alamos Barrientos, con las máximas de Maquiavelo, hallará la mas exacta conformidad; no pudiendo ser otra cosa, respecto á que el uno y el otro tomaron de la misma fuente sus conocimientos políticos.

¿En qué se funda pues la repugnancia que al mismo tiempo muestran to-

dos en que se les califique de sectarios de este célebre escritor? ¿Por qué se ha prohibido la lectura de sus obras á las mismas personas á quienes se permitia últimamente manejar y poseer las de Hobbes, las de Dupuy y las de Pigaut-Lebrun? ¿Cómo es que los filósofos mas desconceptuados entre ciertas gentes, como Bayle y Voltaire, se han reunido con los jesuitas para maldecir y calumniar á Maquiavelo? Estas cuestiones son curiosas, y dignas de que se diga algo sobre cada una de ellas.

Aquella sentencia tan sabida de los latinos, *salus populi suprema lex esto*, suponiendo que debe interpretarse, *salus principis* en los gobiernos absolutos, donde el monarca lo es todo y el pueblo nada, ha sido invocada con frecuencia por los políticos susodichos para cohonestar la violacion de las leyes divinas y humanas: y suponiendo tambien que la palabra *estado* quiere decir el *patrimonio*, la *propiedad* del príncipe ó del señor, como si dijeramos, mi casa, mi hacienda, mi ganado, sin ser los hombres otra cosa que agregaciones de animales semovientes, necesitados del cuidado de un pastor que se

aproveche de sus frutos; al intento de la conservacion y beneficio de esta especie de propiedad, llamada pomposamente *razon de estado*, se han sacrificado sin escrúpulo ni remordimiento los principios de equidad y de justicia, cuando lo han requerido asi el interes personal, el simple beneplácito, ó las pasiones del que mandara en virtud de un título que estuviese ó esté tenido todavia por *legítimo*. Pero los animales semovientes llamados hombres que pueblan estas posesiones inmensas, tienen pies y manos, y juntos pueden mucho mas que el que los gobierna por su conveniencia propia; lo cual debia inspirar recelos de que se reuniesen alguna vez y no quisieran dejarse despojar de sus cosas, como los carneros de su lana; y en este caso, que es el gravisimo de la *rebelion*, la razon de estado autoriza á cometer todo género de violencias, á engañar, á robar y á matar por el imponderable beneficio de la *tranquilidad pública*. El principio de *la legitimidad mal entendida* es un dogma que no puede sostenerse por otros medios; y siendo los hombres malos, es decir, *indóciles* algunas veces, ha si-

do preciso tambien valerse de artificios para mantenerlos en los límites de su deber.

Abusar del poder cuando puede hacerse impunemente so color de utilidad pública: holgar y gozar á espensas del sudor ageno representando en la tierra el papelon de Júpiter, supremo dispensador del bien y del mal, son cosas agradables y muy lisonjeras; pero merecer entre los hombres la calificacion de asesino, de ladron, de pérfido, de embustero, de licencioso, á nadie le gusta. Hé aqui pues por que ninguno quiere ser tenido por maquiavelista, aunque los príncipes absolutos y sus ministros hayan pretendido carta blanca para cometer todo linaje de delitos. La buena fe es el alma de los contratos; y el primero, el mas esencial y sagrado de todos es el que media entre los gobernantes y los gobernados para la felicidad comun; pero sin embargo, mientras la política no fue mas que el arte de mandar arbitrariamente á título de conquista ó de heredamiento, el egoismo, la falsedad, el disimulo artificioso y una conciencia imperturbable eran prendas características de todo el que queria medrar en los palacios, ó por

la carrera ministerial y diplomática. Sabiase que los principios de aquella ciencia, considerada relativamente al interes personal y esclusivo de los príncipes, no podian conciliarse con los de la sana moral; asi las obras políticas de Maquiavelo, que han sido siempre el *manual* de los monarcas absolutos, de sus ministros y consejeros áulicos, no han causado siempre el mismo escándalo (1). Durante mucho tiempo han estado en gran veneracion, y por desgracia tienen todavia por lo menos tanto número de parciales como de detractores.

Leon X, miembro ilustre de la familia de los Medicis de Florencia, y coetáneo de Nicolas Maquiavelo, fiel y celoso servidor de aquella casa, hizo siempre el mayor aprecio de la persona, conocimientos y obras políticas, históricas y dramáticas de este último. Ni el citado pontífice, ni sus inmediatos sucesores Clemente VII, Paulo III, Julio III y Marcelo II tacharon jamas

---

(1) En la biblioteca del Escorial hay un ejemplar del *Príncipe* de Maquiavelo anotado por Felipe II.

á Maquiavelo de maestro de impiedad y corruptor de la moral pública: por el contrario, algunos de ellos recomendaron sus obras y protegieron su venta. Al mismo tiempo que el cardenal Polo, animado, no de celo por la religion y los buenos principios, sino de sus resentimientos personales contra Enrique VIII de Inglaterra y su ministro Tomas Cronvelo (que prodigaban elogios al libro del *Príncipe*), era el primero que levantaba el pendon para reunir los adversarios de Maquiavelo; el papa Clemente VII en 23 de agosto de 1531, época en que se dió á luz por primera vez el citado libro del *Príncipe*, espedia un breve á favor del impresor pontificio, Antonio Blado, autorizando espresamente la publicacion y la lectura de esta y todas las demas obras del mismo escritor.

Ciertas espresiones fuertes contra la escandalosa corrupcion de la corte de Roma, contenidas en los *Discursos sobre la primera década* de Tito Livio, y el deseo que no disimuló Maquiavelo de que saliesen los papas de aquella capital, y se comutasen los estados que poseen en el centro de la Italia

con otros diferentes, en donde no se impidiera la coherencia de los distintos dominios que componen y dividen esta parte de Europa, la cual por el mismo defecto ha sido presa tantas veces de la ambicion de sus vecinos, dieron armas posteriormente al inquisidor general Ambrosio Caterino Politi, para poner en el catálogo de los libros prohibidos las obras de Maquiavelo en el año de 1557, bajo el pontificado de Paulo IV. No ostante esta prohibicion, los cardenales diputados para la revision del *Indice* en 1573, durante el concilio de Trento, creyeron que las obras de Maquiavelo, espurgadas si no corregidas en algunos pasages, podrian quedar corrientes, segun se infiere de la carta familiar que sobre este intento recibieron los nietos del autor, firmada por el P. Antonio Posi, secretario de dichos cardenales; mas si no se verificó luego la reimpresion con las cortaduras ó enmiendas indicadas, fue por intrigas de los jesuitas, no porque entonces escandalizara á nadie la doctrina de Maquiavelo.

«Los jesuitas, dice Baldelli, tomaron grande empeño en que quedase cubierta de oprobio y bajo el anatema de la

Iglesia la memoria de Maquiavelo. Celosos de gobernar ellos esclusivamente los estados y gabinetes de los príncipes, cobraron aversion á todos los políticos capaces de disputarles aquel privilegio; y por lo mismo no podian dejar de aborrecer mas que á todos juntos al que era tenido entonces por el príncipe de los hombres de estado. La prueba de su animosidad contra ellos en general está en las invectivas que contienen sus libros contra los escritores políticos; y su particular encarnizamiento contra Maquiavelo se ve bien demostrado en cuanto hicieron y escribieron para desacreditarle, y aun para deshonrarle en todas las regiones de Europa donde tenian establecimientos propios." Con efecto, los principios morales y políticos de los jesuitas nunca han valido mas que los de Maquiavelo. Fuera de haber sido ellos siempre partidarios acérrimos del despotismo civil y religioso, saben todos la relajacion de su moral, y la facilidad que tenian para transigir con las conciencias menos delicadas. Si Maquiavelo enseñaba á ser pérfidos é injustos á los déspotas y usurpadores, doctrina que ya sabian

ellos y la practicaban en cuanto les era posible, los jesuitas les han manifestado despues, que para hacerlo lícitamente, es menester que antes reconozcan en Roma un árbitro superior á todos, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Nuestro P. Juan de Mariana en su elegante tratado de *Rege et regis institutione* ha enseñado la doctrina del regicidio; y califica sin vergüenza de bienaventurado al asesino infame de Enrique III de Francia. El P. Pedro de Ribadeneyra, que escribió contra Maquiavelo el *Tratado de las virtudes del príncipe cristiano*, alaba descaradamente las crueldades atroces de la devota reyna Maria de Inglaterra, muger de Felipe II de España, y las sangrientas intrigas de sus compañeros de hábito durante el reynado de Isabel, en su hermosa, pero nada edificante *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*. El elocuente prelado portugués Osorio, que dejó sus bienes á la *Compañia*, y tambien escribió contra Maquiavelo sin leer sus obras, á instigacion del dominico Politi y de los jesuitas, tampoco fue mejor político que sus amigos y atizadores. No hablemos de los PP.

Binet, Possevino, Luchesini, Mucio etc.; ni de Juan Botero, y el padre del oratorio Tomas Bosio: todos ellos estuvieron mas ó menos animados de la envidia y de los celos que observó el caballero Baldelli.

Otras razones muy diferentes movieron despues á tomar la pluma y mojarla en hiel contra la doctrina de Maquiavelo á los corifeos de la filosofía moderna. Dedicados á disipar las densas tinieblas que la ignorancia y superstición de tantos siglos habian echado sobre la Europa; recordando siempre á los hombres envilecidos por el despotismo la dignidad de su especie, y fundando en la conservacion y el pleno goce de los derechos imprescriptibles de la naturaleza humana los únicos principios verdaderos de la política, cuando por temor á los depositarios del poder absoluto no se atrevian á rebatir sus títulos, ni á cubrir de oprobio su conducta, daban á los pueblos lecciones muy útiles tomando la máscara de censores severos de la doctrina de Maquiavelo. De este modo, bajo el nombre del secretario de Florencia, los filósofos modernos han podido hacer impune-

mente muchas veces en el espacio de dos siglos la sátira mas amarga de los gobiernos arbitrarios de Europa. La política de aquel y la de estos últimos han sido casi siempre una misma cosa: y aun por eso no decia muy mal Rousseau, que el famoso libro del *Príncipe* debiera ser el *manual* de los enemigos del poder absoluto: solamente se equivocó en creer que para este fin le escribió Maquiavelo.

Sin embargo de que no atribuyo otras miras á los primeros maestros de los principios liberales, no disculparé á un crítico tan discreto é ilustrado como Bayle, sobre haber recogido y divulgado cuantas calumnias y patrañas forjaron los jesuitas acerca de la muerte, de las opiniones religiosas y apariciones de Maquiavelo. Tampoco alabaré á Voltaire por haber publicado en Londres su *Anti-Maquiavelo*, atribuyendosele al rey de Prusia Federico II, el cual tardó muy poco en desmentir con su conducta propia la aversion supuesta á esta doctrina y con tener por ministro al jurisconsulto Coccei, famoso maquiavelista.

Nadie debe estrañar pues que los modernos ultra-realistas franceses, ene-

migos implacables de la *Carta constitucional* de Luis XVIII, queriendo revindicar sus posesiones y antiguos privilegios perdidos hayan tratado poco há con el mayor empeño de restablecer la buena opinion de Maquiavelo, y el que á cada paso invoquen la observancia de sus máximas políticas á favor del poder absoluto. El error de ellos ha estado únicamente en la sinceridad con que reconocen hoy ser aquella doctrina, tan fatal y tan contraria á los buenos principios, la mas conveniente y adecuada á los intereses de los príncipes arbitrarios, y á la conservacion de sus privilegios: confesion que sin embargo ninguno de ellos haria de buena gana y paladinamente, porque le conciliara la aversion mas profunda de parte de los pueblos. Tal vez por lo mismo harian muy bien estos últimos en tomar el consejo que da Rousseau á los amantes de la libertad sobre la frecuente lectura del libro del *Príncipe*.

Enmedio de los juicios contradictorios de tantos parciales, unos en favor y otros en contra de la doctrina de Maquiavelo, es indispensable para calificarla justamente leer las obras de

este escritor. Yo lo deseé mucho durante los primeros años de mi juventud, en que hice el primer ensayo de esta traducion, antes de haber visto ninguna de las traduciones francesas (1); y me convencí al instante de que unos y otros exageraban. Maquiavelo no tuvo bastante talento para encontrar en su tiempo los verdaderos principios de la política, ni buscó mas maestro de esta ciencia que la historia, de la cual fue sagacisimo investigador; pero sacando sus máximas de las empresas y acciones mas notables de varones insignes de su tiempo y de la antigüedad, sin dejar aquellas de ser luminosas, no son tan exactas ni tan ajustadas á la buena moral que puedan siempre servir de regla segura á los ge-

(1) Al que hubiere leido el número 20 del *Censor*, periódico político y literario de esta capital, no será necesario advertirle que esta es la traduccion castellana anunciada en él, la cual se ha corregido en diferentes épocas, aunque no se habia pensado en imprimirla, sirviendose principalmente el traductor de la última version francesa, que sin disputa es la mejor, aunque algo difusa ó poco literal, impresa en Paris con comentários supuestos ó ciertos de Bonaparte en el año de 1816. De esta última version se han tomado muchas de las notas que ilustran el testo del autor en la castellana.

fes de los pueblos, ni tan abominables que formen, como se ha pretendido, un arte infernal que lleve los hombres á su ruina por medio del fraude y de la maldad. Los principios de Maquiavelo, como los ejemplos que se sacan de la historia universal, demuestran que los hombres para alcanzar grandes cosas ó para salir de grandes apuros, no se han valido siempre de los medios mas justos, ni tampoco de los mas acertados.

A pesar de los esfuerzos de todos los detractores del mérito real de Maquiavelo, sus obras serán buscadas y leidas con interes pudiendose sacar de ellas copioso aprovechamiento. Ni los jesuitas, ni los filósofos modernos deprimiendole, ni los ultra-realistas franceses alabandole por distintos y encontrados fines, lograrán estinguir la fama del secretario de Florencia, ni su patria de conservar casi con veneracion la memoria de él. Un príncipe tan ilustrado como el gran duque de Toscana, Pedro-Leopoldo, le mandó últimamente levantar un monumento de gloria en la iglesia principal de Flo-

rencia al lado de los sepulcros de Galileo y de Miguel Angel, poniendole esta magnífica inscripcion que todos aquellos pueblos creen justamente merecida.

Tanto nomini nullum par elogium:

NICOLAUS MACHIAVELLI

Obiit anno A. P. V. MDXXVII.

EPISTOLA DEDICATORIA

DE

NICOLAS MAQUIAVELO,

Ciudadano y secretario de Florencia,

AL SERENÍSIMO SEÑOR

LORENZO,

HIJO DE PEDRO DE MEDICIS.

Los que se proponen alcanzar el favor de un príncipe, suelen regalarle cosas que sean de su agrado, cuando no puede ser aquellas que mas desea; y asi unos le ofrecen caballos, otros armas; estos telas de oro, y aquellos piedras preciosas ú otras alhajas igualmente dignas de su grandeza.

Ahora pues yo queriendo dar á V. A. una muestra de mi reconocimiento, he considerado que entre las cosas que poseo, ninguna tengo mas preciosa ni de la que pueda hacer mayor caso, que del conocimiento de la conducta de los mayores estadistas que han existido. Esta corta ciencia ha sido el producto de una esperiencia muy larga de las terribles vicisitudes políticas de nuestra edad, y de la lectura contínua de los historiadores antiguos. Despues de haber examinado mucho tiempo los actos de aquellos claros varones, y de haberlos meditado con la mas profunda atencion, he recogido todo el fruto de un trabajo tan penoso en este pequeño volumen que remito á V. A.

Aunque la obra por su valor no sea digna de presentarse á V. A., todavia espero que la acogerá favorablemente, considerando que no podia hacerle regalo mas escogido que un libro en el cual podrá V. A. apren-

der en pocas horas cuanto he necesitado yo estudiar durante muchos años, empleando largas vigilias y corriendo gravísimos peligros.

No he querido en él ostentar erudicion ni engalanarle con frases pomposas, sino que sea únicamente agradable por la importancia de la materia y la verdad de las cosas que abráza.

Quisiera sin embargo que no se tuviese por demasiada presuncion en un hombre de inferior clase, ó baja si se quiere, el atrevimiento de dar reglas á los príncipes sobre el arte de reynar. El pintor que necesita dibujar la perspectiva de un pais, subirá ciertamente á las montañas mas altas para ver desde alli mejor los hondos valles; pero tampoco hay duda de que bajará á estos para reconocer con perfeccion los arranques y los senos de los cerros y lugares elevados. Del mismo modo en la política, un príncipe está mejor situado para conocer la natura-

leza de los pueblos, y para conocer la de los príncipes se alcanza mas desde las clases particulares.

Reciba pues V. A. esta corta espresion con la misma bondad de ánimo que me mueve á ofrecersela; y cuando quiera leer con cuidado esta obrita, al instante reconocerá el vivísimo deseo que tengo de verle llegar á la elevacion que le prometen su destino y prendas eminentes. Si al mismo tiempo se digna V. A. de bajar sus ojos hasta la oscuridad en que me veo, reconocerá sin trabajo el injusto rigor con que me trata constantemente la fortuna.

EL PRINCIPE

DE

NICOLAS MAQUIAVELO.

CAPITULO I.

Cuántos géneros hay de principados, y por qué medios se adquieren.

Todos los estados, todas las soberanías que tienen ó que han tenido autoridad sobre los hombres, han sido y son, ó repúblicas ó principados.

Los pricipados se distinguen en hereditarios en la misma casa que reyna desde largo tiempo, ó en nuevos.

Entre los nuevos, los unos, ó son enteramente nuevos, como lo era el de Francisco Esforcia en Milan, ó son como miembros reunidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere: tal es el reyno de

Nápoles con respecto al rey de España. Los estados adquiridos de este modo, ó vivian bajo de un príncipe, ó gozaban de su libertad. El señorío absoluto se consigue, ó por las armas del que le ocupa, ó por las de otro, ó por algun caso afortunado, ó por valor y talento.

CAPITULO II.

De los principados hereditarios.

No hablaré ahora de las repúblicas, habiéndolo hecho ya en otra obra (1) con estension, y solo fijaré la consideracion en los principados, siguiendo las divisiones que acabo de indicar, para examinar el modo de gobernar y de conservar estos diferentes estados.

Es preciso convenir desde luego en que se encuentra mucha dificultad menos en mantener los estados hereditarios, acostumbrados á la familia de su príncipe, que los estados nuevos. Con efecto, el príncipe hereditario no necesita mas que una capacidad regular para mantenerse siempre en

(1) En sus discursos sobre Tito Livio.

sus estados; y no hay duda que lo conseguirá sometiéndose de propósito al influjo de los casos naturales, y no saliendo del orden y método establecidos por sus predecesores, á no venir á despojarle una fuerza infinitamente superior: aun en este último caso podrá volver á recobrarlos á pocos reveses de fortuna que pruebe el que los ocupe despues dél. Tenemos un egemplo de esto dentro de Italia en la persona del duque de Ferrara (1), el cual pudo resistir á los Venecianos en el año de 1484, y al papa Julio II en el de 1510, solamente por que era un soberano antiguo en este ducado. El príncipe natural debe ser mas amado, no teniendo tanta ocasion y necesidad de vejar á sus súbditos; y es regular tambien que estos le tengan inclinacion no haciéndose aborrecible por vicios extraordinarios. La misma antigüedad y duracion de un gobierno desvanece los deseos y disminuye las ocasiones de mudarle, por que toda mudanza tiene sus inconvenientes, y deja sentados los cimientos para otra nueva.

---

(1) Alfonso de Est á quien Julio II excomulgó y quiso despojar de su ducado.

CAPITULO III.

De los principados mixtos.

Siguese, pues, que las dificultades mas grandes se encuentran en el principado nuevo, al cual podrá llamarse soberanía mixta, cuando este no es absolutamente nuevo, sino como un miembro incorporado á otro soberano. Estas mismas dificultades nacen de las variaciones que ocurren naturalmente en los principados nuevos, por que si al principio los vasallos se prestan con gusto á mudar de señores, creyendo que el cambio es ganancioso, y llevados de esta opinion toman las armas contra aquel que los gobierna, suelen engañarse y no tardar luego en reconocer que su situacion empeora cada dia, siendo muchas veces los males que experimentan consecuencia necesaria de la mudanza. Se ve en efecto precisado todo príncipe nuevo á vejar mas ó menos á sus nuevos súbditos, ya sea con la permanencia de las tropas que necesita mantener en el pais, ya con otra infinidad de incomodidades que acarrea siempre la

nueva adquisicion (1). Asi es que este príncipe tiene por enemigos á todos aquellos que ha perjudicado con la ocupacion del señorío, y no puede conservar en su amistad á los que le han colocado en él; porque ni puede llenar las esperanzas que tenian concebidas, ni valerse abiertamente de medios violentos contra aquellos mismos á quienes debe estar reconocido: puesto que un príncipe, aunque tenga fuerzas, necesita del favor y benevolencia de los habitantes para entrar y mantenerse en el pais adquirido. Por esta razon Luís XII de Francia perdió el estado de Milan tan presto como le ganó; y Luis Esforcia le recuperó la primera vez, solo con presentarse delante de las puertas de aquella ciudad: como que el pueblo, que se las habia abierto al rey, desengañado bien pronto de la esperanza que tenia concebida de mejorar su suerte, se cansó al instante del príncipe nuevo.

Es cierto tambien que no se pierde con tanta facilidad un pais rebelde despues de

---

(1) Bien sabidos son los versos que Virgilio pone en boca de la reyna Dido confirmando esta verdad:

«Res dura et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et latè fines custode tueri."

haber sido reconquistado, por que el príncipe, á pretesto de la rebelion, no repara tanto en usar de aquellos medios que pueden asegurarle la conquista; y asi castiga á los culpables, atiende mas á contener los sospechosos y se fortifica hasta en los lugares de menor peligro. Por esta razon, si la primera vez Luis Esforcia no necesitó mas que acercarse á las fronteras del Milanesado para quitárselo á los Franceses, la segunda para apoderarse del mismo estado, tuvo necesidad de juntarse con otros soberanos, de destruir los egércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos que acabamos de indicar.

Lanzado dos veces del estado de Milan su nuevo señor, y habiendo indicado las causas generales por que lo perdió la primera vez, resta examinar ahora las faltas que ocasionaron su segunda desgracia, y tratar de los medios que hubiera debido emplear el rey de Francia para no perder su nueva adquisicion, los cuales son aplicables á cualquier otro príncipe que se hallare en circunstancias semejantes.

Supongo desde luego que un soberano quiere reunir á sus antiguos dominios otro

estado nuevamente adquirido. Lo primero que se debe considerar es, si este último confina con los otros y se habla en ambos la misma lengua, ó no. En el primer caso es muy facil conservarle, sobre todo si los habitantes no estan acostumbrados á vivir libres; por que entonces para asegurar la posesion, basta haberse extinguido la línea de sus antiguos príncipes, y por lo demas conservar sin alteracion sus costumbres y usos. De este modo se mantendran tranquilos bajo el dominio de su nuevo señor, á no existir entre ellos y sus vecinos una antipatía nacional. Asi hemos visto fundirse sucesivamente en la Francia, la Borgoña, la Bretaña, la Gascuña y la Normandía; por que aunque hubiese alguna diferencia en la lengua de estos pueblos, podian conciliarse entre sí, siendo muy parecidos en sus usos y costumbres. El soberano que adquiere esta clase de estados necesita atender á dos cosas solamente, si quiere conservarlos: la primera es, como queda dicho, el que se haya extinguido la antigua dinastía, y la otra que no altere sus leyes, ni aumente las contribuciones. De este modo se reunen y confunden insensiblemente los estados nuevos

con el antiguo, y en poco tiempo no forman mas que uno solo.

Las mayores dificultades se encuentran cuando en el pais nuevamente adquirido, la lengua, las costumbres y las inclinaciones de los habitantes son diferentes de las de los súbditos antiguos: entonces para conservarlo, se necesita tener tanta fortuna como maña y prudencia.

Uno de los arbitrios mas eficaces y preferibles con que el nuevo soberano hará mas durable y segura la posesion de semejantes estados, será fijar en ellos su residencia. De este medio se valió el turco con respecto á la Grecia: pais que jamas hubiera podido mantener bajo su dominio, por mas precauciones que hubiera tomado, si no se hubiese decidido á vivir en él. Con efecto, cuando el soberano está presente, vé nacer los desórdenes y los remedia al instante; pero estando ausente, muchas veces no los conoce hasta que son tan grandes que ya no puede remediarlos. Ademas de esto, la nueva provincia nunca experimenta los robos y vejaciones irritantes de los gobernadores, y en cualquier caso logra las ventajas de un pronto recurso á su señor, el cual tiene asi mas ocasion de ha-

cerse amar por los nuevos súbditos, si se propone obrar bien, ó de hacerse temer, si quiere portarse mal. Agréguese que cuando un estrangero pensara en invadir el nuevo estado, se hallaria detenido por la dificultad suma de quitársele á un príncipe vigilante que reside en él.

Será otro medio escelente enviar colonias á una ó dos plazas que sean como la llave del pais: medida indispensable, á no mantener allí un número crecido de tropas. Estas colonias le cuestan poco al príncipe, y solo seran gravosas á aquellos individuos particulares que le inspirasen recelos ó que tratase de castigar, despojándoles de sus haciendas y dándoselas á otros moradores nuevos mas seguros. De este modo, como siempre es corto el número de los despojados, y estos en adelante no podrán causar daño por haber quedado pobres y dispersos, se logra mas facilmente que se mantengan sosegados todos los demas, como suelen estarlo por lo regular, no habiendo sufrido perjuicio alguno, y temiendo, si llegan á inquietarse, la suerte de los primeros. De aquí infiero que estas colonias, siendo poco costosas y casi indiferentes al interes del mayor número, son tambien mas fieles y

favorables al príncipe; porque no debe perderse de vista que es indispensable ganar á los hombres, ó deshacerse de ellos. Si se les causa una ofensa ligera, podrán luego vengarla; pero arruinándolos, aniquilándolos, quedan imposibilitados de tomar venganza. La seguridad del príncipe exige que la persona agraviada quede reducida al extremo de no poderle inspirar recelos en lo sucesivo.

Pero si en lugar de colonias mantiene el soberano un número crecido de tropas en el nuevo estado, gastará infinitamente mas y consumirá todas las rentas del pais en su defensa; de suerte que la adquisicion le traerá mas pérdida que ganancia. Los daños que causa este último arbitrio, son tanto mayores cuanto se extienden indistintamente á la universalidad de los habitantes, molestándoles con las marchas, alojamientos y tránsito contínuo de los militares: incomodidad que alcanza á todos, y que al cabo hace á todos enemigos del príncipe; y enemigos peligrosos, porque aunque estén sugetos y subyugados permanecen en sus propios hogares. En fin, no hay razon que no persuada de que es tan inútil esta última clase de defensa, como ven-

tájosas las colonias que hemos propuesto.

Debe tambien el nuevo soberano de un estado distante, y diferente del suyo, constituirse el defensor y gefe de los príncipes vecinos mas endebles, y estudiar cómo ha de debilitar al estado vecino que sea mas poderoso; impidiendo sobre todo que ponga allí los pies cualquier estrangero que tenga tanto poder como él; porque sucederá à las veces que llamen á alguno los mismos descontentos ó por miedo ó por ambicion, como los de Etolia llamaron á la Grecia á los Romanos, y como siempre fueron llamados estos últimos por los habitantes del pais en todas las provincias donde entraron. La razon es muy sencilla: pues al estrangero recien venido se le reunen siempre los menos fuertes, por cierto motivo de envidia que les anima contra el mas poderoso. Aquel no tiene que hacer esfuerzo ni gasto alguno en los estados pequeños para atraer á su partido á estos últimos, los cuales al instante forman cuerpo con él: debe atender únicamente á no dejarles tomar mucha fuerza, al paso que con sus tropas y las confederadas procurará debilitar y abatir á los mas poderosos, para hacerse y mantenerse siempre dueño indepen-

diente del pais. El que no sepa valerse de estos arbitrios, bien pronto perderá cuanto hubiere adquirido, y experimentará innumerables dificultades y trabajos mientras lo conservare.

Con gran cuidado empleaban los Romanos en las provincias de que se hacian dúeños, los medios que acabamos de apuntar: á ellas enviaron colonias; sin acrecentar sus fuerzas sostuvieron á los príncipes menos poderosos; disminuyeron las de aquellos que podian infundirles temor, y nunca permitieron que un estrangero poderoso adquiriese alli la menor influencia. Tomando por egemplo la provincia de Grecia, observamos desde luego como sostuvieron en ella á los pueblos de Etolia y de Acaya; debilitaron el poder de los Macedonios; lanzaron de alli á Antioco; por mas servicios que recibieran de los Acheos y Etolios, jamas les permitian el menor aumento de dominacion; desatendieron constantemente todos los medios de persuasion que empleó Filipo, no queriendo admitir la amistad suya sino para debilitar su poder, y siempre temieron demasiado á Antioco, para consentirle que conservase señorio alguno en aquella provincia.

Hicieron pues los Romanos en esta ocasion lo que debe hacer todo príncipe prudente, el cual no solo acude al remedio de los males presentes, sino que tambien precave los que estan por venir. Cuando los males se preveen anticipadamente, admiten remedio con facilidad; pero si se espera á que esten encima para curarlos, no siempre se logra el remedio haciéndose á veces incurable la enfermedad. En los principios la tisis es facil de curar y dificil de conocer; mas si no se conoce ni cura en su origen, con el tiempo viene á hacerse una enfermedad tan facil de conocer como dificil de curar. Este egemplo, sacado de la medicina, puede aplicarse exactamente á los negocios de estado: porque habiendo la debida prevision, talento que únicamente tienen los hombres hábiles, los males que pueden sobrevenir se remedian pronto; pero cuando por no haberlos previsto al principio, llegan luego á tomar tanto incremento que todo el mundo los advierte y conoce, ya no tienen remedio.

Por eso los Romanos que preveian los peligros antes que llegaran, se aplicaban á precaverlos con celeridad, sin dejarles agravarse ó empeorarse por evitar una guer-

ra. Sabian muy bien que al fin no se evita, sino que se dilata con gran ventaja siempre del enemigo. Ajustados á estos principios decretaron prontamente la guerra contra Filipo y contra Antioco en Grecia, por no tener que defenderse de estos mismos soberanos en Italia. Es cierto que pudieron entonces no tenerla con ninguno de los dos; pero no quisieron tomar este partido, ni seguir la máxima de ganar tiempo que tanto recomiendan los sabios de nuestros dias. Usáron únicamente de su prudencia y de su valor: porque con efecto el tiempo todo lo arrastra, y puede traer tras de sí tanto el bien como el mal, y el mal como el bien.

Volvamos ahora á la Francia y examinemos si en algun modo siguió los principios que acabamos de manifestar. No hablaré de Carlos VIII, sino de Luis XII que por haber dominado mas largo tiempo en Italia, nos dejó vestigios mejor señalados para llevar mas adelante la observacion de su conducta, en la que echarémos luego de ver que hizo cavalmente lo contrario de lo que convenia para conservar un estado tan distinto del suyo.

Luis fue llamado á Italia por la ambicion de los Venecianos que intentaban ser-

virse de él para apoderarse de la mitad de la Lombardía. No reprobaré yo esta entrada del rey en Italia, ni el partido que entonces tomó; porque á la sazon no teniendo amigos en aquel pais, y habiéndole cerrado todas las puertas la mala conducta de su antecesor Carlos, tal vez le seria indispensable aprovecharse de aquella alianza que se le presentaba, para volver á entrar en Italia como queria; y hubiera sido favorable el éxito de su empresa, habiendo sabido conducirse despues. Con efecto, este monarca recobró al instante la Lombardía, y con ella la reputacion que habia perdido Carlos. Génova se sometió, los Florentines desearon y obtuvieron su amistad, y todos los señores de los demas estados pequeños se apresuraron á pedirsela, como el marques de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglios (señores de Bolonia), la condesa de Forli, los señores de Faenza, Péssaro, Rímini, Camerino, Piombino, y los de Luca, Pisa y Sena. Entonces los Venecianos llegaron á conocer su imprudencia y el partido temerario que habian abrazado; como que por adquirir dos plazas en Lombardía, daban al rey de Francia el dominio de las dos terceras partes de Italia.

Y ¿con qué facilidad no hubiera podido el rey, conociendo y sabiendo seguir las reglas anteriormente indicadas, mantenerse poderoso en Italia, y conservar y defender á sus amigos? Estos, aunque numerosos y fuertes, temian á la Iglesia y á los Venecianos, y debian por su propio interes mantenerse unidos á él: Luis podia tambien con sus socorros fortificarse facilmente para rechazar cualquier otra potencia peligrosa.

Mas apenas entró en Milan, siguió el sistema enteramente opuesto, dando socorro al papa Alejandro para invadir la Romaña. No conoció que se debilitaba á sí mismo tomando este partido; que se privaba de los amigos que se habian arrojado á sus brazos, y que engrandecia à la Iglesia añadiendo al poder espiritual que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un estado tan considerable. Cometida esta falta primera, tuvo luego necesidad de llevarla adelante hasta el punto de verse precisado à volver á Italia para poner límites á la ambicion del mismo Alejandro, é impedir que se apoderase de la Toscana.

No contento con haber aumentado el poder de la Iglesia, y despues de haber perdido sus

aliados naturales con el deseo de enseñorearse del reyno de Nápoles, hizo la locura de partirle con el rey de España: y asi, siendo él antes árbitro único de Italia, se creó en ella un rival, un concurrente, á quien pudiesen recurrir los descontentos y los ambiciosos; y pudiendo haber dejado en este reyno un rey que hubiese sido tributario suyo, le echó de allí, para poner otro en su lugar con bastante poder para echarle á él mismo.

Es tan natural como comun el deseo de adquirir, y los hombres son mas bien alabados que reprendidos cuando pueden contentarle; pero aquel que solo tiene deseo y carece de medios para adquirir, es un ignorante digno de vituperio. Si el rey de Francia podia con sus propias fuerzas atacar al reyno de Nápoles, debia hacerlo; pero si no podia, á lo menos no lo debia dividir: pues aunque el repartimiento de la Lombardia con los Venecianos merezca alguna escusa, porque estos le habian proporcionado el medio de entrar en Italia, el repartimiento de Nápoles sólo merece censura, porque no habia motivo que lo aconsejara.

Cometió pues el rey Luis cinco faltas ab-

surdas en Italia: aumentó la fuerza de una potencia grande, y destruyó las potencias pequeñas; llamó á un estrangero muy poderoso; no vino á vivir en la Italia, ni hizo uso de las colonias. A pesar de estos errores, todavia hubiera podido sostenerse á no haber cometido el sexto, que fue despojar á los Venecianos. Es verdad que si no hubiera engrandecido el estado de la Iglesia, ni llamado á Italia á los Españoles, hubiera sido necesario debilitar los estados de Venecia; pero jamas debia consentir su ruina, habiendo tomado el primer partido. Manteniéndose los Venecianos poderosos, hubieran impedido que los otros soberanos formasen designios contra la Lombardia, ya porque no lo hubieran consentido, no pudiendo ellos mismos apoderarse de ella, ya porque no hubieran querido los otros quitársela á la Francia para dársela á aquellos, ó que no fueran tan audaces que vinieran á atacar á estas dos potencias.

Si se replica que el rey Luis cedió la Romaña á Alejandro VI y un trono á la España por evitar una guerra, responderé con lo que ya tengo dicho: que nunca debe dejarse empeorar un mal por evitar una guerra; pues al cabo no se evita, y sola-

mente se dilata en daño propio. Si alegan otros la promesa que Luis habia hecho al papa de concluir por él esta empresa, con la condicion de que quitaria todo impedimento para su matrimonio (1) por medio de una dispensa, y que daria el capelo al arzobispo de Ruan (2); mi respuesta se halla en el artículo que pondré despues, donde hablaré de la palabra del príncipe, y de cómo debe guardarla.

Perdió pues el rey Luis la Lombardía, por no haber observado ninguna precaucion de aquellas que toman otros al apoderarse de una soberanía queriendo conservarla. Nada menos estraño que semejante

---

(1) Con Ana de Bretaña. Nardi dice con este motivo que el papa Alejandro VI y el rey Luis XII, se servian mútuamente de lo espiritual para adquirir lo temporal: Alejandro á fin de conseguir la Romaña para su hijo, y Luis para unir la Bretaña á su corona. Véase la historia de Florencia. *Nota del traductor.*

(2) Jorge de Amboise, que administró la Francia reynando Luis XII, por el poderoso influjo que tuvo en las determinaciones de este monarca. Habiéndose propuesto suceder en el pontificado al papa Alejandro VI, y queriendo valerse para este fin del crédito de Cesar Borgia, hijo del mismo papa, indujo al

suceso, y nada al contrario mas natural, mas regular y consiguiente. Del mismo modo me expliqué yo en Nantes con el cardenal de Amboise, cuando el duque de Valentino (1) (así era llamado comunmente el hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romaña. Diciéndome este cardenal que los Italianos hacian la guerra sin conocimiento, le respondí: que los Franceses no entendian maldita la cosa de política; porque entendiendo algo, jamas hubieran consentido que la Iglesia llegase á semejante estado de grandeza. Luego se ha visto palpa-

---

rey á que le diese á este último el ducado de Valentino con una pension considerable, y se mostró en todo muy solícito favorecedor de los designios de su Santidad. Alejandro se valió de él para conseguir que Luis le ayudase á arruinar enteramente la familia de los Orsinis, que no merecia ser maltratada por la Francia; pero el cardenal persuadió al rey que no llegaria, como deseaba, à recobrar el reyno de Nápoles, si no daba aquel gusto al papa. Los Orsinis fueron luego sacrificados á las miras de una política tan torpe como insidiosa, y no por eso logró las suyas el cardenal despues de la muerte del papa Alejandro. *Nota del traductor.*

(1) *Valentinus ager*: pais de Francia en el Delfinado, con título de ducado-par. Tiene por capital á Valencia.

blemente, que el acrecentamiento de esta potencia y el de la España en Italia, se le debe á la Francia; y no proviene de otra causa la ruina de la misma Francia en Italia. De aqui se deduce una regla general que nunca ó rara vez falla, y es la siguiente: *El príncipe que procura el engrandecimiento de otro, labra su propia ruina;* porque claro está que para ello ha de emplear sus propias fuerzas ó su propia maña, y estos dos medios que ostenta, echan celos y sospechas en el ánimo de aquel que por ellos ha llegado á ser mas poderoso.

CAPITULO IV.

Por qué el reyno de Dario conquistado por Alejandro, no se levantó contra los sucesores de este despues de su muerte.

CAUSA admiracion, al considerar las dificultades que se encuentran para conservar un estado recientemente conquistado, cómo el imperio del Asia, de que se hizo dueño en pocos años Alejandro el grande, habiendo muerto este tan luego que apenas tuvo tiempo para tomar posesion de él, no padeció una revolucion completa. Se man-

tuvieron no obstante sus sucesores en aquel estado, sin experimentar mas dificultad para conservarle, que la que entre ellos mismos produjo su propia y particular ambicion.

Yo responderé á esto, que todos los principados de que se conserva alguna noticia por la historia, han sido gobernados de dos diferentes modos; ó por un príncipe absoluto, ante el cual fueran esclavos todos los demas hombres, y á quienes se concediera, como ministros y por una gracia especial, la facultad de que le ayudasen á gobernar su reyno; ó por un príncipe y por los grandes de aquel mismo estado, no gobernando estos últimos por favor particular del primero, sino solamente en virtud de un derecho inherente á la antiguedad de su familia, y teniendo tambien señorio y vasallos particulares que les reconocieran por sus dueños, y les consagraran una devocion personal.

En los paises gobernados por un príncipe y por esclavos, tiene el príncipe infinitamente mucha mas autoridad; por que con efecto nadie reconoce en sus estados otro soberano mas que á él; y aun cuando obedezcan á otros indivíduos, lo hacen co-

mo á ministros ú oficiales del primero, sin tenerles aficion particular. La Turquía y la Francia nos presentán en el dia egemplos de estas dos especies de gobierno. Toda la monarquía turca se gobierna por un señor, en cuya presencia son esclavos todos los demas hombres: divide pues su reyno en diferentes provincias, y á cada una envia administradores, mudándolos ó quitándolos á su arbitrio; pero el rey de Francia se ve rodeado de una multitud de personas ilustres por la antigüedad de su familia, que tiene vasallos que la reconozcan y estimen como á su señora, y que disfruta en suma de varias prerogativas que el rey mismo no podria quitarles sin esponerse.

Si queremos examinar estas dos soberanías, veremos que se necesita vencer grandes dificultades para apoderarse de un reyno gobernado como el del turco; pero que tampoco hay cosa tán facil como conservarle, despues de conquistado una vez. Ciertamente es dificultoso apoderarse de un estado semejante; por que cualquiera que lo intente, no podrá contar con que le llamen los grandes de aquel reyno, ni aguardar á que se rebele, ni confiar en los

socorros que le prestaran los que esten al lado del príncipe; percibiéndose facilmente la razon, por lo que ya hemos dicho de la organizacion de tales estados. Como en efecto, todos son esclavos del príncipe y allegados suyos, es dificultoso corromperlos, y aun cuando se les ganase se conseguiria poca ayuda, no pudiendo los mismos inclinar el pueblo á su partido por las razones que hemos manifestado. Y asi cualquiera que acometa á los Turcos, suponga que ha de encontrarlos unidos, y mas bien debe hacer la cuenta con sus propias fuerzas, que con la facilidad que le proporcionaria la division de ellos. Pero una vez vencidos y derrotados sus egércitos, en términos que no pudieran volver á reponerse, ya no habria que temer mas que la familia del príncipe, extinguida la cual, no quedaria otra entre los demas del estado que tuviese crédito para con el pueblo; y del mismo modo que el vencedor nada podria esperar de ellas antes del combate, tampoco podria temer nada despues de la victoria.

Todo lo contrario sucede en reynos gobernados como la Francia: en ellos se puede entrar facilmente, una vez ganados algunos grandes, encontrándose siempre

descontentos y personas que deseen una mudanza. Estos, pues, abrirán las puertas y facilitarán la conquista del estado; pero queriendo luego conservarle, se esperimentarán infinitas dificultades, tanto de parte de los conquistados, como de parte de los que prestaron auxilio. No basta aqui extinguir la familia del príncipe, por que quedan despues los grandes del estado que se hacen cabeza de partidos nuevos; y como ni es posible contentarlos ni destruirlos, facilmente se pierde la conquista á la primera ó á la mas mínima ocasion.

Ahora pues, considerando de qué naturaleza era el gobierno de Dario, le encontramos semejante á el del turco. Alejandro tuvo que acometerle por todas partes hasta enseñorearse del territorio; pero una vez vencido y muerto Darío, quedó el estado en poder del conquistador, sin que debiera temerse su pérdida por las razones que ya hemos apuntado. Con la misma tranquilidad le hubieran poseido sus sucesores habiendo estado unidos; por que efectivamente no se vieron mas alborotos en este imperio, que los que ellos mismos suscitaron.

No se espere una posesion tan quieta

de estados gobernados como la Francia. Los frecuentes levantamientos de la España, de las Galias y de la Grecia contra los Romanos, provenian todos del gran número de reyezuelos que habia en estos paises. Mientras subsistieron semejantes señores, fue para los Romanos instable y peligrosa la posesion de este territorio; pero una vez destruidos, y borrada hasta la memoria de su poder, fijaron los Romanos su dominio valiéndose de sus propias fuerzas, y al paso que los naturales fueron acostumbrandose á su imperio.

Cuando los Romanos batallaban unos contra otros en aquellas provincias, cada partido, segun la autoridad que hubiera egercido en ellas, podia contar facilmente con su auxilio, por que acabada la familia de los antiguos señores territoriales, no reconocian las mismas otro dominio que el de los Romanos. Reflexionando, pues, en todas estas diferencias, nadie se admirará de la facilidad con que Alejandro conservó los estados del Asia que conquistó, ni de las dificultades que esperimentaron otros conquistadores, como Pirro, en conservar sus conquistas: lo que no debe atribuirse á la buena ó mala conducta del vencedor,

sino á la diferencia de gobierno de los dominios conquistados.

CAPITULO V.

Cómo han de gobernarse las ciudades ó principados que antes de ser conquistados, se regian por sus propias leyes.

Tres medios tiene el conquistador para conservar los estados adquiridos en que concurren las circunstancias ya esplicadas, y que estan acostumbrados á gobernarse por sus leyes particulares, bajo un gobierno liberal. El 1.° es destruirlos: el 2.° fijar su residencia en ellos; el 3.° dejarles sus leyes, exigirles un tributo y constituir un gobierno, compuesto de corto número de personas de confianza que mantengan en paz el pais. Este gobierno recien creado por el príncipe, sabe que no puede subsistir sin su poder y favor, y por consiguiente tiene interes en practicar esfuerzos de todas clases para mantenerle en la posesion del territorio. Se logra tambien mucho mas facilmente conservar una ciudad acostumbrada á gobernarse por sus propias leyes, destinando para su gobierno un corto nú-

mero de sus propios ciudadanos, que por cualquier otro arbitrio. Los Lacedemonios y los Romanos nos han dejado egemplos de estos diferentes modos de contener á un estado.

Los primeros gobernaron á Atenas y á Tebas, estableciendo un gobierno compuesno de pocos: sin embargo volvieron á perder estas dos ciudades.

Los Romanos para asegurarse de Capua, de Cartago y de Numancia, las destruyeron, y no volvieron á perderlas.

Quisieron por el contrario poseer la Grecia, como la habian poseido los Espartanos, concediéndola su libertad y dejándola sus leyes; pero nada adelantaron por este medio, y al cabo se vieron en la precision de destruir muchas ciudades de aquella provincia para sujetarla; como que no hay ciertamente otro arbitrio mas seguro.

Cualquiera, pues, que llegue á hacerse dueño de una ciudad acostumbrada á gozar de su libertad, y no la destruya, debe temer que será destruido por ella. Le servirá de apellido en todas sus revoluciones el recuerdo de sus antiguos fueros y el grito de la libertad, que no se borran

con el transcurso del tiempo ni por recientes beneficios: de manera que por mas precauciones que se tomen, no dividiendo ó dispersando los habitantes, nunca se desarraygará de su corazon, ni soltará su memoria el nombre de libertad, y la inclinacion á sus antiguas instituciones, estando por lo mismo prontos todos á reunirse para recobrarlas con la mas ligera ocasion. Buen egemplo de esto nos presenta Pisa, despues de haber vivido tantos años bajo el yugo de los Florentines.

Pero cuando las ciudades ó las provincias estan acostumbradas á vivir sujetas á un príncipe, cuya dinastía se haya extinguido; como ya se hallan hechas á la obediencia, y por otra parte privadas de su soberano legítimo, no son capaces de avenirse para elegir otro nuevo, ni tienen disposicion para llegar á proclamarse libres, siendo por consiguiente mas lentas y remisas en tomar las armas, y presentando al príncipe nuevo mas medios de grangearse su amor, al paso que afianza la posesion del territorio.

En las repúblicas es por el contrario mas fuerte y activo el aborrecimiento, y mas vivo el deseo de venganza; y la memoria

de su libertad antigua no les deja ni puede dejar un solo momento de serenidad; de suerte que los medios mas seguros de conservarlas, son, ó destruirlas, ó fijar en ellas su residencia.

CAPITULO VI.

De los nuevos estados que un príncipe adquiere por su valor y por sus propias armas.

No se estrañe que en la relacion que voy á hacer de los principados nuevos, del príncipe y del estado, me valga solamente de los egemplos que ofrecen las personas mas célebres. Casi siempre caminan los hombres por sendas trilladas antes por otros, y casi no obran por sí sino por imitacion; pero como esta no puede ser exacta en un todo, ni suele ser posible llegar á la altura de aquellos que se toman por modelos, el hombre sabio debe únicamente seguir los caminos que abrieron otros, tenidos por superiores, é imitar bien á los que han sobresalido, á fin de que si no se consigue igualarles, se acerque uno á lo menos en alguna cosa. Cada uno, pues, deberá por-

tarse como el ballestero prudente, que cuando advierte que el blanco á que dirige sus tiros, se halla demasiado distante, considera la fuerza de su arco y apunta mas alto que el blanco, con el obgeto de llegar siquiera á tocarle.

Paso ahora á decir que las dificultades mayores ó menores que se esperimentan para mantenerse en un principado absolutamente nuevo, dependen mucho de las prendas personales del que lo ha adquirido; asi como llegar á ser príncipe desde simple particular, supone antes ó mucha fortuna, ó gran talento, y con uno de estos dos medios debe allanarse la mayor parte de las dificultades. Sin embargo, se ha visto tambien sostenerse mejor aquel que ha contado menos con su fortuna; y tampoco hay duda de que proporciona ventajas al príncipe que no tenia otros estados el venir á domiciliarse en aquel de que se ha hecho soberano.

Si hemos de hablar de los que llegaron á ser príncipes por su valor ó su talento, deben citarse en primer lugar Moyses, Cyro, Rómulo, Theseo, etc.; pues aunque parece desde luego que no deberia hacerse mencion de Moyses, en cuanto á que no fue

mas que el egecutor de las órdenes del cielo, merece no obstante nuestra admiracion, por haber sido escogido por Dios para manifestar su voluntad á los hombres.

Si examinamos con atencion la conducta de Cyro y de otros que adquirieron ó fundaron reynos, la hallarémos digna de todo elogio; y se advertirá tambien que la direccion que siguió cada uno de ellos, no era diferente de la de Moysés, aunque este tuvo tan grande maestro. Su vida y sus acciones probarán tambien que toda su fortuna consistió en presentarseles una ocasion favorable para introducir la fórma de gobierno que parecia mas conveniente á sus nuevos estados, y en haberse sabido aprovechar de ella. Hubieran sido inútiles su valor y talento, si no se les hubiese presentado la ocasion de emplearlos, ó si la hubieran malogrado por falta de las prendas personales correspondientes.

Era muy necesario, pues, que Moyses encontrara á los Israelitas esclavos en Egipto, y aun oprimidos por los naturales de aquel pais, para disponerles á que le siguieran, por salir de su esclavitud. Era necesario tambien que no encontrara Rómulo quien le criara en Alba, y que fuese

abandonado desde su nacimiento, para que pudiese llegar á ser rey de Roma, fundando esta ciudad que hizo patria suya. Cyro debió encontrar á los Persas mal contentos con el imperio de los Medos, y á los Medos afeminados por una larga paz: últimamente, Theseo no hubiera podido dar muestras de su valor, á no haber hallado dispersos á los Atenienses. Estas ocasiones son las que proporcionaron á aquellos hombres ilustres el buen éxito de sus empresas, y de las que supo su talento aprovecharse para que hicieran célebre su patria y la llenaran de prosperidad.

Los que llegan al rango eminente de príncipes por medios semejantes á los de estos héroes, adquieren la soberanía superando árduas dificultades; pero la conservan tambien sin trabajo. Las dificultades que esperimentan, nacen en parte de las mudanzas que necesitan introducir para establecer su gobierno, y afianzar la seguridad de su dominio; como que nada es mas dificil, ni de éxito tan dudoso y arriesgado en la práctica, como la introduccion de leyes nuevas. Aquel que la emprende tiene por enemigos á cuantos se hallaban bien con las leyes antiguas, y no

puede contar sino con aquellos á quienes las nuevas serian ventajosas : defensores débiles cuya tibieza nace en parte del miedo de sus contrarios, á quienes asiste el poderoso influjo del antiguo orden de cosas, y en parte de la incredulidad de los hombres que naturalmente desconfian de toda mudanza, mientras no la ha confirmado una larga experiencia. De aqui se sigue que siempre que los enemigos del nuevo orden tienen ocasion de oponerse á él, forman partido, y los otros defienden el suyo con flogedad : de suerte que el príncipe se espone á tantos riesgos por la calidad de sus enemigos, como por la de sus defensores.

Para apurar esta cuestion, conviene examinar si estos innovadores pueden intentar las mudanzas por sí mismos, ó si dependen de otro: quiero decir, si para llevar adelante sus proyectos, tienen que emplear el medio de la persuasion, ó tienen sin ella la fuerza necesaria para forzar la voluntad. En el primer caso jamas salen con su intento; pero siendo temibles é independientes, rara vez dejarán de conseguirlo.

De aqui proviene que triunfaran todos los profetas armados, al paso que decaye-

sen los inermes: la causa de esto, no solo se explica por las razones indicadas, sino que dimana del caracter voluble de los pueblos, tan prontos á decidirse por una opinion nueva, como flojos para mantenerse en ella; de forma que es necesario tomar disposiciones para forzar al pueblo á que crea, desde el momento en que principia á no creer. Moysés, Cyro, Theseo y Rómulo, estando desarmados, no hubieran podido conseguir que durase mucho tiempo la observancia de sus constituciones: como le ha sucedido cavalmente en nuestros dias al reverendísimo Gerónimo Savenarola, que vió caer por tierra sus proyectos, al momento en que perdiendo la confianza de la multitud, le faltaron medios para obligarla á mantenérsela, y para inspirársela á los mas incrédulos. Grandes obstáculos, en verdad, y á cada paso peligros esperimentaron los primeros, necesitando para superarlos mucho talento y mucho valor; mas una vez allanadas estas dificultades, se principia á adquirir cierta veneracion, cae desalentada la envidia, y el poder y la honra se arraygan y fortalecen.

Despues de presentados los egemplos que ofrece la historia de personas tan ilustres,

me ceñiré á citar otro en la realidad menor, pero que tiene analogía con los precedentes y es el del siracusano Hieron. Este de simple particular llegó á ser príncipe de Siracusa, y no debió su fortuna sino á haber sabido aprovecharse de una ocasion. En efecto, hallándose muy apretados los Siracusanos, le tomaron por capitan, y mereció luego ser su príncipe, por haber sido tal su conducta privada, que cuantos han escrito de él, dicen que no le faltaba mas que un reyno para reynar dignamente. Reformó la milicia antigua, y organizó otra enteramente nueva: rompió las alianzas antiguas contrayendo otras mas convenientes; y como podia contar con sus amigos y con sus soldados, le fue facil sentar sobre semejantes cimientos su fortuna; de manera que habiéndole costado mucho trabajo adquirir, pudo costarle muy poco la conservacion de lo adquirido.

CAPITULO VII.

De los principados nuevos que se adquieren con las fuerzas de otro ó por un efecto de buena fortuna.

Poco trabajo cuesta conseguir un principado á aquellos que de simples particulares son levantados á él por especial favor de la fortuna, y sin presentárseles el menor obstáculo; pero si han de conservarle despues de alcanzado, tendrán que vencer muchas y grandes contrariedades. En este caso se hallan los que adquieren un estado ó por medio de dinero, ó por gracia de aquel que se les concede, como sucedió á las personas que constituyó Dario por soberanos en las ciudades griegas de la Jónia y del Helesponto, atendiendo á su propia gloria y mayor seguridad; y como lo fueron en Roma los simples militares que se elevabán al imperio sobornando á los soldados. Todos estos se sostienen únicamente por la fortuna y por la voluntad del que los ensalza: dos fundamentos tan mudables como poco seguros; ademas que ni ellos saben, ni pueden mantenerse en semejante dignidad. No saben;

porque cualquiera que ha vivido como particular, ignora por lo comun el arte de mandar, á no ser hombre de muy señalado talento, ó de un espíritu muy superior: tampoco pueden mantenerse en aquel rango; porque carecen de tropas con cuyo afecto y fidelidad puedan contar. Por otra parte, los estados que se forman tan repentinamente, á semejanza de todo cuanto en la naturaleza nace y crece con igual prontitud, no arraygan ni se consolidan de manera que puedan resistir el embate del primer viento contrario, ó de la primera tempestad que sobrevenga; á menos de que, como ya hemos dicho, no se hallen bien adornados de grandes prendas y de una fuerza de ingenio sobresaliente para valerse de los medios propios de conservar lo que les ha concedido la fortuna; y que despues de ser príncipes, busquen y encuentren aquellos apoyos que los otros procuran adquirir antes de llegar á serlo.

Sobre estos dos modos de ascender á la soberanía, ó por un efecto de la fortuna, ó por el talento, quiero proponer dos egemplos de nuestros dias, á saber, el de Francisco Esforcia, y el de Cesar Borja.

El primero, por medios legítimos y por

su grande habilidad, llegó á ser duque de Milan, y conservó sin mucho trabajo lo que tanto le habia costado adquirir.

Cesar Borja, llamado comunmente el duque de Valentino, logró una soberanía por la fortuna de su padre, y la perdió luego que le faltó este; aunque empleó todos los medios de que puede valerse un hombre hábil y prudente para conservarla, y no omitió nada de lo que deben hacer aquellos que adquieren estados nuevos por las armas ó la fortuna de otro, tratando de mantenerse en la posesion.

Posible es sin duda al hombre de superior mérito que aun no ha sentado los cimientos de su poder, cuando le adquiere, fijarlos despues; pero esto no se hace sino á costa de mucho trabajo por parte del arquitecto, y de grandes peligros por la del edificio. Si se quiere examinar la carrera y progresos de la fortuna del duque de Valentino, se verá lo que tenia hecho para cimentar su poder futuro; y este examen no será superfluo, por que no acertaria yo á proponer á un príncipe nuevo otro modelo mas digno de ser imitado que el mismo duque. Si este, pues, á pesar de todas las medidas que tenia

tomadas no consiguió su intento, mas fue por un efecto de su mala suerte, constante en serle contraria, que por culpa suya.

Cuando Alejandro VI quiso dar á su hijo una soberanía en Italia, debió luego esperimentar grandes obstáculos, y prever que serian mayores en lo sucesivo. No encontraba de pronto medio alguno de hacerle soberano de un estado que no perteneciese á la Iglesia, y sabia tambien que cualquiera de ellos que determinara desmembrar, no lo consentirian el duque de Milan ni los Venecianos; como que Faenza y Rimini en que fijó al principio la atencion, estaban ya bajo la proteccion de Venecia. Veia ademas que las armas de Italia, y especialmente aquellas de que hubiera podido servirse, se hallaban en manos de los Orsinis, de los Colonnas y sus partidarios, con quienes no podia contar, por que temian el engrandecimiento del Papa.

Era indispensable, pues, destruir este orden de cosas, y trastornar los estados de la Italia para apoderarse de la soberania de una parte; lo que no fue dificil. Los Venecianos habian resuelto por otros motivos llamar á los Franceses á Italia:

proyecto á que no se opuso el Papa, antes bien le favoreció, prestándose á anular el primer matrimonio de Luis XII. Entra, pues, este rey en Italia, ayudado por los Venecianos y con el consentimiento de Alejandro; pero apenas habia llegado á Milan, cuando ya consiguió el Papa que le diese tropas para apoderarse de la Romaña, y asi se hizo dueño de ella en fuerza de la reputacion de las armas del rey su aliado.

Habiendo el duque adquirido por este medio la Romaña y abatido á los Colonnas, queria á un tiempo conservar su principado y aumentarle; pero no tenia confianza en las tropas de los Orsinis de que se habia servido, ni estaba muy seguro de la voluntad de la Francia: por lo que temia que las fuerzas no le faltasen al mejor tiempo, y que no solo le estorbaran para llevar adelante sus proyectos de engrandecimiento, sino que le quitasen tambien lo que tenia conquistado.

Los mismos recelos le inspiraba la Francia que los Orsinis: estos le dieron una prueba del poco caudal que debia hacer de ellos, cuando despues de la toma de Faenza atacó á Bolonia, y vió que se

portaron con flojedad; y en cuanto á la primera pudo juzgar de sus intenciones el duque, cuando ya tomado el ducado de Urbino, hizo una invasion en Toscana de la que el rey le obligó á desistir. Puesto en esta situacion, resolvió el duque que no obraria en adelante con dependencia de la fortuna ó de las armas de otro.

Comenzó su empresa debilitando el partido de los Orsinis y de los Colonnas en Roma, y atrayendo al suyo todos los nobles unidos á estas dos casas, cuya voluntad iba ganando ya con dinero, ya con la provision de gobiernos y empleos, segun la clase de cada uno; de forma que en pocos meses se les entibió la devocion que tenian á los primeros y se la consagraron enteramente al duque. Ya que con mucha facilidad y destreza habia dispersado á los Colonnas y atraídolos á sí, aguardó ocasion oportuna para perder á los Orsinis. Mas conociendo estos, aunque algo tarde, que el poder del duque y el de la Iglesia producirian su ruina, celebraron una dieta en Magiona del Perusino, de la cual resultaron luego la rebelion de Urbino, los alborotos de la Romaña, y peligros innumerables que corrió la perso-

na del duque, y de que se libró con el auxilio de los Franceses. Con todo eso no quiso volverse á fiar de ellos ni de ninguna otra fuerza estrangera, luego que pudo dar cierta consistencia á sus negocios: á fin de no arriesgar nada en adelante, empleó únicamente la astucia, y de tal manera supo disimular sus intenciones, que los Ursinos llegaron á reconciliarse con él por la mediacion del señor Paulo. No hubo obsequio que no prodigara para ganarlos: les regalaba vestidos ricos, dinero, caballos; y ellos fueron tan simples que se dejaron engañar hasta venir á caer en sus manos en Sinigaglia. Quedando, pues, esterminados los gefes de esta familia, y luego reducidos à buena amistad sus mismos partidarios, el duque fijó su poder sobre cimientos mas sólidos; por que no solo poseía ya toda la Romaña y el ducado de Urbino, sino que de tal modo se habia ganado el afecto de los pueblos de estos dos estados, y especialmente el del primero, que se hallaban muy contentos con su gobierno. Es muy digna de atencion esta última circunstancia, y por ella mereciendo el duque ser imitado, no quiero pasarla en silencio.

Luego que se apoderó de la Romaña, vió que habia estado manejada por una infinidad de principillos, los cuales antes se habian empleado en robar á sus súbditos, que en gobernarlos; y que no teniendo fuerzas para protegerlos, mas bien habian contribuido à perturbarlos, que á mantenerlos en paz. Hallábase asi aquel pais infestado de salteadores, despedazado por facciones, y entregado á todo género de desórdenes y escesos. Conoció al instante que era necesario un gobierno vigoroso para restablecer la tranquilidad y el orden, y para someter los habitantes á la autoridad del príncipe. Puso para esto por gobernador á Ramiro de Orco, hombre cruel pero activo, concediéndole facultades ilimitadísimas. Apaciguó Ramiro en poco tiempo los alborotos, concilió todos los partidos y se grangeó la reputacion de pacificador del pais. Sin embargo, muy pronto reconoció el duque que ya no era necesario emplear tanto rigor, y que convenia mas templar una autoridad tan exorbitante que hubiera llegado á ser odiosa (1). A este fin estableció un tribunal

(1) Moderen, pues, su ambicion los minis-

civil en el centro de la provincia, presidido por un hombre estimado generalmente, y dispuso que cada ciudad enviase allá su procurador ó abogado. Conocia bien que las crueldades de Ramiro le habian acarreado algun aborrecimiento; y para purificarse de todo cargo ante los ojos del pueblo ganando su amor, determinó manifestar que no debian imputársele las crueldades cometidas, sino atribuirse todas al feroz caracter de su ministro (2). En seguida se aprovechó de la primera ocasion favorable que tuvo, y una mañana mandó hender de arriba abajo á Ramiro, y que se pusiera su cuerpo sobre un palo, en medio de la plaza de Cesena, con un cuchillo ensangrentado junto á él.

---

tros de los tiranos, teniendo presente aquella máxima de Tácito: *Levi post admissum scelus gratiâ, dein graviùs odio.* «Concédeles el príncipe un favor pasagero, al tiempo en que le sirven para un crímen; pero con ánimo de dejarles luego abandonados á los efectos de un odio profundísimo." (Ann 14).

(2) No ignoraba Borja lo que previene Tácito á los príncipes nuevos y viejos: *Nec unquam satis fida potentia, ubi nimia est.* «No esté nunca seguro de mantenerse el poder que toque en los estremos."

El horror de semejante espectáculo dejó contentos los ánimos enconados, al paso que los llenó de espanto y de un frio estupor.

Pero volvamos á nuestro asunto. Encontrábase ya el duque muy poderoso y en gran parte esento del temor de sus enemigos, habiendo empleado contra ellos las armas que le parecieron mas convenientes, y destruido los vecinos poderosos que podian ofenderle. Faltábale únicamente para asegurar la posesion de sus conquistas y poder aumentarlas, ponerse en estado de no temer al rey de Francia; pues sabia muy bien que este príncipe no sufriria su engrandecimiento, habiendo reconocido aunque tarde, el yerro que habia cometido. Con este fin procuró formar nuevas alianzas, al tiempo que se dirigian los Franceses à Nápoles contra los Españoles que sitiaban á Gaeta. Era su intento fortificarse contra aquellos, como sin duda lo hubiera logrado si aun hubiese vivido Alejandro VI.

Tal fue su conducta en la provision de los negocios presentes; pero aun debia temer otros muchos peligros para lo venidero, como era el que le fuese contrario

el papa nuevo y procurára quitarle lo que le habia dado Alejandro su padre: trató, pues, de ponerse à cubierto de semejantes peligros, y para esto en primer lugar acabó con el linage de todos los señores á quienes habia despojado de sus dominios, quitando asi al papa futuro un pretesto y los auxilios que aquellos hubieran podido suministrarle, para que le despojase á él mismo. En segundo lugar procuró grangearse la aficion de todos los nobles de Roma, á fin de valerse de ellos para contener al papa en su misma capital. En tercer lugar introdujo en el sagrado colegio á cuantas hechuras suyas pudo; y por último adquirió tantos estados, tanta soberania y poder, antes que muriese su padre, que se hallaba ya fuerte, y prevenido para resistir el primer asalto que se le diera.

Al tiempo de la muerte de Alejandro, habia ya el duque empleado con suceso tres de estos cuatro medios, y lo tenia todo dispuesto para valerse igualmente del último. Habia quitado la vida à la mayor parte de los señores que dejaba despojados, librándose muy pocos de sus manos: tenia ganada la voluntad de los nobles de Roma, y grande partido en el

colegio de los cardenales: y en cuanto á sus adquisiciones, pensaba hacerse dueño de la Toscana, estando ya en posesion de Perusa y Piombino, y faltándole únicamente la formalidad de tomarla de Pisa, que se habia puesto bajo su proteccion. Tampoco tenia ya que contemplar à los Franceses; pues habian sido lanzados del reyno de Nápoles por los Españoles, y cada uno de estos dos pueblos tenia que solicitar su amistad. Echándose sobre Pisa, Luca y Sena no podian menos de ceder muy pronto, en parte por odio de los Florentines, y en parte por miedo; y los Florentines no podian defenderse, estando faltos de fuerzas. Si todos estos proyectos hubieran podido estar egecutados al tiempo del fallecimiento de Alejandro, no hay duda en que el duque hubiera tenido bastante fuerza y consideraeion para sostenerse por sí mismo, é independientemente de fortuna y del poder de otro.

Pero cinco años despues que el duque habia desembaynado la espada, murió Alejandro dejandole únicamente bien consolidado el estado de la Romaña, y todas sus demas conquistas en el ayre entre dos potencias armadas. Hallábase tambien Bor-

ja á la sazon atacado de una enfermedad mortal; y con todo eso era tanta su habilidad, tan distinguido su valor, y sabia tan bien qué hombres debia destruir y cuáles atraer á su amistad; en fin, supo en tan poco tiempo asentar su poder sobre cimientos tan sólidos, que á no haber tenido delante dos egércitos enemigos, ó habiendo estado bueno, no hay duda en que hubiera vencido todas las demas dificultades. La prueba de que sus principios eran muy seguros, está en que por mas de un mes se le mantuvo fiel y tranquila la Romaña; y en que aun estando medio muerto, nada tuvo que temer de parte de Roma, ni se atrevieron á perseguirle los Baglioni, los Vittelli y los Orsini, sin embargo de que se trasladaron á la misma ciudad. Consiguió á lo menos, que ya que no fuese electo papa el cardenal que él queria, tampoco lo fuese aquel que de ningun modo le acomodaba: en fin, todo le hubiera sido muy facil, no habiendose hallado enfermo al tiempo que murió Alejandro. Díjome el dia mismo que fue electo pontífice Julio II, que habia reflexionado mucho en todo lo que podria ocurrir á la muerte de su padre, buscando algun re-

medio acomodado á cada incidente; pero que nunca le habia ocurrido que él propio podria hallarse en peligro de perder la vida cuando su padre muriese.

Resumiendo todas las acciones del duque no encuentro falta alguna que imputarle, y me parece que puedo, como lo he hecho, proponerle por modelo á todos aquellos que por la fortuna ó por las armas de otro, hayan ascendido á la soberanía con miras grandes y proyectos todavía mayores. Su conducta no podia ser mejor; y el único tropiezo que encontraron sus designios fue la muerte demasiado pronta de Alejandro, y la enfermedad que á la sazon él mismo padecia.

A cualquiera, pues, que juzgue serle necesario en un señorío nuevo asegurarse de la fe de sus enemigos; adquirir partidarios; vencer ó por la fuerza, ó por la astucia; hacerse amar y temer de los pueblos; hacerse seguir y respetar por el soldado; destruir á todos los que pudieren ó debieren causarle daño; substituir leyes nuevas á las antiguas; ser á un tiempo severo y agradable, magnánimo y liberal; deshacerse de una milicia en que no pudiera haber confianza, y formar otra

nueva; conservar la amistad de los príncipes y de los reyes, de modo que deseen hacerle bien y teman tenerle por contrario; de todo esto, digo, no puede ofrecerse un egemplo mas reciente ni mas acabado que el que presenta Cesar Borja, á lo menos hasta la muerte de su padre.

Solamente es reprensible este duque en cuanto á la eleccion de Julio II para el pontificado. Verdad es, como ya hemos dicho, que no pudo hacer que recayese el nombramiento en la persona que quisiera; pero á lo menos pudo lograr y debió querer que se escluyese á la que no le convenia; pues por ningun título debió consentir la exaltacion de cualquiera de aquellos cardenales á quienes tenia ofendidos, y que llegando á ser pontífices, todavía podrian temerle; porque los hombres nos ofenden, ó por odio ó por miedo. Los cardenales á quienes el duque debia temer por haberles ofendido, eran entre otros el de san Pedro *Ad vincula*, el de Colonna, san Jorge y Ascanio. Todos los demas que pudieran haber sido electos, tenian motivos tambien para temerle, escepto el cardenal de Amboise, harto poderoso por la proteccion de la Francia y los Españoles

que se hallaban unidos á él por relaciones de parentesco y de mútuos servicios.

Debió el duque desde luego haber procurado que se nombrase un Español; y no habiéndolo conseguido, le era mas conveniente haberse prestado á favorecer el nombramiento del arzobispo de Ruan, que el del cardenal de san Pedro *Ad vincula*; pues es un error creer que se olvidan las ofensas antiguas por los beneficios recientes entre las personas de primer orden. No hay duda que en esta eleccion cometió el duque una falta gravísima que ocasionó despues su propia ruina.

CAPITULO VIII.

De aquellos que se han elevado á la soberanía por medio de maldades.

Pareceme conveniente ahora hablar de otros dos modos que hay de adquirir la soberanía, independientes en parte de la fortuna y del mérito, sin embargo de que el examen del uno de ellos ocuparia un lugar mas propio en el artículo de las repúblicas. El primero consiste en ascender á la

soberania por medio de alguna gran maldad; y el segundo se efectua cuando un simple particular es elevado á la dignidad de príncipe de su patria por el voto general de sus conciudadanos. Dos egemplos del primer caso voy á citar, el uno antiguo y el otro moderno, los cuales sin mas aprecio ni examen podrán servir de modelo á cualquiera que se halle en la necesidad de imitarlos. El siciliano Agatocles, que de simple particular de la mas ínfima estraccion subió al trono de Siracusa, y siendo hijo de un alfarero fue dejando señales de sus delitos en todos los pasos de su fortuna; se portó no obstante con tanta habilidad, con tanto valor y energia de alma, que siguiendo la carrera de las armas, pasó por todos los grados inferiores de la milicia y llegó hasta la dignidad de pretor de Siracusa. Luego que subió á un puesto tan elevado, quiso conservarle, desde alli alzarse con la soberanía, y retener por la fuerza y con absoluta independencia la autoridad, que voluntariamente se le habia concedido. Para este fin Agatocles, estando antes de inteligencia y concierto con Amilcar, que mandaba á la sazon el egército de los Cartagineses en

Sicilia, juntó una mañana al pueblo y senado de Siracusa, con el pretesto de conferenciar sobre los negocios públicos; y á una cierta señal, hizo á sus soldados degollar á todos los senadores y á los mas ricos del pueblo: muertos los cuales se apoderó sin trabajo de la soberanía, y la disfrutó sin la menor oposicion de parte de los ciudadanos. Derrotado luego dos veces por los Cartagineses, y sitiado finalmente por los mismos en Siracusa, no tan solo se defendió allí, sino que dejando en la ciudad una parte de sus tropas, pasó al Africa con las otras; y de tal modo apretó á los Cartagineses, que se vieron muy pronto obligados á levantar el sitio, y en tanto apuro que hubieron de contentarse con el Africa, y abandonarle definitivamente la Sicilia.

Si se examina la conducta de Agatocles, muy poco ó nada se encontrará que pueda atribuirse á la fortuna; porque ni llegó á la soberania por favor de nadie, sino pasando sucesivamente, como ya he dicho, por todos los grados militares, á costa de mil contratiempos, ni se sostuvo en ella sino es á fuerza de una multitud de acciones tan peligrosas como esforzadas.

Tampoco podria decirse que fuera virtuoso un hombre que degolló á sus conciudadanos, que se deshizo de sus amigos, que no guardó fe, ni tuvo piedad ni religion; medios todos que acaso podrán conducir á la soberanía, pero de ningun modo á la gloria.

Mas si por otra parte consideramos la intrepidez de Agatocles en arrostrar los peligros y su habilidad para salvarse de ellos; la firmeza y robustez de su ánimo para sufrir ó superar la adversidad, no se encuentra razon para que se le excluya del número de los capitanes mas célebres: sin embargo de que su inhumanidad, su crueldad feroz y los delitos innumerables que cometió, tampoco permitan que se le cuente entre los hombres grandes. Lo cierto es que no pudiera atribuirse á su virtud ni á su fortuna todo lo que llegó á conseguir sin ellas.

Oliveroto de Fermo, en nuestro tiempo y viviendo todavía el papa Alejandro VI, se quedó en la niñez huérfano de padre y madre: crióle su tio materno Juan Flogliani, quien le encomendó á Pablo Vitelli para que aprendiera el arte de la guerra y le hiciera llegar á un grado distinguido.

Despues de muerto Pablo sirvió bajo el mando de su hermano Vitellozo, y por su habilidad y valor fue en muy poco tiempo el primer capitan de aquel egército. Sonrojándose luego de servir y de hallarse confundido con el vulgo de los oficiales, pensó en apoderarse de Fermo, su patria, con el auxilio de Vitellozo y de otros ciudadanos que malamente preferian la esclavitud á la libertad de aquel pais. Escribió, pues, á Juan Fogliani diciendole, que por haber estado largo tiempo ausente de su casa, queria pasar á visitarle, y á ver al mismo tiempo su pais que en cierto modo podia reconocer como patrimonio suyo: que habiendo trabajado tanto por grangearse alguna reputacion, deseaba tambien que sus conciudadanos se convenciesen por sí mismos de que no habia malgastado el tiempo, y que por consiguiente queria presentarse á ellos con cierta brillantez, acompañado de cien ginetes, amigos suyos, y de algunos servidores; que para hacer mas suntuoso su recibimiento, le suplicaba que indugese á los principales habitantes de Fermo á que le saliesen al encuentro, respecto á que este acto no solo le serviria á él de mucho

gusto, sino que cederia igualmente en honra de su tio que habia cuidado tanto de darle educacion.

Desempeñó exactamente Juan Fogliani los encargos de su sobrino, disponiendo que los habitantes de Fermo le recibieran con la mayor distincion, y hospedándole en su casa. Empleó allí un dia Oliveroto en preparar lo que necesitaba para el éxito favorable de sus culpables designios, y con este fin dispuso un magnífico banquete, al cual convidó á Juan Fogliani y á las personas principales de la ciudad. Despues de la comida y entre la alegria que acompaña siempre á semejantes funciones, suscitó de intento Oliveroto la conversacion sobre un asunto serio: habló del poder del papa Alejandro y de su hijo Borja y sus empresas. Juan y los demas iban diciendo por turno su parecer, cuando levantándose de repente Oliveroto, dijo, que de aquella materia debia hablarse en sitio mas secreto, para lo cual pasó á otra sala seguido de su tio y de los demas convidados. Apenas se sentaron, unos soldados que estaban ocultos, salieron y mataron á Juan y á todos los otros. Oliveroto monta luego á caballo, recorre toda la ciu-

dad, sitia el palacio del magistado supremo, oblígale á obedecer y á que establezca un gobierno del que se le declara príncipe, da muerte á todos los descontentos que le hubieran podido incomodar, instituye nuevas leyes civiles y militares, y llega de tal modo á consolidar su poder en el discurso de un año, que no solamente se mantenia con seguridad en Fermo, sino que vino á ser temido de todos sus vecinos. Hubiera sido por tanto tan dificultosa su espulsion como la de Agatocles, á no haberse dejado engañar por el duque de Valentino, que como ya hemos dicho, le enredó en Sinigaglia con los Orsini y los Vitelli, un año despues que cometió su parricidio, y fue alli degollado con Vitellozo, su maestro en el arte de la guerra y en el de la perversidad.

Causará sin duda admiracion cómo Agatocles y otros semejantes á él pudieron vivir en paz largo tiempo en su patria, teniendo que defenderse de enemigos esteriores, y sin que ninguno de sus conciudadanos conspirase contra su vida, cuando otros príncipes nuevos no han podido nunca mantenerse por razon de sus crueldades durante la paz, y todavía menos en tiempo

de guerra. Yo creo que esto prevenga del uso bueno ó malo que se hace de la crueldad. Se la puede llamar bien empleada, (si es permitido dar el nombre de bueno á lo que es malo en sí mismo), cuando se egerce una sola vez dictándolo la necesidad de consolidar el poder, y cuando únicamente por utilidad del pueblo se recurre á un medio tan violento. Crueldades mal empleadas son aquellas que aunque poco considerables al principio, van luego creciendo en lugar de acabarse. Los que egercieren la crueldad de la primera especie, podrán esperar que al cabo Dios y los hombres les perdonen, y tal fue la de Agatocles; pero aquel que la use ó emplee de otro modo, cierto es que no podrá sostenerse.

Necesítase, pues, que el usurpador de un estado cometa de un golpe todas cuantas crueldades exija su propia seguridad para no repetirlas; de este modo se asegurará de la obediencia de sus súbditos, y todavía podrá adquirir su afecto, como si les hubiera hecho siempre beneficios. Si mal aconsejado, ó por timidez, obrare de otra manera, necesitaria tener continuamente en la mano el puñal, y se encon-

traría siempre imposibilitado de contar con la confianza de unos súbditos á quienes tantas y tan repetidas veces hubiese ofendido: porque, vuelvo á decir, estas ofensas deben hacerse todas de una vez, á fin de que hieran menos siendo menor el intervalo de tiempo en que se sientan; y por el contrario los beneficios han de derramarse poco á poco y uno á uno, para que se les tome mejor el sabor. Es necesario sobre todo que de tal manera se conduzca un príncipe con sus súbditos, que por ningun acontecimiento mude de conducta, ni en bien ni en mal: pues para obrar mal se pierde la coyuntura oportuna luego que la fortuna se tuerce; y cuando consiste la mudanza en obrar bien, tampoco suele agradecerse, porque se cree es hija de la necesidad.

CAPITULO IX.

De los principados civiles.

El otro modo de adquirir la soberania, sin emplear la traycion ni la violencia, consiste en hacerse uno príncipe de su pais mediante el favor y asistencia de sus conciu-

dadanos; por lo que á esta especie de principados puede darse el título de civiles. Su adquisicion no siempre supone en la persona singular mérito ni una felicidad extraordinaria, sino mucha maña y el aprovechamiento pleno de una ocasion favorable. Asciéndese, digo, á la magistratura suprema del pais, ó á esta soberanía, por la voluntad del pueblo, ó por la asistencia de los grandes; porque de estos dos elementos se derivan los diferentes partidos que pueden dividir un estado. Nace el uno de la aversion del pueblo al gobierno opresivo de los nobles, y el otro del deseo que tienen estos de gobernar al pueblo y de oprimirle; resultando de la diversidad de miras é intereses encontrados una lucha que al fin trae ya el gobierno de uno, ya el de muchos, ya la licencia y la anarquia.

Procede el principado del pueblo, ó de los grandes, segun lo decide la fortuna; porque cuando los nobles se ven estrechados por el pueblo con esceso, suelen encontrar el medio mas facil de subyugarle, tomando por caudillo á alguno de su gerarquia y dándole el nombre de príncipe, para satisfacer bajo la sombra de una au-

toridad reconocida, la necesidad que tienen de dominar: y tambien el pueblo por su parte, y por no ceder á su enemigo, toma á las veces el partido de oponerle un plebeyo, en quien igualmente espera apoyo y proteccion.

Con mucho trabajo se sostiene en el principado el que asciende á tanta dignidad por favor de los nobles; porque suele hallarse rodeado de hombres, que creyendo ser todavía iguales suyos, con dificultad se someten á su autoridad: mas aquel á quien el pueblo eleva por su gusto, campea solo, y con dificultad encuentra entre los que andan ó su lado quien se atreva á oponerse à su voluntad.

Es ademas muy facil contentar al pueblo sin cometer injusticia, y no lo es tanto contentar á los grandes; porque estos quieren egercer la tiranía, y el pueblo se limita á evitarla. Por otra parte, puede un príncipe sin mucho trabajo contener en los límites de su deber á los nobles que le son contrarios, por ser corto su número; pero ¿cómo podrá estar seguro de la obediencia y de la fidelidad del pueblo, si llega este á separar sus intereses propios de los del príncipe?

No cabe duda en que el príncipe se verá pronto abandonado de un pueblo que no le tuviere afecto, como lo seria tambien por los grandes contra cuyo gusto gobernara. Unos y otros van conformes en esto; pero debe el príncipe tener entendido que los grandes, sabiendo calcular mejor y sacar mas partido de las circunstancias favorables, al primer revés que esperimente de la fortuna, le volverán la espalda para servir y hacerse gratos al vencedor. Por último cuente el príncipe con que tiene que vivir siempre con el mismo pueblo, y no con los mismos nobles, à quienes puede á su arbitrio elevar ó abatir, colmar de favores ó de desgracias. Mas á fin de ilustrar cuanto sea posible la materia, paso á examinar los dos aspectos bajo que debe el príncipe mirar á los grandes, para conocer si estan ó no enteramente unidos á su causa. Aquellos que dan pruebas de adhesion y celo hácia el príncipe, deben ser honrados y queridos, siempre que no sean hombres entregados al robo. Entre los que rehusan mostrar demasiado interés por la fortuna del príncipe, habrá algunos que se conduzcan mal por debilidad y cobardia, y otros habrá que lo hagan por

cálculo y por miras de ambicion. Procure, pues, el príncipe sacar el partido que pueda de los primeros, especialmente si tienen facultades, porque esto cederá siempre en honra suya durante la prosperidad; y cuando el tiempo fuere adverso, rara vez serian temibles los hombres de semejante caracter: pero desconfie tambien de los otros, como de enemigos suyos declarados, que no se contentaran con abandonarle si la fortuna le fuese contraria, sino que luego podrian tomar las armas contra él.

Un ciudadano que asciende al principado civil por el favor del pueblo, debe cuidar mucho de conservar su afecto, lo que es facil siempre, como que el pueblo no quiere mas que no ser oprimido; pero aquel que llega á ser príncipe por la asistencia de los grandes y contra el voto del pueblo, debe ante todas cosas procurar ganarse la voluntad de este último; y lo conseguirá protegiéndole contra los que intenten dominarle. Cuando los hombres reciben beneficios de la mano misma de que esperaban agravios, se aficionan á su dueño con mas eficacia; y asi el pueblo sometido á un príncipe nuevo que se declara luego bienhechor suyo, se le aficio-

na todavía mas que si él propio le hubiera espontáneamente elevado á la soberanía. Infiérese, pues, de esto que el principe puede grangearse la benevolencia del pueblo por diversos medios, de los cuales seria inútil hablar aquí circunstanciadamente, en atencion á la dificultad de dar una regla fija y aplicable á las diferentes circunstancias. Solo diré que el príncipe necesita ganarse la voluntad del pueblo, si ha de contar con algun recurso en su adversidad.

Cuando Nabis, príncipe de Esparta, se vió acometido por el egército victorioso de los romanos y por los otros estados de la Grecia, solamente tuvo un corto número de enemigos interiores que contener durante el peligro; y de este modo pudo con facilidad defender su patria y su estado; pero ciertamente hubiera sido muy contrario el suceso, habiendo tenido al pueblo por enemigo.

En vano se opondria á mi opinion el manoseado proverbio que dice: *Contar con el pueblo es lo mismo que escribir en el agua.* El dicho podrá ser cierto respecto á un ciudadano que lucha con enemigos poderosos ó contra la opresion de

los magistrados, como sucedió á los Gracos en Roma, y á Gregorio Scali en Florencia; pero á un príncipe que no le falta valor ni cierta maña, y que lejos de abatirse cuando la fortuna le es contraria, sabe, tanto por su firmeza como por las disposiciones acertadas que toma, mantener el orden en sus estados, jamas le pesará de haber podido contar con el afecto del pueblo.

Un príncipe corre á su ruina cuando quiere llegar á ser absoluto, especialmente si no gobierna por sí mismo: porque entonces depende de aquellos á quienes ha confiado su autoridad, los cuales ó rehusan obedecerle al primer movimiento que se deja sentir, ó tal vez se sublevan contra él; y en este caso no es ya tiempo de pensar en hacerse absoluto: lo uno porque no sabrá de quien fiarse, y lo otro porque ciudadanos y súbditos estan acostumbrados todos á obedecer á los magistrados, y no se acomodarian á reconocer otra autoridad. Es tanto mas embarazosa la situacion del príncipe en tales circunstancias, cuanto que no puede servirle de regla el estado que tienen las cosas en los tiempos ordinarios, y cuando todos sin

cesar tienen que recurrir á su autoridad; porque entonces no hay nadie que no se reuna presurosamente á él, y que no se manifieste dispuesto á morir en su defensa como que se halla lejos la muerte de que se habla; pero durante los reveses de la fortuna, presentándose la ocasion oportuna de prestar tan oficioso servicio, esperimenta el príncipe de parte del pueblo, y demasiado tarde por su desgracia, que aquel ardor era poco sincero: experiencia tanto mas triste y peligrosa, cuanto que no suele hacerse dos veces.

Un príncipe sabio debe por consiguiente conducirse de modo que en todo tiempo y en cualquier trance, esten persuadidos sus súbditos de que le necesitan y no pueden pasar sin él: esta será siempre la mejor garantía del celo y de la fidelidad de los pueblos.

CAPITULO X.

Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos.

Para plena inteligencia de los diferentes gobiernos de que acabo de hablar, impor-

ta examinar tambien si el príncipe está en el caso de defenderse con sus propias fuerzas y sin recurrir á las de sus aliados, cuando fuere acometido por los enemigos esteriores: y para la mayor claridad de este punto, advierto que solamente pueden sostenerse por sí mismos aquellos que se encuentran con la cantidad suficiente de hombres y de dinero para presentar en campaña un egército, y librar batalla á cualquiera que los acometa. Es por el contrario demasiado triste la situacion de un príncipe que se ve reducido á encerrarse en su ciudad, y á esperar en ella al enemigo. Ya he hablado del primer estremo, y no me faltará ocasion de volverle á tocar.

Acerca del segundo, no puedo menos de prevenir á los príncipes que ante todas cosas mantengan bien abastecidas y fortificadas las ciudades de su residencia; porque si han sabido captarse el afecto del pueblo, segun ya he dicho y repetiré mas adelante, pienso que nada tienen que temer. No gustan los hombres de embarcarse en empresas dificultosas, sin alguna probabilidad de buen suceso; y no parece prudente y acertado asaltar á un

príncipe que tiene en buen estado de defensa la ciudad donde reside, y que no está aborrecido por el pueblo.

Las ciudades de alemania, teniendo un territorio muy reducido, gozan de mucha libertad, y solo obedecen al emperador cuando les acomoda, sin temor de que este ni otro ningun vecino poderoso las acometa; porque todas ellas tienen buenas murallas, grandes fosos, artillería y municiones para un año; de suerte que el sitio de estas ciudades seria largo y trabajoso. Ademas, para alimentar al pueblo bajo, sin tocar al tesoro público, tienen siempre de reserva medios de darle trabajo durante el mismo espacio de tiempo; fuera de que tambien las tropas se hallan regularmente egercitadas en las evoluciones militares, observándose con exactitud sus reglamentos sobre este ramo que son muy sabios.

Por estas razones el príncipe que tiene una ciudad bien fortificada y está seguro del afecto de sus habitantes, no puede ser acometido con ventaja; porque las cosas de este mundo se hallan de tal modo sugetas á mudanza, que es casi imposible que el agresor se mantenga con su egér-

cito rodando un año entero fuera de sus propios estados, y delante de una plaza que esté tan bien defendida.

Pero se dirá, el pueblo que tiene sus bienes fuera de la ciudad y ve su destruccion, perderá al cabo la paciencia, y no podrá prevalecer tan largo tiempo en su ánimo el amor al príncipe contra el interés de conservar su hacienda, y contra las incomodidades de un sitio tan dilatado. A esto respondo, que un príncipe hábil y juntamente poderoso vence sin dificultad estos obstáculos, ya haciendo creer al pueblo que el sitio no puede ser largo, ya amedrentándole con la perspectiva de la venganza y de la rapacidad del vencedor, y ya tambien sabiéndose asegurar con habilidad de aquellos que hablen demasiado alto.

Ademas es claro que el enemigo tala el pais luego que entra en él, y cuando los sitiados estan mas animosos y dispuestos para desfenderse: por consiguiente el príncipe no debe tener el menor miedo; pues una vez pasado el primer ardor, y viendo los habitantes que todo el daño está ya hecho y sin remedio, tanto mas interés tomarán en la defensa de su señor, cuanto

mayores sacrificios tuvieren hechos por él. ¿Quién ignora que los hombres se aficionan á sus semejantes, tanto por el bien que les hacen, como por el que reciben?

Todas estas consideraciones me inclinan á creer que por poca habilidad que tenga un príncipe, conseguirá sin trabajo sostener el valor de los sitiados, siempre que la plaza no esté falta de viveres ni de medios de defensa.

CAPITULO XI.

De los principados eclesiásticos.

Solamente me falta hablar de los principados eclesiásticos, que no se adquieren con tanta facilidad como se conservan. La razon consiste por una parte en que no se consiguen sino es por el mérito ó por la fortuna; y por otra en que esta especie de gobierno se funda en las antiguas instituciones religiosas, cuyo influjo es tan poderoso que el príncipe, de cualquier modo que gobierne, se sostiene sin mucho trabajo. Los príncipes eclesiásticos son los únicos que poseen estados sin estar obligados á defenderlos, y tienen súbditos sin

tomarse el trabajo de gobernarlos: son los únicos cuyas tierras se respeten, y en cuyos vasallos no haya voluntad ni medios para substraerse de su dominio: en una palabra, son los únicos estados en que el principe encuentra felicidad y seguridad. Pero tambien como se gobiernan por medios sobrehumanos y superiores al alcance de nuestra debil razon, seria temeridad y presuncion necia en mí hablar de ellos.

No obstante, si se me pregunta cómo el poder temporal de la Iglesia ha ido creciendo desde el pontificado de Alejandro VI hasta el punto de infundir temor hoy dia á un rey de Francia, arrojarle de Italia y destrozar á los Venecianos, siendo asi que antes de esta época, no tan solo los potentados de este pais, sino los simples barones y hasta los señores mas débiles, temian tan poco al obispo de Roma, principalmente en cuanto á lo temporal; no me detendré en responder siguiendo la relacion de varios hechos bastante conocidos sobre que no será inutil reflexionar.

Antes que Carlos VIII, rey de Francia, entrase en Italia, la soberanía de este pais se hallaba repartida entre el rey de

Nápoles, el Papa, los Venecianos, el duque de Milan y los Florentines: reduciéndose la política de estos príncipes á impedir que ninguno de ellos se engrandeciese, y á que no penetrasen en Italia las potencias estrangeras.

El Papa y los Venecianos eran los mas respetables de estos estados, y hubiera sido necesario para contenerlos, nada menos que una liga de todos los demas, como se vió en la defensa de Ferrara. En cuanto al Papa se servian de los barones romanos, que hallándose divididos en dos facciones, los Ursinis y los Colonnas, tenian siempre las armas en la mano para vengar sus agravios particulares, hasta delante de los ojos del pontífice, cuya autoridad no podia menos de padecer entre estos elementos de una guerra intestina. Si alguna vez reynaban papas de un caracter bastante enérgico, como el de Sixto V, para reprimir semejantes abusos, la corta duracion de su pontificado no permitia que se destruyese la causa. Los esfuerzos de estos pontífices se reducian á humillar por algun tiempo á una de las dos facciones, la cual volvia despues á levantar cabeza en el siguiente reynado. Asi es como el poder

de los papas gastaba sus fuerzas esterilmente, perdiendo la reputacion en lo interior de su estado y entre los estrangeros.

En semejantes circunstancias fue elevado á la cátedra pontificia Alejandro VI, y ninguno de cuantos le precedieron, ni de los que le han sucedido, ha manifestado del modo que él cuanto es capaz de hacer un pontífice con hombres y con dinero. Ya dige antes todo lo que hizo por el duque Valentin, y cuando entraron los Franceses en Italia; y aunque no cabe duda en que mas bien buscó el engrandecimiento de su hijo que el de la Iglesia, esta sin embargo no dejó de sacar buen partido de sus empresas, á la muerte del pontífice y del mismo duque.

Encontró, pues, Julio II, sucesor de Alejandro, el estado de la Iglesia acrecentado con toda la Romaña, y estinguidas las facciones de los barones romanos por el valor y la habilidad de su predecesor, quien le enseñó tambien el arte de atesorar. Julio aventajó en todos estos puntos á Alejandro; pues agregó á las tierras de la santa silla el estado de Bolonia, redujo á los Venecianos á términos de no poderle ofender, y lanzó de Italia á

los Franceses : sucesos tanto mas gloriosos, cuanto que este papa trabajó por enriquecer á la Iglesia y no à sus parientes.

Dejó Julio á los Ursinis y Colonnas en el estado en que los habia hallado al tiempo de su exaltacion; y aunque las semillas de las parcialidades antiguas subsistieran todavía, no pudieron brotar bajo el peso de un gobierno poderoso y que tuvo la sabia política de escluir del cardenalato á estas dos casas; con lo cual se agotó la fuente de las disensiones que habian despedazado la Iglesia hasta el pontificado de Alejandro; porque los cardenales suelen aprovecharse del influjo que les da esta dignidad para fomentar turbulencias dentro y fuera de Roma, en que se ven obligados á tomar parte los señores de una y otra faccion; de manera que se puede asegurar con verdad, que la discordia que hay entre los barones, siempre proviene de la ambicion de los prelados.

De esta suerte el pontífice reynante ha encontrado la Iglesia en el grado mas alto de prosperidad. Pero si Alejandro y Julio la han consolidado por su valor, todo nos promete que Leon X coronará la obra

por su bondad, y por otras mil cualidades apreciables.

CAPITULO XII.

De las diferentes especies de milicia y de los soldados mercenarios.

Habiendo tratado por menor de varias especies de estados políticos de que me habia propuesto dar noticia, y examinadas las causas de su prosperidad y de su decadencia, asi como los medios con que muchos los adquirieron y conservaron, me falta ahora hablar de los recursos que ofrecen las diferentes clases de milicia, tanto para la guerra ofensiva como para la defensiva.

Ya he dicho que si los príncipes quieren que su poder sea durable, le deben apoyar en cimientos sólidos. Consisten, pues, los principales fundamentos de los estados, ya sean antiguos, ya nuevos ó mixtos, en las buenas leyes y en las buenas tropas; pero como no pueden existir las buenas leyes sin las buenas tropas, y como estos dos elementos del poder político siempre estan unidos, me parece su-

ficiente hablar del uno de los dos.

Las tropas que sirven para la defensa de un estado son ó nacionales, ó estrangeras, ó mixtas. Las de la segunda clase son inútiles y peligrosas, ya se las emplee en calidad de auxiliares, ó en la de asalariadas; y nunca tendrá seguridad el príncipe que cuente con tales soldados, porque tienen poca union entre sí, son ambiciosos y no guardan disciplina ni fidelidad: valientes entre los amigos, cobardes en presencia del enemigo, sin temor de Dios y sin buena fe con los hombres; de manera que el príncipe para retardar su caida, tiene que poner su principal estudio en evitar la ocasion de depender del valor de tales tropas. En una palabra, ellas roban al estado en tiempo de paz, como lo egecuta el enemigo en tiempo de guerra. ¿Y cómo ha de ser otra cosa? No poniéndose al servicio del estado esta clase de tropas sino por el interés de un salario, que nunca es tan cuantioso que equivalga al riesgo de perder la vida, solo sirven con gusto en tiempo de paz, y luego que se declara la guerra, es muy dificil sugetarlas á una rigurosa subordinacion. Seria muy facil de probar este punto, como que

la ruina actual de Italia proviene únicamente de la confianza que se puso en las tropas mercenarias (*). Es verdad que al principio hicieron algunos buenos servicios, y se mostraron alentadas peleando contra otras tropas del pais; pero luego que se presentaron los estrangeros, se acabó su valor y mostraron lo que eran. Asi es que Carlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con la mayor facilidad, y sin mas trabajo que el de ir en cada lugar señalando alojamiento á sus soldados: y no se engañaban los que decian que nuestros pecados eran la causa de aquella pérdida, porque efectivamente nos acarrearon tal desgracia nuestros propios descuidos, ó por mejor decir, los de los príncipes, quienes pagaron bien su merecido.

Para aclarar mas esta materia, advierto que ninguna confianza puede tenerse

---

(1) Los grandes capitanes de la Italia en los siglos XV y XVI solian andar al frente de tropas que habian levantado á sus espensas, y ponerse á servir con ellas por un sueldo ya á un príncipe, ya á otro; de modo que durante una misma guerra se les veia servir alternativamente á los dos partidos contrarios: tales fueron Bartolomé Coleoni, Jacobo Sforcia, Piccinino, etc.

en los gefes de semejantes cuerpos, sean buenos ó malos oficiales. En el primer caso, porque aspiran á elevarse ellos mismos oprimiendo al príncipe que los emplea, ú oprimiendo á otros contra los designios del mismo príncipe; y en el segundo, porque de los oficiales malos solamente puede esperarse la pronta ruina del estado que se vale de ellos.

Se me dirá tal vez que lo mismo sucederá con cualquier otro capitan que tenga tropas á su mando. Acerca de esto responderé exponiendo cómo hayan de emplearse estos egércitos mercenarios por un príncipe, ó por una republica. En el primer caso debe el príncipe ponerse al frente del egército; y en el segundo debe la república dar el mando de sus tropas á uno de sus ciudadanos. Si este no es á propósito, nómbrese otro; y si es buen capitan, téngasele con tal dependencia, que no pueda escederse de las órdenes que reciba.

La esperiencia nos enseña que los estados, ya sean ó no republicanos, han podido acabar por sí mismos grandes empresas, y que las milicias mercenarias les han causado siempre perjuicio; pero con

respecto á las repúblicas, añado que podrán librarse mejor de la opresion del que mande sus tropas, cuando estas sean nacionales que cuando fueren estrangeras. Roma y Esparta se mantuvieron libres muchos siglos con las milicias de su pais; y en el dia si son tan libres los Suizos, es porque ellos mismos estan bien armados.

En prueba de lo que acabo de decir sobre el peligro de valerse de tropas estrangeras, podrian citarse los Cartagineses y los Tebanos. Los primeros, sin embargo de tener por capitanes á sus propios ciudadanos, se vieron á pique de caer bajo la tirania de las milicias estrangeras que tenian á sueldo al fin de su primera guerra con los Romanos; y en cuanto á los de Tebas, se sabe que habiendo conseguido Filipo de Macedonia que le diesen el mando de sus tropas despues de la muerte de Epaminondas, únicamente domó á los enemigos de esta república para sugetarla.

Juana II, reyna de Nápoles, viéndose abandonada de Sforcia, general de sus tropas, tuvo necesidad de ponerse en manos del rey de Aragon, para conservar el trono. ¿Y á Francisco Sforcia, hijo del susodicho, no le vimos unirse á los Ve-

necianos despues de haberlos derrotado en Caravaggio, para oprimir á los Milaneses que le habian confiado el mando de sus tropas por muerte de su duque Felipe María Visconti?

Se me replicará tal vez que los Venecianos y los Florentines han aumentado sus respectivos estados, valiéndose únicamente de las milicias estrangeras mercenarias, y que con todo eso sus generales siempre les han servido bien, sin que ninguno de ellos se haya alzado con la soberania. A esto respondo que los Florentines han tenido mucha dicha; porque sus capitanes, cuya ambicion podian temer, ó no fueron vencedores, ó encontraron obstáculos, ó pusieron sus miras en otra parte. Puede contarse entre los primeros á Juan Acuto (1), cuya fidelidad no quedó bien probada; pero es muy claro que si hubiera sido vencedor, se hallaban á su discrecion los Florentines.

Si los Braccio y Sforcia no conspiraron contra el estado á que servian, fue por-

(1) Capitan inglés que al frente de cuatro mil hombres de su nacion, combatia por cuenta de los Gibelinos de la Toscana. (Maquiavelo, historia de Florencia, lib. 1.)

que siendo rivales, se celaban uno á otro. No obstante se sabe que el hijo de este último dirigió su ambicion contra la Lombardia, y Braccio contra el estado eclesiástico y el reyno de Nápoles; pero volvamos á lo que hemos visto de poco acá.

Dieron los Florentines el mando de sus tropas á Paulo Vitelli, hombre de comun extraccion, pero prudentísimo, que estando retirado de los negocios públicos, adquirió una reputacion muy grande luego que se le elevó á aquel puesto; pero si este general hubiera tomado á Pisa, habria corrido mucho riesgo de perderse la libertad de los Florentines ó su existencia política; pues para ello bastaba que se hubiese pasado con sus tropas al servicio de los enemigos.

Por lo que toca á los Venecianos, es evidente tambien que jamas han debido sus adelantamientos sino á sus propias armas, quiero decir, á la guerra marítima; comenzando la época de su decadencia desde que quisieron pelear por tierra y adoptar los usos y costumbres de los otros pueblos de Italia.

Sin embargo tuvieron poco que temer de la ambicion de sus generales, mientras fue-

ron poco considerables sus posesiones en tierra firme, porque se sostenian aun con el esplendor de su poder antiguo. Mas no tardaron en reconocer su error, luego que estendieron sus conquistas bajo el mando del capitan Carmañola. Viendo que un hombre tan hábil y alentado como este, militando por cuenta de ellos contra el duque de Milan, y despues de haberle derrotado, se dejaba batir y procuraba alargar la guerra; juzgaron con razon que no volverian á vencer, porque aquel general no lo queria; y por otra parte no pudiendo despedirle sin perder lo que habian ganado por su valor, tomaron el partido de asesinarle.

Tuvieron despues los Venecianos por generales á Bartolomé Coleoni de Bergamo, á Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y otros semejantes de quienes podian esperar mas pérdidas que ganancias, como les sucedió en la jornada de Vaila donde sepultaron el fruto de ochocientos años de fatigas y trabajos. Los adelantamientos que se consiguen con semejante milicia, son endebles y lentos, pero las derrotas rápidas y casi prodigiosas.

Ya que estos egemplos me han traido á ha-

blar de Italia y de la triste experiencia que la ha enseñado los peligros de valerse de milicias estrangeras, tomaré las cosas desde mas arriba, á fin de que el conocimiento de su origen y progresos sirva á lo menos para precaver efectos mas funestos todavía. Para ello es necesario tener presente, que luego que el imperio perdió el poder y respeto de que hasta entonces habia gozado en Italia, y principió á tomar consistencia en ella la autoridad del papa, fue dividido este pais en muchos estados.

La mayor parte de las ciudades grandes tomó las armas contra la nobleza, que apoyada por el emperador, las tenia gimiendo en la opresion mas cruel: ayudólas el papa en estas empresas, y por este medio acrecentó su poder temporal.

Otras cayeron bajo la dominacion de sus mismos ciudadanos; de suerte que la Italia vino á ser súbdita de la Iglesia y de algunas repúblicas.

Los príncipes eclesiásticos, ignorantes del arte de la guerra, fueron los primeros que se sirvieron de tropas mercenarias; y Alberico de Conio, natural de la Romaña, fue quien dió mas crédito á esta escie de milicia. Formaronse en su escuela

los Braccio y Sforcia que fueron entonces árbitros de la Italia, y á estos han sucedido todos aquellos que hasta el dia han mandado los egércitos en este pais.



De sus famosas hazañas proviene que la hermosa Italia haya sido invadida por Carlos VIII, saqueada y devastada por Luis XII, oprimida por Fernando, é insultada por los Suizos. Los gefes de estas milicias errantes comenzaron luego á despreciar la infantería, lo uno para hacerse ellos mismos mas necesarios, y lo otro porque no teniendo estados y subsistiendo únicamente de su industria, nada podian emprender con un cuerpo pequeño de infanteria, ni tampoco mantener otro mas considerable. Vieron, pues, que la cuenta les salia mejor con la caballería, y proporcionaban el número de los ginetes con los recursos del pais que habia de alimentarla; llegando el caso de contarse apenas dos mil infantes en un egército de veinte mil hombres. Agrégase á esto que para hacer menos penoso su oficio, y de menor peligro sobre todo, se habian puesto sobre el pie de no matarse unos á otros en las escaramuzas, ciñendose á hacer prisioneros, que tambien se devolvian

sin rescate. Nunca daban un asalto por la noche, ni el sitiado tampoco hacia salida alguna de su plaza en aquellas horas; no acampaban sino es en el buen tiempo, y en fin no formaban atrincheramientos en sus campos. Con una disciplina tan estravagante, é inventada de propósito para huir del peligro, no podia tardar la Italia en verse esclavizada, y en perder enteramente la reputacion de que hasta entonces habia gozado.

CAPITULO XIII.

De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales.

Llamanse tropas auxiliares las que un príncipe recibe prestadas de sus aliados para su socorro y defensa. Habiendo esperimentado á pesar suyo el papa Julio II en la empresa de Ferrara, el peligro de valerse de milicias mercenarias, recurrió á Fernando, rey de España, quien se obligó por un tratado à enviarle tropas de socorro.

Esta espicie de milicia puede ser util á quien la envia; pero siempre es funesta al prín-

cipe que se sirve de ella; porque si es vencida, él es quien sufre la pérdida, y si vencedora, queda á su discrecion. Llena está la historia antigua de egemplos que lo confirman; pero me limitaré á contar uno reciente. Queriendo Julio II apoderarse de Ferrara, pensó encargar el cuidado de esta espedicion á un estrangero; mas por fortuna suya ocurrió un incidente que le salvó de haber pagado bien cara semejante imprudencia. Fue el caso que habiendo sido derrotadas sus tropas auxiliares en Rabena, se vió el vencedor acometido inopinadamente por los Suizos que le pusieron en huida; y de esta suerte se libró el pontífice, no solo del enemigo que fue vencido posteriormente, sino de sus tropas auxiliares que tan poca parte tuvieron en la victoria alcanzada.

Habiendo determinado los Florentines poner sitio á Pisa, y careciendo de milicias nacionales, tomaron á su servicio diez mil Franceses; falta que les acarreó mayores males que los que hasta entonces habian padecido. El emperador de Constantinopla amenazado por sus vecinos, metió en la Grecia diez mil turcos, à quienes no pudo echar de alli concluida

la guerra, y quedó esta provincia sujeta á los infieles.

Aquel, pues, que quiera ponerse en estado de nunca ser vencedor, no necesita mas que valerse de esta clase de milicia, que es aun peor que las tropas mercenarias, porque forma un cuerpo, solamente sujeto á la obediencia de un estraño. Por el contrario, si se levanta esta última clase de milicias por quien las emplea y paga, y no forman un cuerpo separado, no será tanta la contingencia de que sean perjudiciales una vez vencido el enemigo: por que siendo nombrado el gefe por el mismo príncipe, no puede de un golpe adquirir bastante autoridad sobre el egército para hacerle que convierta las armas contra el que le paga. En fin yo creo que tanto debe temerse el valor de las tropas auxiliares, como la cobardia de las mercenarias; y que un príncipe prudente mas bien querrá esponerse á ser batido con sus propias tropas, que vencer con las estrangeras: ademas de que no es verdadera victoria la que se consigue por medio de un estraño socorro.

En prueba de esta proposicion no puedo menos de citar el egemplo de Ce-

sar Borja. Se apoderó de Imola y de Forli, valiéndose del auxilio de las tropas francesas: viendo desde luego que no podia contar con su fidelidad, recurrió á la milicia mercenaria que capitaneaban los Ursinis y los Vitellis, como menos temible; y encontrando despues este príncipe tan poca seguridad en unas como en otras, tomó el partido de deshacerse de todas ellas, y no volvió á servirse sino de sus propios soldados.

Si se quiere conocer la diferencia escesiva que hay entre estas dos especies de milicia, compárense las campañas del mismo duque, teniendo á sueldo suyo á los Ursini y los Vitelli, con las que hizo al frente de sus propias tropas: porque nunca pudo conocerse bastante su talento hasta que fue absoluto dueño de sus soldados.

Bien quisiera ceñirme á los egemplos sacados de la historia moderna de Italia; pero viene tan al caso el de Hieron, tirano de Siracusa, de quien ya he hablado, que no lo puedo omitir. Habiale confiado esta ciudad el mando de sus tropas, compuestas de estrangeros mercenarios; y no tardando aquel general en reconocer cuan poco podía prometerse de seme-

jante milicia asalariada, cuyos gefes se conducian casi como nuestros italianos; viendo ya claramente que sin peligro no podia servirse de ella ni licenciarla, tomó la violenta resolucion de destruirla, y sostuvo despues la guerra con sus propios soldados.

Tambien citaré otro pasage histórico sacado del viejo Testamento. Habiendose ofrecido David á salir á pelear contra el temible filisteo Goliat, el rey Saul, para encender su ánimo, le armó con su espada, su morrion y su coraza; pero viendo David que mas le servian de embarazo que de provecho estas armas, declaró que para vencer á su enemigo no necesitaba de otras que su propia honda y el cuchillo. Rara vez le viene á uno bien la armadura agena: lo mas comun es que venga demasiado estrecha, ó demasiado holgada y cayéndose de los hombros.

En fin, ó la milicia estrangera sirve de carga muy pesada, ó abandona al que la busca cuando podria serle útil, ó se vuelve contra el mismo que se vale de ella. Carlos VII, padre de Luis XI, despues que con su valor libró á la Francia de los Ingleses y quedó convencido de la necesidad de combatir con sus propias fuerzas,

estableció por todo el reyno compañias regladas de caballeria y de infanteria. El citado Luis suprimió despues los infantes, y en su lugar sustituyó á los suizos: mas esta falta, que cometieron tambien sus sucesores, es el origen de los infortunios de aquel estado, como se ve en el dia; porque acreditando estos reyes la milicia helvética, envilecieron la suya propia, que habiendose acostumbrado á combatir con los suizos, creè que no puede vencer sin ellos; de suerte que los Franceses ni se atreven á pelear contra los Suizos, ni á hacer la guerra á nadie sin ellos.

Son, pues, los egércitos franceses en parte mercenarios, y en parte nacionales, mezcla que les hace superiores á las tropas puramente asalariadas ó puramente auxiliares; pero inferiores con mucho á las que se forman en el mismo pais. El egemplo que acabo de citar, basta para probar que la Francia seria invencible, si hubiera observado fielmente las disposiciones militares de Carlos VII; mas llega á tanto por desgracia la imprudencia de los hombres, que entran á ciegas en las empresas prometiéndose ventajas imaginarias y llevándose de apariencias lisonjeras, sin

conocimiento ni prevision del mal que está oculto, como sucede con la calentura ética de que ya he hablado.

Asi que no es verdaderamente sabio el príncipe que no conoce los males, sino cuando ya no es tiempo de remediarlos. Conocerlos á tiempo, es ciencia poco comun entre ellos. La primera causa de la decadencia del imperio romano fue haber tomado á sueldo á los Godos, circunstancia que dió crédito á estos bárbaros á costa de la milicia romana.

Un príncipe que no puede defender sus estados sino con tropas estrangeras, se halla á merced de la fortuna y sin recurso alguno en la adversidad. Es máxima generalmente recibida, que nada hay tan endéble como el poder que no se apoya en sí mismo; es decir, que no se defiende por sus propios ciudadanos, sino por medio de estrangeros, ya sean aliados, ya sean asalariados. No es dificil poner en pie una milicia nacional, empleando los mismos medios de que se sirvieron con tanta habilidad Filipo, padre de Alejandro Magno, y otros muchos estados, tanto monárquicos como republicanos, de los cuales he hablado ya en mis

escritos anteriores: el lector puede consultar las constituciones de aquellos pueblos, para acabar de instruirse en esta materia (1).

CAPITULO XIV.

De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia.

El arte de la guerra es el único estudio á que deben dedicarse los príncipes, por ser propiamente la ciencia de los que gobiernan. De sus progresos en ella pende la conservacion de sus propios estados y su acrecentamiento; de modo que por haberse aventajado en este estudio, han subido muchas veces los simples particulares á la dignidad suprema, al paso que en otras cayeron de ella vergonzosamente los soberanos por entregarse á un cobarde y afeminado reposo. Ciertamente consiste la

---

(1) *Nihil rerum mortalium tam instabile ac fluxum est, quam fama potentiæ non suâ vi nixæ:* «Entre las cosas caducas de este mundo no hay una tan instable y vacilante como la reputacion de una potencia que no puede apoyarse en sus propias fuerzas." (Tácito, Annal. 13).

pérdida de los estados en el desprecio de un arte tan importante, y en su cultivo la adquisicion de otros nuevos, asi como la estable y pacífica posesion de los adquiridos.

Francisco Sforcia de simple particular llegó á ser duque de Milan, porque tenia á su disposicion un egército que sabia dirigir; y sus hijos de duques que eran, quedaron reducidos á simples particulares, por no haber heredado el talento de su padre. Nada de estraño hay en esto, porque ninguna cosa contribuye tanto á que pierda un príncipe la autoridad de que goza, como el no ser capaz de ponerse al frente de sus tropas; y por lo mismo de nada debe cuidar tanto como de no envilecerse en el aprecio de sus súbditos, segun probaré despues.

Asi como no puede establecerse comparacion alguna entre los hombres armados y los inermes, del mismo modo seria absurdo esperar que los últimos mandasen y los primeros obedeciesen. Un príncipe desarmado no puede tener seguridad ni sosiego en medio de súbditos armados; pues estos despreciarán siempre á los demas y le serán justamente sospechosos. ¿Y

cómo podrian trabajar de comun acuerdo? En una palabra, el príncipe que no conoce el arte de la guerra, no puede grangearse la estimacion de sus tropas, ni fiarse de ellas (1).

Tienen, pues, los príncipes necesidad de dedicarse enteramente al arte de la guerra, el cual exige junto con un estudio ó trabajo mental, el egercicio de las armas. Comenzando por este último, debe esmerarse el príncipe en que sus tropas esten bien disciplinadas, y egercitadas con regularidad. La caza le acostumbrará mejor que cualquier otra cosa á la fatiga y al sufrimiento de las intemperies del ayre: este egercicio le enseñará tambien á observar los sitios y las posiciones, à conocer la naturaleza de los rios y de las lagunas, à medir la estension de las llanuras y de los montes, y al mismo tiempo irá adquiriendo el conocimiento topográfico del pais que ha de defender, y se habituará poco à poco à reconocer los lugares donde podrá luego conducirle la guerra. Como

(1) Se deja conocer que esto es únicamente aplicable al gobierno de uno solo y de un conquistador.

por egemplo, los valles y llanuras de la Toscana, y del mismo modo los rios y pantanos, son semejantes á los de tros paises, el estudio de uno puede servir para el conocimiento de los demas.

Es ciertamente este estudio utilisimo para los que mandan egércitos; y el general que le desprecie, no sabrá nunca encontrar al enemigo, ni guiar sus tropas, ni acamparlas, ni dar á tiempo una batalla. Los historiadores griegos y romanos alaban con mucha razon à Philopemen, príncipe de los Acheos, por su aplicacion suma al estudio del arte militar durante la paz. En sus viages se detenia muchas veces con sus amigos y les preguntaba, ¿cuál de dos egércitos tendria la superioridad si el uno estuviese colocado sobre tal altura y ocupara el otro tal lugar; cómo aquel que suponia estar à su mando podria acercarse al contrario y presentarle batalla; cómo deberia conducirse para hacer su retirada, ó para dar caza al enemigo en caso que él se retirase? Proponiales del mismo modo todos los lances que pueden ocurrir en la guerra, escuchaba se dictámen con atencion, y por último daba el suyo fundándole. Asi rara vez le sucedia

ser sorprendido por sucesos imprevistos.

En cuanto á la parte del arte militar que se aprende en el gabinete, debe el príncipe leer la historia, poniendo particular atencion en las hazañas de los grandes capitanes, y examinando bien las causas de sus victorias y de sus derrotas; sobre todo conviene seguir el egemplo de varios hombres célebres que se propusieron imitar algun modelo de la antigüedad y seguir sus huellas. Alejandro el Grande se inmortalizó procurando imitar á Achiles: Cesar imitando al mismo Alejandro, y Scipion á Cyro. De manera que si nos tomamos el trabajo de confrontar la vida de Scipion, y la de Cyro escrita por Xenofonte, veremos que el romano fue generoso, afable, humano y continente, como su modelo.

Estas son las ocupaciones mas dignas de un príncipe sabio en tiempo de paz, á fin de que si la fortuna se muda, pueda ponerse á cubierto de sus golpes.

CAPITULO XV.

Por qué cosas los hombres, y en particular los príncipes, merecen ser alabados ó vituperados.

Tratase al presente de examinar la conducta que ha de observar un príncipe con sus súbditos y con sus amigos; y aunque otros han hablado ya de esta materia, no pienso sin embargo que se atribuirá á presuncion el atreverme á presentarla aqui de una manera diferente. Como mi objeto es escribir para aquellos que juzgan sin preocupacion, hablaré de las cosas como son en la realidad, y no como el vulgo se las pinta.

Figúrase á veces la imaginacion repúblicas y gobiernos que nunca han existido: pero hay una distancia tan larga del modo con que se vive al que deberiamos tener de vivir, que aquel que reputa por real y verdadero lo que sin duda deberia serlo, y no lo es por desgracia, corre á una ruina segura é inevitable. Asi que no temeré decir, que el que quiera ser bueno absolutamente con los que no lo son, no

podrá menos de perecer tarde ó temprano. Por esto el príncipe que desee serlo con seguridad, debe aprender á no ser siempre bueno, sino á ser lo que exijan las circunstancias, y el interés de su conservacion.

Dejando á un lado, pues, las ideas falsas que muchos se forman de los príncipes, y deteniendose en las que son verdaderas, digo que nunca se habla de un hombre ó sugeto determinado, y en especial de un príncipe, sin atribuirle algun mérito ó demérito, alguna buena ó mala prenda. El uno es liberal, el otro avaro: aquel da con franqueza, este es codicioso: en una palabra, es un hombre de honor ó sin fe; es afeminado y pusilánime, ó valeroso y emprendedor; humano ó cruel; afable ó altanero; de vida arreglada ó destemplado; bribon ú hombre de bien; docil, ó duro y áspero; grave ó alocado, religioso ó impío.

Gran dicha seria á la verdad hallar un príncipe que reuniera todas las buenas prendas que he señalado; pero como nuestra naturaleza no es capaz de tanta perfeccion (1), es necesario á lo menos que ten-

(1) *Adhuc nemo extitit*, dice Plinio el menor,

ga el príncipe bastante prudencia para preservarse de aquellos vicios y defectos que pudieran perderle. Debe librarse tambien, si le es posible, de los otros defectos menores que no pueden comprometer su seguridad ni la posesion de sus estados; mas si fuese superior á sus fuerzas el librarse de ellos, no debe incomodarse tanto, como por no incurrir en las faltas graves que causarian su ruina. Tampoco debe reparar en que se vituperen en él los vicios que son útiles para la conservacion de sus estados; porque bien meditadas las cosas, tal cualidad que parece buena y laudable, le perderia inevitablemente, y de tal otra, que parecerá mala y viciosa, dependerá su conveniencia y seguridad.

CAPITULO XVI.

De la liberalidad y de la parcimonia.

Comenzando por las primeras cualidades de que acabo de hablar, confieso que es

---

cujus virtutes nullo vitiorum confinio læderentur. «Las virtudes residen en el hombre cerca de algun vicio, y asi participan siempre de este fatal contacto." (Panegírico de Trajano.)

muy bueno acreditarse un príncipe de liberal, pero peligroso tambien egercitar la liberalidad de manera que no sea despues temido ni respetado. Voy á esplicarme. Si el príncipe se muestra liberal en el grado conveniente, quiero decir, con medida y discernimiento, contentará á pocos, y será tenido por avaro. Por otra parte, un príncipe deseoso de que su liberalidad sea ponderada, no repara en ninguna clase de gastos; y para mantener esta reputacion, suele luego verse obligado á cargar de impuestos á sus vasallos y á echar mano de todos los recursos fiscales, lo que no puede menos de hacerle aborrecible; fuera de que agotado el tesoro público con su prodigalidad, no solo pierde su crédito y se espone tambien á perder sus estados al primer revés de la fortuna, sino que al cabo gana con sus liberalidades mayor número de enemigos que de amigos, como sucede todos los dias. Lo mas singular es, que tampoco podrá mudar de conducta ni moderarse, sin que al instante se le tache de avaro.

Supuesto, pues, que un príncipe no puede ser liberal sino á tanta costa, haga poco caso de que le tengan por mezquino

y avaro: sobre todo, si mediante la economía, logra que sus rentas alcancen á cubrir sus gastos, y que sin necesidad de echar nuevas contribuciones se halla en disposicion de defender sus estados y aun de intentar empresas útiles.

Cuente entonces con que le tendrán por bastante liberal todos aquellos á quienes nada quite, que serán los mas y los mejores, y que al contrario será siempre muy corto el número de los que le acusen de avaro, porque no les da todo lo que piden. Es notable que en nuestros dias solamente hayamos visto hacer cosas grandes á los que han tenido opinion de avaros, y que se han arruinado todos los demas. Julio II consiguió el pontificado por sus liberalidades; pero luego juzgó muy bien, que para sostener la guerra contra el rey de Francia, le serviria de poco la reputacion de liberal que habia adquirido: y asi procuró que sus ahorros le pusieran en estado de soportar la guerra sin exigir nuevas contribuciones. El rey que ocupa hoy dia el trono de España (1), jamas hubiera llevado al cabo sus empresas, si hubie-

(1) Fernando V, llamado el Católico.

se hecho aprecio de lo que podrian hablar sobre su economía.

Asi pues un príncipe, para no llegar á ser pobre, para poder en caso de invasion defender sus estados y no recargar á sus súbditos con nuevos impuestos, no debe sentir que se le tenga por avaro, supuesto que en este malamente llamado vicio, consisten la estabilidad y la prosperidad de su gobierno. Se dirá acaso que Cesar consiguió el imperio por sus liberalidades, y que otros muchos se han elevado por el egercicio de la misma cualidad: mas á esto respondo que es muy diferente el estado de un príncipe del de un hombre que aspira á serlo. Si Cesar hubiera vivido mas largo tiempo, ó perdiera la reputacion de liberal que le abrió el camino del imperio, ó se hubiera perdido á sí mismo queriendo conservarlo.

Se cuentan no obstante algunos príncipes que han hecho proezas con sus egércitos, distinguiéndose siempre por su liberalidad; pero esto dependia de que sus dádivas no eran gravosas al tesoro público. Tales fueron Cyro, Alejandro y el mismo Cesar. El príncipe debe usar con economía de sus bienes y de los de sus súbdi-

tos; pero debe ser pródigo de los que tomare al enemigo, si quiere ser amado de sus tropas. No hay virtud que tanto se gaste por sí misma, si puede decirse asi, como la generosidad. El demasiado liberal no lo será largo tiempo, se quedará pobre y será despreciado, á menos de que no sacrifique á sus súbditos con continuos tributos y demandas; y entonces se hará odioso. Nada debe temer tanto un príncipe como ser aborrecido y despreciado, y la liberalidad conduce á estos dos escollos. si fuese necesario escoger entre dos estremos, siempre valdria mas ser poco liberal que serlo demasiado; puesto que lo primero, aun cuando sea poco glorioso, no acarrea á lo menos, como lo segundo, el aborrecimiento y el menosprecio.

CAPITULO XVII.

De la crueldad y de la clemencia; y si vale mas ser amado que temido.

Paso ahora á tratar de las otras cualidades que se requieren en los que gobiernan. No hay duda en que un príncipe debe ser clemente, pero á tiempo y con me-

dida. Cesar Borja fue tenido por cruel; mas á su crueldad debió las ventajas de reunir á sus estados la Romaña, y de restablecer en esta provincia la paz y la tranquilidad de que se habia visto privada largo tiempo. Bien considerado todo se confesará que este príncipe fue mas clemente que el pueblo de Florencia, el cual, por evitar la tacha de cruel, dejó destruir á Pistoya. No debe hacerse caso de la nota de crueldad, cuando se trata de contener al pueblo dentro de los límites de su deber; porque al fin se halla que ha sido uno mas humano haciendo un corto número de castigos indispensables, que aquellos que por demasiada indulgencia provocan el desorden, de que resultan luego la rapiña y la muerte: como que los tumultos comprometen la seguridad del estado, ó le destruyen, al paso que la pena impuesta por el príncipe á los delincuentes, tan solo recae sobre algunos particulares.

Pocas veces un príncipe nuevo se salva de la nota de cruel, porque está llena de peligros toda dominacion nueva: y asi Dido (en Virgilio) se disculpa de la severidad de que usaba, por el apuro á que la habia reducido el interés de sostenerse en un

trono que no habia heredado de sus abuelos:
*Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et latè fines custode tueri.*

No es conveniente tampoco que el príncipe tenga miedo de su sombra, ni que escuche con demasiada facilidad las relaciones siniestras que le cuenten: antes bien debe ser muy circunspecto, tanto para creer como para obrar, sin desentenderse de los consejos de la prudencia; pues hay un medio racional entre la seguridad loca y la desconfianza infundada. Algunos políticos disputan acerca de si es mejor que el príncipe sea mas amado que temido; y yo pienso que de lo uno y de lo otro necesita. Pero como no es facil hacer sentir en igual grado á los mismos hombres estos dos afectos, habiendo de escoger entre uno y otro, yo me inclinaria al último con preferencia. Es preciso confesar que generalmente los hombres son ingratos, disimulados, inconstantes, tímidos é interesados. Mientras se les hace bien, puede uno contar con ellos: nos ofrecerán sus bienes, sus propios hijos, su sangre, y hasta la vida; pero como ya tengo dicho, todo ello dura mientras el peligro está lejos, y cuando este se acerca, su voluntad y la ilusion que se tenia des-

aparecen al mismo tiempo. El principe que hiciera caudal de tan lisonjeras palabras, y no cuidara de estar preparado para cualquier evento que pudiese sobrevenir, se hallaria muy espuesto á arruinarse; porque los amigos que se adquieren á costa de dinero, y no en virtud de las prendas del ánimo, rara vez se conservan durante los contratiempos de la fortuna; y no hay cosa mas frecuente que verse uno abandonado de ellos al llegar la ocasion en que mas los necesita. Generalmente se hallan los hombres mas prontos á contemplar al que temen, que á el que se hace amar: lo cual consiste en que siendo esta amistad una union puramente moral, ó de obligacion nacida de un beneficio recibido, no puede subsistir contra los cálculos del interés: en lugar de que el temor tiene por objeto el apartamiento de una pena ó castigo, de cuya idea la impresion que recibe el ánimo es mas profunda. Sin embargo, el príncipe no debe hacerse temer tanto, que deje de ser amable y merezca que le aborrezcan; no siendo dificil encontrar un buen medio, y mantenerse en él. Bástale para no ser aborrecido, respetar las propiedades de sus súbditos y el honor de sus muge-

res. Cuando se halle en la necesidad de imponer la pena de muerte, manifieste los motivos que tuviere, y sobre todo no toque á los bienes de los condenados: porque es preciso confesar, que mas pronto olvidan los hombres la muerte de sus parientes que la pérdida de su patrimonio. Por otra parte, tiene el príncipe sobradas ocasiones de tomar los bienes agenos, si se propone vivir de la rapiña; al paso que son mucho mas raras las de derramar la sangre de sus súbditos, y se acaban mas pronto.

Pero hallándose el príncipe al frente de su egército y teniendo bajo sus órdenes una multitud de soldados, no debe hacer caso de que entre ellos se le tenga por cruel, respecto á que le será util esta misma reputacion para mantener la tropa en la obediencia y para evitar toda especie de faccion.

Entre otras prendas admirables poseia Anibal la de hacerse temer de sus soldados en tanto grado, que habiendo conducido á pais estrangero un egército numerosísimo, compuesto de todo linage de gentes, no tuvo que castigar el menor desorden, ni la falta mas ligera contra la disciplina, ya siendole la fortuna favorable, ya siendole

contraria: efecto que solamente puede atribuirse á su estremada severidad, y á las demas dotes que le hacian respetar y ser temido del soldado, sin lo cual ni su ingenio ni su valor le hubieran sido útiles.

Hay sin embargo escritores tan poco juiciosos en mi opinion, que aunque hagan el debido elogio de las grandes empresas de Anibal, no aprueban semejante máxima; pero nada le justifica tanto en esta parte, como el egemplo de Scipion, uno de los mayores capitanes que nos da á conocer la historia de Roma. La escesiva indulgencia suya con las tropas que mandaba en España, no produjo sino desórdenes, y últimamente un alboroto general: por lo que Fabio Máximo le echó en cara delante del senado pleno, que habia estragado la malicia romana. Habiendo dejado sin castigo el mismo general la bárbara conducta de uno de sus tenientes con los Locrienses, observó un senador para justificarle, que habia hombres á quienes era mucho mas facil no cometer yerros que castigarlos. Semejante esceso de indulgencia hubiera con el tiempo deslucido la reputacion y gloria de Scipion, si hubiese continuado mandando, y conservara las

mismas disposiciones; pero lejos de perjudicarle, redundó todo en mayor honra suya, porque vivia bajo el gobierno del senado.

Concluyo, pues, (volviendo á mi primera cuestion acerca de si vale mas ser amado que temido), que como los hombres aman por libertad ó por capricho, y por el contrario, temen segun el gusto del que los gobierna, un príncipe prudente no debe contar sino con lo que está á su disposicion; pero sobre todo cuide, segun ya tengo advertido, de hacerse temer, sin llegar à ser aborrecible.

CAPITULO XVIII.

Si los príncipes deben ser fieles á sus tratados.

Ciertamente es muy laudable en un príncipe la exactitud y fidelidad en el cumplimiento de sus promesas, y que no eche mano de sutilezas y artificios para eludirle; pero la esperiencia de estos tiempos nos demuestra, que entre los que mas se han distinguido por sus hazañas y prósperos sucesos, hay muy pocos que hayan hecho caso de la buena fe, ó que

escrupulizaran de engañar á otros cuando les tenia cuenta y podian hacerlo impunemente (1).

Sépase, pues, que hay dos modos de

---

(1) Los Romanos pintaban á Jano con dos caras, y le veneraban como al mas prudente de todos los antiguos reyes de Italia por la doblez de sus tratos y palabras, en que consistia toda su prudencia, segun Macrobio. Maquiavelo en este lugar, tomando por norte la esperiencia, saca sus lecciones de la historia y del conocimiento de los hombres: los que juzgan que formaba esta teoria para hacer á los príncipes odiosos, se engañan mucho; pues no hay duda de que la halló consagrada en la práctica de las monarquias, y de las repúblicas antiguas, para las cuales creia que era igualmente necesaria. Annio Satino, pretor de los latinos, decia á sus conciudadanos en el senado: «¿Cómo, cumpliriamos un tratado, por justo que fuera, si peligrara nuestra libertad?.. » *Nam si etiam nunc sub umbra fœderis æqui servitutem pati possumus... etc.* (Tito Livio.) Y el mismo Maquiavelo en el cap. 13 del libro segundo de sus *Discursos sobre las Décadas* de aquel historiador, añade, que los Romanos no se abstuvieron de valerse del fraude cuando principió á tomar incremento su poder, como lo han hecho todos los que desde la nada han llegado á la dignidad suprema. El fraude, á proporcion que se emplea con mas arte y disimulo, como le empleaban los Romanos, parece menos vituperable.

defenderse: el uno con las leyes, y el otro con la fuerza: el primero es propio y peculiar de los hombres, y el segundo comun con las bestias. Cuando las leyes no alcanzan, es indispensable recurrir á la fuerza; y asi un príncipe ha de saber emplear estas dos especies de armas, como finamente nos lo dieron á entender los poetas en la historia alegórica de la educacion de Aquiles y de otros varios príncipes de la antiguedad, fingiendo que le fue encomendada al centauro Chiron, el cual, bajo su figura propia de hombre y de bestia, enseña à los que gobiernan, que segun convenga, deberán valerse del arma de cada una de estas dos clases de animales; porque seria poco durable la utilidad del uso de la una sin el concurso de la otra.

De las propiedades de los animales debe tomar el príncipe las que distinguen de los demas al leon y á la zorra, y valerse de ambas. Esta tiene pocas fuezas para defenderse del lobo, y aquel cae facilmente en las trampas que se le arman: por lo cual debe aprender el príncipe del uno á ser astuto para conocer la trampa, y del otro á ser fuerte para espantar al

lobo. Los que solamente toman por modelo al leon, y se desdeñan de imitar las propiedades de la zorra, entienden muy mal su oficio (1): en una palabra, el príncipe prudente que no quiere perderse, no puede ni debe estar al cumplimiento de sus promesas, sino mientras no le para perjuicio, y en tanto que subsisten las circunstancias existentes al tiempo en que se comprometió.

Ya me guardaria yo bien de dar tal precepto á los príncipes, si todos los hombres fuesen buenos; pero como son malos y estan siempre dispuestos á quebrantar su palabra, no debe el príncipe s[illegible] ser

---

(1) Esta era, segun Plutarco, la máxima favorita del célebre Lysandro que acabó la guerra interminable del Peloponeso, destruyó la democracia en Atenas, y se señaló por el número y lustre de sus conquistas. Echabanle en cara que habia alcanzado algunos triunfos por medios ruines y artificiosos; y él respondia riéndose, «que pensaba haber debido valerse de la astucia de la zorra cuando no era suficiente la fuerza del leon, y que el fraude y la maña alcanzaran lo que no pudieran los medios razonables y equitativos." Este mismo Lysandro decia que á los hombres se les entretiene con palabras y juramentos, asi como se divierte á los niños con juguetes y meriñaques. *(In Lacedem.)*

exacto y celoso en el cumplimiento de la suya (1): él siempre encontrará facilmente modo de disculparse de esta falta de exactitud. Pudiera dar diez pruebas por una para demostrar que en cuantas estipulaciones y tratados se han roto por la mala fe de los príncipes, ha salido siempre mejor librado aquel que ha sabido cubrirse mejor con la piel de la zorra (2).

---

(1) *Par pari refertur.*

(2) Con efecto, podia Maquiavelo sacar muchos egemplos de la historia antigua, como el de Archidamo que inducia á los griegos á violar sus tratados con Antígono y Cratero, diciendoles: «que Dios habia dado á la oveja un lenguage solo, y al hombre muchos, distintos unos de otros para que pudiera emplearlos todos en el logro de sus deseos." Refiriendo Plutarco estas espresiones de Archidamo, añade que por ellas daba á entender que un estado, ó el príncipe su representante, pueden quebrantar la palabra dada cuando les tiene mucha cuenta, conviniendo realmente el filósofo griego en que de todos los animales no hay uno cuya voz sea susceptible de tantas modificaciones como la del hombre. (Plut. *in Lacedem.*) Al fin del siglo pasado escribia Mably que de estas máximas de Maquiavelo podian sacarse *consecuencias útiles para la humanidad*, sobre lo cual véanse en sus *Principios de las negociaciones* los consejos que da á las potencias de segundo orden.

Todo el arte consiste en representar el papel con propiedad, y en saber disimular y fingir; porque los hombres son tan débiles y tan incautos, que cuando uno se propone engañar á los demas, nunca deja de encontrar tontos que le crean.

Solamente citaré un egemplo tomado de la historia de nuestro tiempo. El papa Alejandro VI se divirtió toda su vida en engañar; y aunque su mala fe estaba bien probada y reconocida, siempre le salian bien sus artificios. Jamas se detuvo en prometer ni en afirmar sus palabras con juramento y las mas solemnes protestas; pero tampoco se habrá conocido otro príncipe que menos se sugetara á estos vínculos, porque conocia á los hombres y se burlaba de ellos.

No se necesita, pues, para profesar el arte de reynar, poseer todas las buenas prendas de que he hecho mencion: basta aparentarlas; y aun me atreveré á decir, que á las veces seria peligroso para un príncipe hacer uso de ellas, siendole util siempre hacer alarde de su posesion. Debe procurar que le tengan por piadoso, clemente, bueno, fiel en sus tratos y amante de la justicia; debe tambien hacerse

digno de esta reputacion con la práctica de las virtudes necesarias; pero al mismo tiempo ser bastante señor de sí mismo paɹa obrar de un modo contrario, cuando sea conveniente. Doy por supuesto que un príncipe, y en especial siendo nuevo, no puede practicar indistintamente todas las virtudes; porque muchas veces le obliga el interés de su conservacion á violar las leyes de la humanidad, las de la caridad y la religion; debiendo ser flexible para acomodarse á las circunstancias en que se pueda hallar. En una palabra, tan util le es perseverar en el bien cuando no hay inconveniente, como saber desviarse de él si el interés lo exige. Debe sobre todo hacer un estudio esmerado de no articular palabra que no respire bondad, justicia, buena fe y piedad religiosa; poniendo en la ostentacion de esta última prenda particular cuidado, porque generalmente los hombres juzgan por lo que ven, y mas bien se dejan llevar de lo que les entra por los ojos que por los otros sentidos. Todos pueden ver, y muy pocos saben rectificar los errores que se cometen por la vista. Se alcanza al instante lo que un hombre parece ser; pero no lo que es realmen-

te; y el número menor que juzga con discernimiento, no se atreve á contradecir á la multitud ilusa, la cual tiene á su favor el esplendor y la magestad del gobierno que la protege.

Cuando se trata, pues, de juzgar el interior de los hombres, y principalmente el de los príncipes, como no se puede recurrir á los tribunales, es preciso atenerse á los resultados; y asi lo que importa es allanar todas las dificultades para mantener su autoridad, y los medios, sean los que fueren, parecerán siempre honrosos y no faltará quien los alabe (1). Este mundo se compone de vulgo, el cual se lleva de la apariencia, y solo atiende al suceso: el corto número de los que tienen un ingenio perspicaz, no declara lo que percibe, sino cuando no saben á qué atenerse todos los demas que no lo tienen.

En el dia reyna un príncipe, que no me conviene nombrar (2), de cuya boca

---

(1) *Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinendæ domitationis honesta.* «No hay gloria en lo que se compromete la autoridad, ni deja de ser lícito lo que sirve para mantenerla." Esto decia Salustio.

(1) Hablaba de Fernando V, rey de Ara-

no se oye mas que alabanzas de la paz y la buena fe; pero si sus obras hubiesen correspondido á sus palabras, mas de una vez hubiera perdido su reputacion y sus estados.

CAPITULO XIX.

Que el príncipe ha de evitar que se le menosprecie y aborrezca.

He tratado con separacion de las calidades principales que deben adornar á un príncipe; y ahora para abreviar, comprenderé todas las demas bajo un título general, diciendo que este debe guardarse cuidadosamente de todo aquello que pudiere hacerle aborrecido ó menospreciado. Aunque tenga cualquier otra tacha, no arriesgará por eso su autoridad, ni dejará de haber cumplido con su deber.

Nada en mi opinion hace tan odioso á un príncipe, como la violacion del de-

---

gon y de Castilla, que por la perfidia y otros medios reprobados conquistó los reynos de Nápoles y de Navarra. (*Nota de todos los traductores de Maquiavelo.*)

recho de propiedad, y el poco miramiento que tuviere al honor de las mugeres de sus súbditos; los cuales fuera de esto estarán siempre contentos con él, y no le dejarán otro tropiezo que el de las pretensiones de un corto número de ambiciosos, que se cortan con facilidad.

Un príncipe es menospreciado cuando se acredita de inconstante, de ligero, pusilànime, irresoluto y afeminado (1); defectos de que deberá guardarse como de otros tantos escollos, esforzandose siempre á manifestar grandeza de ánimo, gravedad, valor y energia en todas sus palabras y acciones. Sus juicios en los negocios de particulares deben ser definitivos é irrevocables, para que nadie pueda jactarse de que podrá hacerle mudar de parecer ó engañarle. De este modo se grangeará la estimacion y aprecio de sus súbditos y evitará los golpes que se intenten dar á su autoridad. Tambien tendrá menos miedo del enemigo esterior,

(1) «Vitelio era tenido en poco, aunque le temian, porque súbitamente pasaba de las ofensas á los alhagos:" *Vitellium subitis offensis, aut intempestivis blanditiis mutabilem contemnebant, metuebantque* (Tacit. hist. 2).

el cual no vendria de buena voluntad á acometer á un príncipe que se hallara respetado de sus vasallos. Los que gobiernan tienen siempre dos especies de enemigos, unos esteriores y otros interiores. Rechazará á los primeros con buenos amigos y buenas tropas; y en cuanto á los otros, ¿quién ignora que siempre hay amigos teniendo buenos soldados? Por otra parte, es sabido que la paz interior no se turba sino por medio de conspiraciones, las cuales no son peligrosas sino cuando estan sostenidas y fomentadas por los estrangeros; y estos no se atreven á excitarlas, cuando sabe el príncipe acomodarse á las reglas que llevo indicadas, y sigue el egemplo de Nabis, tirano de Esparta.

Por lo que toca á los súbditos, hallandose el príncipe sin cuidado por fuera, solamente tiene que temer las conjuraciones secretas, que desconcertará facilmente, y aun prevendrá, absteniéndose de todo lo que pueda hacerle odioso ó despreciable, como ya llevo dicho. Ademas que pocas veces ó nunca se conspira sino contra aquellos príncipes cuya ruina y muerte fueran agradables al pueblo; sin

lo cual se espondria cualquiera á todos los peligros que llevan consigo semejantes proyectos.

La historia está llena de conjuraciones; pero ¿de cuantas se cuenta que hayan tenido un éxito feliz? Nunca conspira uno solo; y aquellos que se asocian en los peligros de la empresa, son descontentos, que llevados muchas veces de la esperanza de una buena recompensa por parte del mismo de quien estan quejosos, denuncian á los conjurados, y asi hacen abortar sus designios. Los que por necesidad hay que agregar á la conjuracion, se encuentran perplejos entre la tentacion de una ganancia considerable, y el miedo de un gran peligro; de manera que para encontrar uno digno de que se le confie el secreto, es preciso buscarle entre los amigos mas íntimos de los conjurados, ó entre los enemigos irreconciliables del príncipe.

Reduciendo la cuestion á términos mas sencillos, digo, que por parte de los conjurados no hay mas que miedo, recelos y sospechas, al paso que el príncipe tiene en su favor la fuerza, el esplendor y magestad del gobierno, las leyes, el uso y

sus amigos particulares, dejando aparte el afecto que el pueblo profesa naturalmente á los que le mandan: de suerte que los conjurados, antes y despues de la egecucion de sus designios, tienen mucho que temer; pues que estando el pueblo contra ellos, no les quedaria recurso alguno. Pudiera presentar en prueba de lo que digo cien hechos diferentes, recogidos por los historiadores; pero me contentaré con uno solo, del cual ha sido testigo la generacion pasada.

Anibal Bentivoglio, abuelo del de hoy dia, y príncipe de Bolonia, fue muerto por los Canneschi (1) de resultas de una conspiracion; de manera que no quedó de esta familia mas que Juan Bentivoglio que aun estaba en mantillas. Sublevóse el pueblo contra los conjurados, y degolló toda la familia de los matadores; y para manifestar todavía mas su afecto á los Bentivoglio, no habiendo ninguno que pudiese ocupar el puesto de Anibal, reclamaron del gobierno de Florencia un hijo natural del príncipe (cuya muerte acababan de

(1) Familia rival de los Bentivoglios, en el año de 1445.

vengar), el cual vivia en aquella ciudad agregado á un artesano que pasaba por padre suyo, y le confiaron la direccion de los negocios hasta que Juan Bentivoglio tuvo edad para gobernar.

Poco, pues, tiene que temer el príncipe las conjuraciones si su pueblo le quiere; y tampoco le queda ningun recurso faltándole este apoyo. Por lo cual una de las máximas mas importantes para todo príncipe prudente y entendido es contentar al pueblo, y contemplar á los grandes sin exasperarlos con demasías.

La Francia ocupa un lugar distinguido entre los estados bien gobernados. La institucion de los parlamentos, cuyo objeto es atender á la seguridad del gobierno y á la conservacion de los fueros de los particulares, es sapientísima. Conociendo sus autores por una parte la ambicion é insolencia de la nobleza, y por otra los excesos á que contra ella pudiera arrojarse el pueblo, trataron de encontrar un medio apropiado para contener á unos y á otros independientemente del rey, quien no pudiera por lo mismo tomar partido por el pueblo sin descontentar á los grandes, ni favorecer á estos sin grangearse el aborre-

cimiento del pueblo. Para este efecto instituyeron una autoridad especial que pudiese sin la intervencion del rey enfrenar el orgullo de los nobles, y al mismo tiempo proteger á las clases inferiores del estado: medio ciertamente muy adecuado para dar firmeza al gobierno, manteniendo la tranquilidad pública. De aqui deben tomar leccion los príncipes para reservarse la distribucion de las gracias y de los empleos, dejando á los magistrados el cuidado de decretar las penas, y en general la disposicion sobre negocios que pueden excitar descontento (1).

Un príncipe, repito, debe manifestar su aprecio á los grandes; pero cuidando al mismo tiempo de no grangearse el aborrecimiento del pueblo. Acaso se me arguirá oponiendo la suerte de muchos emperadores romanos que perdieron el imperio y aun la vida, á pesar de haberse

---

(1) Este consejo parece tomado de Xenofonte. «Tratandose de aplicar penas, deje el príncipe á otros este cuidado; pero si de premios y recompensas, distribúyalos él solo.» *Viro principi ubi pœnarum res est, aliis id delegandum; ubi prœmiorum aut munerum, ipsi obeundum.*

conducido con bastante sabiduría, y de haber mostrado valor y habilidad. Por esto me parece conveniente examinar el caracter de algunos de ellos, como Marco Aurelio el filósofo, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano, Severo, Antonino, Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino, para responder á esta objecion: examen que me conducirá naturalmente á esponer las causas de su caida, y á comprobar lo que ya llevo dicho en este capítulo sobre la conducta que deben observar los príncipes.

Es necesario tener presente que los emperadores romanos, no solo tenian que reprimir la ambicion de los grandes y la insolencia del pueblo, sino tambien pelear con la avaricia y la crueldad de los soldados. Muchos de estos príncipes perecieron por haber tocado en este último escollo, tanto mas dificil de evitar, cuanto es imposible satisfacer á un mismo tiempo la codicia de las tropas y no descontentar al pueblo, el cual suspira por la paz, al paso que aquellas desean la guerra: de suerte que los unos quisieran un príncipe pacífico, y los otros un príncipe belicoso, atrevido y cruel; no á la verdad con

respecto á la milicia, sino con relacion al pueblo en general, para lograr paga doble, y poder saciar su ansia y su ferocidad. De este modo los emperadores romanos, á quienes no dió la naturaleza un caracter tan odioso ó no supieron apropiársele, perecieron casi todos miserablemente por la impotencia en que se veian de tener á raya al pueblo y á las legiones. Asi es que la mayor parte de ellos; y especialmente aquellos cuya fortuna era nueva, desesperados de poder conciliar intereses tan opuestos, tomaban el partido de inclinarse á las tropas, haciendo poco caso de que el pueblo estuviera descontento: partido mas seguro en realidad; porque en la alternativa de escitar el odio del número mayor ó menor, conviene decidirse á favor del mas fuerte. He aqui por qué aquellos Césares que habiendose alzado á la suprema dignidad por sí mismos, necesitaban para mantenerse en ella de mucho favor y estraordinario esfuerzo, se unieron antes á las tropas que al pueblo, y cuando cayeron, fue por no haber sabido conservar el afecto de los soldados. Marco Aurelio el filósofo, Pertinax, y Alejandro, príncipes recomen-

dables por su clemencia, por su amor á la justicia, y por la sencillez de sus costumbres, perecieron todos menos el primero, que vivió y murió honrado, porque habiendo adquirido el imperio por herencia, no se lo debia á las tropas ni al pueblo, y junto esto con las demas escelentes prendas suyas, pudo hacerse querer, y hallar con facilidad los medios de contener á todos en los límites de su obligacion. Pero Pertinax, aunque fue nombrado emperador contra su deseo, habiendo intentado sugetar las legiones á una disciplina severa, y muy diferente de la que observaban en tiempo de Cómodo, su antecesor, pereció pocos meses despues de su elevacion, víctima del aborrecimiento de los soldados, y acaso tambien del desprecio que inspiraba su mucha edad (1). Es cosa notable

---

(1) Tácito esplica esta desgracia hablando de otros emperadores ancianos, como Pertinax: *ipsa aetas Galbae, et irrisui et fastidio erat adsuetis juventae Neronis; imperatores forma et decore corporis (ut est mos vulgi) comparantibus* (Hist. 1). *Reputante Tiberio publicum sibi odium, extremam aetatem* (Ann. 6). « Sosteníanse mas bien en los vestigios de su antigua reputacion, que en su fuerza actual:" *magisque fama, quam vi stare res suas* (Ibid.). « No viendolos en estado de de-

que se incurre en el odio de los hombres, tanto por proceder bien, como por proceder mal: y asi el príncipe que quiere sostenerse, se ve obligado muchas veces á ser malo, segun ya he dicho; porque cuando el partido que necesita halagar y tener á su favor está viciado, ya sea el pueblo, ya los grandes ó la milicia, es indispensable contentarle á cualquier costa,

---

fenderse ya, los enemigos esternos les echaban roncas:" *Artabanus senectutem Tiberii ut inermem despiciens* (Annal. 6). « Para escusarse de no respetarlos, se decia que caducaba su entendimiento: *fluxam senio mentem objectando* (Ibid.). « Los malos, intrigantes por su naturaleza, traficaban con su confianza y los llevaban á lo que querian:" *invalidum senem, odio oneratum contemptu inertiæ destruebant* (Hist. 1); « y colandose entonces los libertos en el gobierno, se apresuraban á acumular riquezas mediante todo género de rapiñas:" *afferebant venalia cuncta præpotentes liberti servorum manus subitis avidæ, et tanquam apud senem festinantes* (Ibid.). « Desnudos de temor y de verguenza, encontrando sin merecerlas las mayores recompensas junto á un príncipe debil y crédulo, robaban y dañaban con entera libertad:" *quippe hiantes in magna fortuna, amicorum cupiditates, ipsa facilitas Galbæ intendebat; quum apud infirmum et credulum minore metu et majore præmio peccaretur* (Hist. 1).

y renunciar desde luego á obrar bien.

Pero volvamos á Alejandro (Severo), de cuya clemencia han hecho muchos elogios los historiadores, y no obstante fue menospreciado por su molicie, y porque se dejó gobernar de su madre. El ejército conspiró contra este príncipe, tan bueno y tan clemente, que en el discurso de catorce años de reynado á nadie condenó á muerte sin juzgarle: y con todo eso pereció á manos de sus soldados. Por otra parte, Cómodo, Septimio, Severo, Caracalla y Maximino, habiendose entregado á todo linage de escesos por contentar la avaricia y crueldad de las tropas, no tuvieron mejor suerte, si de ellos esceptuamos á Severo, que reynó pacíficamente. Pero este príncipe, aunque oprimió al pueblo por captarse la benevolencia de la milicia, poseía otras muchas escelentes prendas que le grangeaban el afecto y la admiracion de unos y otros. Mas como de simple particular ascendió al imperio, y por esta razon puede servir de modelo á los que se encuentren en iguales circunstancias, me parece conveniente decir en pocas palabras, cómo supo tomar alternativamente la figura del leon y la de la

zorra, animales de cuyas propiedades ya he hablado.

Conociendo Severo la cobardia del emperador Juliano, persuadió al ejército que mandaba en Iliria, que era preciso ir á Roma para vengar la muerte de Pertinax, degollado por la guardia pretoriana. Bajo este pretesto y sin que nadie sospechase que aspiraba al imperio, llegó á Italia antes que alli se tuviera noticia de su partida. De este modo entró en Roma y metió miedo al senado que le nombró emperador, é hizo morir á Juliano (1); pero todavia le quedaban dos grandes ostáculos que superar para hacerse señor de todo el imperio. Pescenio Niger y Albino que mandaban, el uno en Asia, y el otro el Occidente, eran ambos competidores su-

---

(1) « El asesinato de un príncipe es crimen que castiga siempre su sucesor, dice Tácito: *scelus, cujus ultor est, quisquis successit* (Hist. 1). «Obró asi por afianzar su propia vida, todavia mas que por vengar á su antecesor:" *omnes conquiri et interfici jussit non honore Galbæ, sed tradito principibus more, munimentum ad præsens, in posterum ultionem* (Ibid.). Fernando, gran duque de Toscana, hizo matar á su cuñada Blanca Capella, porque habia envenenado al gran duque Francisco, su marido.

yos, y el primero acababa tambien de ser proclamado emperador por sus legiones. Viendo Severo que sin mucho riesgo le era imposible atacar á un tiempo á los dos, tomó el partido de declararse contra Niger, y engañar á Albino ofreciendole que dividiria con él la autoridad; proposicion que este aceptó inmediatamente. Mas apenas aquel hubo vencido y quitado la vida á Niger, pacificado el oriente y restituido á Roma, se quejó amargamente de la ingratitud de Albino; y acusándole de que habia intentado darle muerte, pretestó «que se hallaba obligado á pasar los Alpes, decia él, para castigarle por lo mal que habia correspondido á sus beneficios.» Llegó Severo á las Galias, y Albino vencido, perdió á un tiempo la vida y el imperio.

Si se examina con atencion la conducta de este emperador, se verá que es muy dificil reunir en tan alto grado las fuerzas del leon y la astucia de la zorra. Supo al mismo tiempo hacerse temer y respetar del pueblo y de las tropas; por lo cual nadie estraña ver á un príncipe nuevo mantenerse en la posesion de tan vastos dominios, considerando que el afecto y la admiracion que se grangeaba, desarmaron el

odio que debian haber escitado sus rapiñas (1).

Antonino Caracalla, su hijo (2), poseia tambien muchas cualidades escelentes que le hacian querer de las legiones, y ser respetado del pueblo: era buen soldado, enemigo constante de la molicie y del regalo, y en esta parte ídolo del ejército; pero llegó á tal punto su ferocidad, que al cabo pueblo, milicia, y hasta su propia familia concibieron contra él un odio irreconciliable. Pereció luego á manos de un centurion: venganza corta para reparo de tanta sangre como habia hecho derramar en Roma y en Alejandría, donde á ninguno de sus habitantes dejaron de alcanzar los efectos de su crueldad.

Obsérvese aqui que los príncipes estan

---

(1) Segun lo que nos cuenta Dion del caracter de Septimio Severo, tuvo mas inclinacion á las ciencias que buena disposicion; pero fue firme é incontrastable en sus designios, lo preveia todo, y en todo pensaba. Amigo constante y generoso, asi como enemigo violento y terrible, era por otra parte, doble, disimulado, embustero, pérfido, perjuro, codicioso, y todo lo que obraba era con relacion á su interes personal.

(2) Caracalla se mandaba llamar *Antonino el Grande* y *Alejandro*.

espuestos á semejantes atentados, hallandose su vida pendiente de la resolucion de cualquiera que no tema morir (1); mas como estos por fortuna no han sido frecuentes, dan poco cuidado. Sin embargo, guárdese el príncipe de ofender gravemente á los que andan cerca de su persona; pues esta falta que cometió Antonino, manteniendo entre sus guardias un centurion á quien amenazaba con frecuencia, despues de haber dado ignominiosa muerte á un hermano suyo, le costó la vida.

A Cómodo bastábale para mantenerse en la posesion del imperio seguir las huellas de su padre, que se le habia dejado; pero como era brutal, cruel y codicioso, muy pronto se trocó la disciplina que antes reynaba en el ejército, en la licencia mas desenfrenada: ademas se grangeó el menosprecio de las tropas por el poco caso que hacia de su dignidad; llegando al estremo de no avergonzarse de lidiar brazo á brazo con los gladiadores en el anfiteatro. Asi no tardó en ser víctima de una conspiracion, movida por el odio y desprecio que

---

(1) *Quisquis vitam suam contempsit, tuæ dominus est.* Seneca, epist. 4.

habia provocado con sus bajezas, con su avaricia y ferocidad. Fáltame hablar de Maximino.

Habiendose deshecho las legiones de Alejandro por su escesiva afeminacion, pusieron en su lugar á Maximino, varon muy belicoso, pero que no tardó tampoco en hacerse aborrecible, y perder el imperio y la vida. Se hizo odioso y despreciable por dos motivos: el primero la bajeza de su nacimiento, porque sabia todo el mundo que fue porquero en Tracia; y el segundo, la poca diligencia que puso en pasar á Roma para tomar posesion del imperio, grangeandose entre tanto la opinion de hombre muy cruel, por los castigos que dieron sus prefectos en la capital y en las provincias de orden suya; de modo que muy pronto llegó á hacerse por un lado tan vil y despreciable, y por otro tan universalmente aborrecido, que primeramente el Africa, despues el Senado con el pueblo de Roma, y luego toda la Italia, se levantaron contra él, ayudando á unos y otros su propio ejército, que al fin cansado de sus crueldades y de la larga duracion del sitio de Aquileya, le quitó la vida, sin temor de que hubiera quien la vengara.

No hablaré de Heliogábalo, de Macrino, ni de Juliano, que murieron mas ó menos pronto, cubiertos de oprobio; pero diré por conclusion, que los príncipes de nuestro tiempo no necesitan usar de tanto miramiento con sus tropas, porque no forman como en Roma un cuerpo independiente, ni disfrutan de un poder absoluto en el Estado. Las legiones romanas permaneciendo largo tiempo en las provincias, identificaban su interes con el del inmediato gefe que las mandaba, y á veces contra el del gefe del gobierno, haciendose árbitras de su suerte (1); asi era indispensable tenerlas contentas y contemplarlas. Ahora basta tratarlas con aprecio y de un modo regular; procurando antes ganarse el afecto del pueblo, que en nuestros estados modernos, esceptuando únicamente los de Turquia y Egipto, es mas fuerte y poderoso

(1) Las legiones de Alemania, admitidas en los ejércitos romanos, se gloriaban de que podian disponer del imperio: *Suá in manu sitam rem romanam, suis victoriis augeri rempublicam, in suum cognomentum adscisci Imperatores (Tacit. Ann 1). Evulgato imperii arcano, posse Principem alibi quàm Romæ fieri (Hist. 1), et posse ab exercitu Principem fieri (Hist. 2).*

que los soldados. Esceptúo al turco, porque necesita tener en pie un ejército de doce mil hombres de infanteria y quince mil de caballeria, del cual dependen la seguridad y la fuerza de su imperio: y como este soberano no hace el menor aprecio del pueblo, necesita absolutamente que aquella guardia se mantenga adicta á su persona. Lo mismo sucede con el Soldan de Egipto, cuyas tropas tienen, por decirlo asi, el poder en la mano, y por consiguiente deben ser tratadas con mucho miramiento, y contempladas mas que el pueblo de quien nada hay que temer. Este último gobierno no tiene semejante, si no lo es el pontificado cristiano: porque no puede llamarse *principado hereditario, ni principado nuevo*, respecto á que muerto el Soldan, no recae el reyno en sus hijos, sino en aquel que es elegido por las personas autorizadas para hacer la eleccion; y al mismo tiempo es muy antigua esta institucion, para poderse mirar como nuevo, semejante gobierno. Asi es que en Egipto el principe electo esperimenta tan poco trabajo en hacerse reconocer de sus súbditos, como en Roma el nuevo papa de los suyos.

Volviendo ahora á mi asunto, digo que

quien reflexione en lo que llevo espuesto, verá que el aborrecimiento ó el menosprecio fueron causa de la ruina de los emperadores que he citado, y sabrá tambien la razon por que habiendo unos obrado de un modo y otros de otro contrario, solo uno consiguió acabar bien, cuando todos los demas, por la una ó por la otra vía, tuvieron un fin desdichado. Se notará al mismo tiempo cómo á Pertinax y á Alejandro les fue no solamente inútil sino muy perjudicial el haber imitado á Marco, respecto á que los dos primeros eran príncipes nuevos, y este último adquirió el imperio por derecho de sucesion. El designio que de imitar á Severo formaron Caracalla, Comodo y Maximino, les fue funesto tambien, porque no tenian la fuerza de ánimo correspondiente para seguir en todo sus pisadas.

Infierese pues que un príncipe nuevo en un principado nuevo se espone imitando la conducta de Marco, y no es indispensable que siga la de Severo; sino que debe tomar de este las reglas que necesite para fundar bien su estado, y de Marco lo que hubiere de conveniente y glorioso para man-

tenerse en la posesion de otro ya fundado y establecido.

CAPITULO XX.

Si las fortalezas y otros medios que parecen útiles á los Príncipes, lo son en realidad.

Príncipes hay que para mantenerse en sus estados desarman á sus vasallos; otros fomentan la discordia en las provincias sujetas á su dominio; los ha habido que de intento se procuraron enemigos; algunos trabajan para ganar la voluntad de aquellos que en el principio de su reynado les parecieron sospechosos; este manda construir fortalezas, y aquel demolerlas. No es facil determinar lo que hay de bueno y de malo en todo esto, sin entrar antes en el examen de los diferentes estados y circunstancias á que hayan de aplicarse las reglas que se dieren; y asi me ceñiré á hablar de un modo general, y segun lo requiere la materia.

Nunca es conveniente que el príncipe nuevo desarme á sus súbditos: por el contrario debe luego armarlos si los encon-

tró desarmados. Todas las armas que entonces distribuya se emplearán en favor suyo : las personas que antes le serian sospechosas, se agregarán á su partido, y las fieles y leales lo serán mas.

Imposible es, por cierto, armar á todos los hombres; pero el príncipe que sabe ganar á los que da armas, nada tiene que temer de los que por necesidad quedan inermes; porque le cobran afecto los primeros por esta preferencia, y le escusan facilmente los demas, suponiendo mas mérito en aquellos que se esponen á mayor peligro. Bien al contrario, un príncipe que desarma á sus súbditos, los ofende inclinandoles á creer que desconfia de ellos; y no hay cosa mas eficaz para escitar el aborrecimiento del pueblo. Ademas esta determinacion pondria al príncipe en la necesidad de recurrir á la milicia mercenaria, cuyos peligros he manifestado ya con bastante estension; y aun cuando no tuviera tantos inconvenientes este recurso, seria siempre insuficiente contra un enemigo grande y con vasallos sospechosos.

Asi vemos todos los dias á los hombres que por sí mismos se elevan á la soberania, armar á sus nuevos súbditos:

mas si se tratara de reunir un estado nuevo á otro antiguo ó hereditario, entonces convendria al príncipe desarmar á sus vasallos nuevos, esceptuando siempre á aquellos que antes de la conquista se hubiesen declarado en favor suyo; aunque procure siempre irlos debilitando para que en el estado antiguo se concentre toda la fuerza militar.

Nuestros antepasados, especialmente aquellos que merecieron la reputacion de sabios, decian que era necesario contener à Pistoya por medio de las discordias domésticas, y á Pisa por las fortalezas. Asi pues rara vez se descuidaban en fomentar divisiones en las ciudades, cuyos habitantes eran sospechosos: escelente política atendiendo al estado de fluctuacion en que estaban las cosas de Italia en aquella época, pero inadaptable á la del dia; porque una ciudad dividida no pudiera defenderse de un enemigo poderoso y diestro, el cual no dejaria de ganar á una de las dos facciones, y por este medio se haria dueño de la plaza.

Por un efecto de esta misma política los venecianos favorecian alternativamente á los Guelfos y á los Gibelinos en las ciudades sujetas á su dominio, y no dejando-

les que llegasen á las manos, no cesaban de soplar el fuego de la discordia entre ellos, á fin de distraerles de la idea de sublevarse. Verdad es que esta república no sacó el fruto que esperaba de semejante conducta; porque derrotados sus ejércitos en Vaila, una de estas facciones se propuso dominarla, y lo consiguió.

Siguese pues que tal política es el recurso de la debilidad, y por lo misuo un príncipe poderoso no sufrirá jamas semejantes divisiones (1), que cuando no sean enteramente perjudiciales en tiempo de paz, respecto á que ofrecen un medio eficaz de distraer á los súbditos de toda idea de rebelion, son en tiempo de guerra las que ponen mas en descubierto la impotencia del estado que se vale de ellas. Venciendo ostáculos se engrandecen los príncipes; y por eso suele la fortuna ensalzar á algunos en el principio de su carrera, suscitandoles enemigos y ofreciendoles dificultades que irriten su fuego, ejerciten su valor y les sir-

(1) El rey de Francia, dice el mismo Maquiavelo (Disc. sobre T. Liv. lib. 13 cap. 27), no aguantaria á nadie decirse partidario del Rey, porque pudiera entenderse que en sus estados habia otro partido distinto del suyo.

van como de otros tantos escalones para llegar á un alto grado de poder. Por esta razon piensan muchos que alguna vez le conviene á un príncipe buscar enemigos, los cuales le obliguen á salir de una peligrosa inercia y le proporcionen ocasiones de hacerse admirar y querer de sus súbditos, tanto leales como rebeldes.

Los príncipes, y especialmente los nuevos, han sido servidos á las veces con mas celo y fidelidad de aquellos súbditos en quienes no tenian al principio una entera confianza, que de otros que en su opinion eran absolutamente fieles. Pandolfo Petrucci, príncipe de Sena, con mejor voluntad se valia de los primeros que de los últimos; pero es dificil fijar reglas generales en un punto que varía segun las circunstancias: solamente advertiré que si los hombres, á quienes el príncipe miraba como enemigos en los primeros años de su reynado tienen necesidad de su apoyo y proteccion, podrá ganarselos facilmente; y aunque nuevos partidarios suyos, le serán tanto mas fieles, cuanto mayor esmero necesiten poner en borrar por medio de sus servicios la opinion poco favorable que su anterior conducta habia producido. Al

contrario, aquellos que nunca han estado opuestos á los intereses del príncipe, cuando llega el caso de necesitarlos, suelen servirle con la flojedad y descuido que engendra la misma seguridad (1).

Esta materia me presenta oportuna ocasion de hacer á los príncipes nuevos una advertencia importante, y es que si han ascendido á la dignidad suprema por favor del pueblo, indaguen atentamente la causa y los motivos de tanta benevolencia; porque si proviene menos del verdadero interes que les inspire su persona, que de odio al gobierno antiguo, podrá luego costarles trabajo mantenerse en la gracia de sus súbditos por la misma dificultad de contentarlos.

Habrá hombres que aunque aborrecieran el gobierno antiguo vivirian con él sin violencia: otros de caracter inquieto y duro que no podrian aguantar los abusos de la administracion pasada; y de estos últimos,

(1) Mario Celso fue fidelísimo á Oton, aunque habia sido antes un amigo incorruptible de Galba: *Marium Celsum cons. Galbæ usque in extremas res amicum fidumque* (*Tacit. Hist.* 1). *Otho intra intimos amicos habuit... mansitque Celso velut fataliter etiam pro Othone fides integra* (*Ibid.*).

aun cuando hayan contribuido á la elevacion del príncipe nuevo, es mas dificil ganarse la amistad que de los primeros. Basta tener una leve tintura de la historia antigua y moderna para convencerse de esta verdad.

Los príncipes construyen las fortalezas para mantenerse con mas facilidad en sus estados frecuentemente amenazados por los enemigos esteriores, y para contener el primer ímpetu de una revolucion. Este método es muy antiguo y me parece bueno (1); no obstante hemos visto en nuestros tiempos que Nicolas Vitelli mandó demoler dos fortalezas en la ciudad de Castello para seguridad de su estado. Guido de Ubaldo, duque de Urbino, habiendo recobrado su estado ducal, de que le habia desposeido Cesar Borja, mandó arrasar todas las fortalezas, pensando que sin ellas podria mantenerse en su

(1) A la muerte de Felipe Maria Visconti, último duque de su dinastia en Milan, cuando los ciudadanos formaron una república, nombrando comandante general de sus tropas á Francisco Esforcia; este les persuadió á que demolieran la ciudadela que habian construido los Visconti. Pensaba que amenazaba á su libertad aquel baluarte, y los milaneses le echaron por tierra: mas no tardaron mucho en ar-

posesion con mas facilidad (1). Los Bentivogli hicieron otro tanto en Bolonia, luego que recobraron el dominio de este estado (2).

Infiérese pues que las fortalezas son úti-

---

repentirse, porque no pudieron luego defenderse bien, y tuvieron que abrir las puertas de la ciudad al mismo Francisco Esforcia, cuando les combatió con sus propias armas: y al momento que fue proclamado duque de Milan, volvió á reedificar la ciudadela. Llevaban á mal los milaneses este designio; y para calmarlos, discurrió Esforcia el ardid de someter el proyecto al examen de los ciudadanos mismos, distribuidos en diferentes asambleas por cuarteles, poniendo en cada una de ellas oradores de su confianza, los cuales desempeñaron tan bien su papel, que la reedificacion de la ciudadela parecia ser pedida al duque por el mismo pueblo. Entonces la volvió á levantar mas fuerte y de mayor amplitud que la que habia tenido antes; y para tapar la boca á los murmuradores, mandó construir al mismo tiempo en la ciudad un hospital magnífico.

(1) Dice Maquiavelo, en el cap. 24 del libro 3.º de sus Discursos, que el duque de Urbino demolió sus fortalezas, porque siendo muy amado de sus súbditos, temia hacerse aborrecible, mostrando desconfianza de su fidelidad, y que por otra parte no podia defender aquellas plazas contra los enemigos sin poner en campaña un buen ejército.

(2) Los Bentivogli, segun Maquiavelo, se

les ó inutiles segun las circunstancias; y si por un lado aprovechan, son perjudiciales por otro. El príncipe que teme mas á sus súbditos que á los estrangeros, debe fortificar sus ciudades, y abstenerse de hacerlo en el caso contrario. El castillo que Francisco Esforcia mandó construir en Milan, ha causado y causará mas daños á esta casa, que todos cuantos desórdenes han afligido á aquel ducado (1).

No hay fortaleza mejor que el afecto del pueblo: porque un príncipe aborrecido de sus súbditos debe contar con que el enemigo estrangero volará á ayudarles luego que los vea correr á las armas. No se sabe

---

hicieron advertidos á costa del papa Julio II, el cual habiendo construido una ciudadela en Bolonia y puesto en ella un gobernador que asesinaba á los boloñeses, perdió la ciudad y la fortaleza, luego que estos se amotinaron contra el gobernador. (Discursos sobre la primera decada, lib. 2.° cap. 24).

(1) La ciudadela que Francisco Esforcia construyó en Milan, sirvió unicamente para hacer mas osados, mas violentos y aborrecibles á los príncipes de su familia, dice Maquiavelo (Disc. lib. 2.° cap. 24); y añade que en la adversidad no sirvió de nada este castillo á los Esforcias ni á los franceses que sucesivamente le poseyeron: muy al contrario, les perjudicó mucho; porque exal-

que las fortalezas hayan aprovechado á los príncipes de nuestro tiempo, si esceptuamos á la condesa de Forli, viuda del conde Geronimo, la cual por este medio tuvo disposicion de recibir los socorros que la enviaba el estado de Milan y de recuperar el suyo; bien que la favorecieron mucho las circunstancias, en cuanto á que sus vasallos no pudieron ser socorridos de los estrangeros. Pero cuando mas adelante fue acometida esta condesa por Cesar Borja, y el pueblo á quien ella habia tenido por enemigo, se juntó con el estrangero, de muy poco la sirvieron sus fortalezas; verificandose siempre que la

---

tado su orgullo con aquella posesion, ni unos ni otros trataron al pueblo con la benignidad y consideracion que se merece. «Si levantas fortalezas, continua Maquiavelo, te podran servir en tiempo de paz para que exento de temor maltrates á tus súbditos; mas en tiempo de guerra de nada te valdrán si te vieres acometido por enemigos esteriores y por tus propios súbditos; pues no podrás entonces defenderte de unos ni de otros. Si te propones recobrar un estado perdido, no lo conseguirás por medio de tus fortalezas, si te falta un buen ejército con que puedas arrollar al que te despojó; y si le tienes, podrás muy bien recobrar tu estado, aun cuando no tengas fortalezas.''

hubiera valido mas que tenerlas el no ser aborrecida de sus súbditos.

De todo lo que va dicho se infiere, que igualmente pueden ser dignos de elogio el que construye y el que no construye fortalezas; pero siempre son reprensibles los que fiandose en ellas hicieren poco caso de que el pueblo los aborrezca.

CAPITULO XXI.

Por qué medios consigue un príncipe hacerse estimar.

Nada influye tanto en que un príncipe sea estimado como las grandes empresas, y en general las acciones estraordinarias. A Fernando V, hoy dia reynante en España, se le puede mirar como á un príncipe nuevo, puesto que de simple rey de un estado pequeño ha llegado á ser por su grande reputacion y gloria el primer rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, se hallará en todas ellas un caracter de elevacion tan estraordinario, que algunas parecen ya desmesuradas.

Apenas subió este príncipe al trono, cuando dirigió sus armas contra el reyno de Gra-

nada: guerra que fue el fundameuto de su grandeza; pues distraidos los magnates de Castilla con las batallas, estuvieron muy lejos de fijar su atencion en las novedades políticas, y de advertir la autoridad que el rey iba acrecentando cada dia á costa de ellos, manteniendo con los caudales del pueblo y de la Iglesia los ejércitos que le elevaban al alto grado de poder en que le vemos.

Para formar luego empresas todavia mas brillantes, se cubrió mañosamente con la capa de religion, y por un efecto de piedad bárbara y cruel lanzó á los moros de de sus estados: rasgo de política verdaderamente deplorable y sin ejemplo.

Vistióse tambien Fernando del mismo disfraz para invadir sucesivamente el Africa, la Italia y la Francia, alimentando siempre los proyectos mas vastos, y al mismo tiempo mas idóneos para concentrar la atencion de sus súbditos en los sucesos de su reyno. Asi es como este príncipe ha sabido disipar las tormentas que se formaban contra él, y le hemos visto luego conseguir sus fines sin encontrar obstáculos de parte de sus súbditos.

Tambien es útil á veces decretar cas-

tigos ejemplares y conceder recompensas estraordinarias; porque esto causa mucho ruido, y produce siempre grande impresion en los ánimos. Bernabé Visconti, señor de Milan, puede servir de ejemplo en esta parte: en fin los que gobiernan deben generalmente esforzarse para parecer grandes en todas sus acciones (1), y evitar todo lo que dé indicios de debilidad ó de incertidumbre en sus designios. El príncipe que no sepa ser amigo ó enemigo decidido, se grangeará con mucha dificultad la estimacion de sus súbditos. Si estan en guerra dos potencias vecinas, debe declararse por una de ellas, sopena de hacerse presa del vencedor, sin ningun recurso, y alegrandose el mismo vencido de su ruina: porque el vencedor no podrá mirar con buenos ojos á un amigo incierto que le abandonaria al primer revés de la fortuna, y el vencido nunca le perdonará

---

(1) La principal atencion del príncipe debe emplearse en aumentar su reputacion: *Præcipua rerum ad famam derigenda (Tacit. Ann. 4).* Ha de ser como Muciano, que sabia dar realce á cuanto hablaba y á cuanto hacia: *Omnium quæ diceret, atque ageret, arte quâdam ostentator (Histor. 2).*

que se haya mantenido tranquilo espectador de sus derrotas.

Habiendo entrado Antioco en la Grecia, llamado por los etolios para echar de alli á los romanos, envió á los acheos, amigos de estos últimos, un embajador con el fin de persuadirles que se mantuvieran neutrales, al mismo tiempo que los romanos les metian priesa, porque tomaran las armas á favor de ellos. Juntos en consejo los acheos para deliberar sobre este punto, tomó la palabra el enviado de los romanos despues del de Antioco, y les dijo: «Os engañan aconsejandoos que no tomeis parte en la guerra que sostenemos, como el partido mas prudente que podeis escoger para la conservacion y la utilidad de vuestros estados: muy al contrario, yo pienso que no pudierais adoptar otro peor; porque manteniendoos neutrales quedaréis infaliblemente á la discrecion del vencedor, cualquiera que este sea, y tomaréis sobre vosotros dos riesgos por uno (1)."

---

(1) En este caso, dice Tito-Livio, perdida la honra y sin ninguna consideracion, quedaréis para premio del vencedor: *Nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate praemium victoris eritis.* Solamente es buena la neu-

Considera que no es tu amigo quien te pide la neutralidad, y que lo es ó puede serlo aquel que te induce á tomar las armas para ayudarle. Los príncipes irresolutos que solo atienden á salir del apuro, adoptan el partido de la neutralidad, que las mas veces les conduce á su ruina. Cuando un príncipe se declara paladinamente por una de las potencias beligerantes, si triunfa aquella con quien se junta, aunque él quede despues á su discrecion y que ella sea muy poderosa, no tendrá que temerla, porque le quedará reconocida y habrá formado con la misma estrechos vínculos de amistad. No son los hombres tan impudentes que den á menudo ejemplos de una ingratitud igual á la que resultaria de oprimirte en semejantes circunstancias: ademas de que nunca son tan prósperas y cumplidas las victorias, que permitan al vencedor faltar impunemente tanto á la consideracion de sus aliados y al

---

tralidad para un príncipe mas poderoso que otros dos que estan en guerra, porque de este modo se hace árbitro de ellos cuando quiere: siempre es perjudicial para los príncipes pequeños. Es indispensable ser el mas fuerte, ó estar con el mas fuerte.

miramiento que siempre se debe á la justicia. Si por el contrario fuere vencido aquel por quien te declarares, no podrá olvidar el beneficio que le hicieres; y si llega algun dia á mejorar de fortuna, podras contar recíprocamente con su auxilio, habiendose hecho en cierto modo compañero de tu fortuna.

En el otro caso, ès decir, si las potencias que estan en guerra no pueden inspirarte temor, quien quiera que venza, la prudencia te aconsejará igualmente que te declares á favor de una de ellas; pues de este modo concurrirás á la ruina de la otra, sirviendote de auxiliar la primera, que si fuera discreta, deberia salvarla. Como será imposible que aquella no triunfe con tu auxilio, su victoria la dejará tambien sometida á tu discrecion.

Obsérvese aqui, que habiendo un príncipe de acometer á otros, debe huir de toda alianza con quien sea mas poderoso que él, no obligandole á hacerlo la necesidad, como llevo dicho mas arriba; porque si este vence, te quedarás en cierto modo sometido á su poder: situacion violenta que debe evitar todo el que aprecia como debe su independencia. Asi ès como

se perdieron los venecianos, por haberse aliado sin necesidad á la Francia contra el duque de Milan. Los florentines no fueron tan reprensibles en haber abrazado el partido del papa y del rey de España, luego que marcharon las tropas de estos contra la Lombardia; porque obedecian á la dura ley de la necesidad, segun ya he probado antes. Por último, no hay un partido perfectamente seguro, y muchas veces tan solo se evita un peligro para caer en otro mayor. La prudencia humana sirve solamente para escoger el menos perjudicial de los males conocidos (1).

Los príncipes deben honrar mucho el talento, y proteger las artes, especialmente el comercio y la agricultura. Importa sobre todo inspirar seguridad á los labra-

---

(1) En otro lugar, dice Maquiavelo (Hist. lib. 2), «que aquel que aguarda á que las circunstancias le ofrezcan recursos para obrar, jamas entra en nada; y cuando se mete en algo, la empresa redunda las mas veces en perjuicio suyo." El famoso fray Pablo Sarpi decia: «En todas las cosas de este mundo he observado que nada lleva mas apriesa al peligro, que el escesivo cuidado de apartarse de él, y que la demasiada prudencia degenera en imprudencia ordinariamente."

dores contra la opinion que suelen tener de que serán recargados con tributos, y despojados de sus tierras despues que las hayan mejorado por medio de un buen cultivo. Ultimamente el príncipe no se descuidará en ciertos tiempos del año de dar al pueblo fiestas y espectáculos (1), ni faltará á honrar con su presencia las juntas de los diferentes gremios de oficios, desplegando en todas estas ocasiones la magnificencia propia del trono, y dando muestras de bondad, sin comprometer la dignidad del rango á que se ve elevado.

---

(1) Mas bien contenian los romanos á los pueblos sometidos procurandoles placeres, que destrozandolos con las armas: *voluptatibus, quibus romani plus adversus subjectos, quam armis valent* (Tacit. Hist. 4). Agricola domó la ferocidad de los ingleses por medio del lujo: de modo que llamaban moderacion y dulzura al arte que empleaba para esclavizarlos: *Ut homines dispersi ac rudes, eoque bello faciles, quieti et otio per voluptates assuescerent... Idque apud imperitos humanitas vocabatur, cum pars servitutis esset* (ibid.). De este mismo modo obraba Augusto: *Indulserat ei ludicro.... neque ipse abhorrebat talibus studiis, et civile verebatur miscere voluptatibus vulgi* (Tacit. Ann. 1)." El pueblo que gusta de placeres celebra que concurra á ellos el príncipe, para tenerle por compañero en cierto modo." *Ut est vulgus cupiens voluptatem*

CAPITULO XXII.

De los ministros.

La eleccion de ministros es una de las cosas mas importantes y que da mejor á conocer la sabiduria de los que gobiernan; porque no es de príncipes ordinarios emplear bien su confianza. En esto se echa de ver al instante su talento, pues el que tuviere para otros negocios no se descubre sino al paso que se ofrece la ocasion, y esta no se presenta con frecuencia. La reputacion de un príncipe pende muchas veces del mérito de las personas que le rodean (1). Todos los que conocian al señor Antonio de Venafro,

---

et si eodem princeps trahat, lætum (Ann. 14). Al tiempo de la eleccion de los consules, se metia Vitelio, como un particular, entre los pretendientes, y procuraba ganarse los votos y el afecto del pueblo, presidiendo las funciones del teatro y del circo: *Comitia consulum cum candidatis civiliter celebrans, omnem infimæ plebis rumorem in theatro, ut spectator, in circo ut fautor, affectavit* (Ibid.).

(1) Segun dice Tácito, todos pensaron favorablemente del reynado de Neron al ver que nombraba á Corbulon general de sus ejércitos, indicando esta eleccion que estaba abierta al

no podian menos de hacer justicia al tino y á la sabiduria de Pandolfo Petrucci, príncipe de Sena, por la eleccion que hizo de un hombre tan habil para administrar sus estados.

Hay tres especies de talentos: unos que saben descubrir cuánto les importa saber; otros que disciernen con facilidad el bien que se les propone, y en fin los hay que no entienden por sí, ni por medio de otro. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros absolutamente inútiles. Pandolfo pertenecia cuando me-

---

mérito la puerta del valimiento, y que el príncipe se habia dirigido por buenos consejeros. *Daturum planè documentum; honestis, an senis, amicis uteretur; si ducem egregium, quàm si pecuniosum et gratia subnixum deligeret.... Læti, quod Domitium Corbulonem præposuerat, videbaturque locus virtutibus patefactus* (Ann. 13). «Pareceme, dice Commines (Mem. lib. 2 cap. 3), que una de las mejores prendas que pueden descubrirse en un señor, es la de juntarse con personas virtuosas; porque naturalmente se infiere que será de la misma condicion de aquellos que estan mas inmediatos á él. En esto se fundaba el príncipe de Orange cuando decia, que podia formarse juicio de la crueldad de Felipe II, rey de España, por todas las crueldades que obraba impunemente el duque de Alba en los Paises-Bajos.”

nos á la segunda clase; porque el príncipe que sabe distinguir lo que es util de lo que es perjudicial, puede sin ser hombre de grande ingenio formar juicio de la conducta de sus ministros, y aprobarla ó tacharla con discernimiento: de manera que estando estos persuadidos de que no pueden engañarle, le servirán con celo y fidelidad (1).

Pero ¿qué medios hay de conocer los ministros? Hé aqui uno infalible, que consiste en observar si se ocupan mas en sus intereses propios que en los del estado. Un ministro debe dedicarse enteramente á los negocios públicos, y no entretener jamas al príncipe con sus asuntos particulares. A este le toca cuidar de los intereses del ministro, que por decirlo asi, se olvida de sí mismo, y colmarle de honras y bienes (2): de este modo le quitará el

(1) Por esto Seyano, que conocia la habilidad y penetracion de Tiberio, queria al principio de su reynado darse á conocer por la sabiduria de sus consejos: *Sejanus, incipiente adhuc potentiâ, bonis consiliis notescere volebat* (Tacit. Ann. 4).

(2) «No tengas cuidado de los intereses de tu familia, que yo lo hago por tí, decia Tiberio á Seyano: ahora no te digo mas; pero á

pensamiento de buscar mas riquezas y otras dignidades. Sobre todo, debe reducirle á términos de temer y alejar cualquiera mudanza perjudicial ó funesta al soberano, su amo: único arbitrio para establecer entre el príncipe y los ministros una confianza util, y al mismo tiempo noble y honrosa.

CAPITULO XXIII.

Como se debe huir de los aduladores.

No puedo menos de hablar de la adulacion que reyna en todas las cortes: vicio contra el cual los príncipes deben estar siempre alerta, y de que no se veran libres sino es valiendose de la prudencia y de mucha habilidad. Tienen los hombres tanto

---

su tiempo me mostraré agradecido á los servicios recibidos." *Ipse, quid intra animum volutaverim, quibus adhuc necessitudinibus immiscere te mihi parem omittam ad præsens referre. Id tantum aperiam, nihil esse tam excelsum, quod non virtutis istæ, tuusque in me animus, mereantur; natoque tempore, vel in senatu, vel in concione non reticebo* (Ann. 4). Felipe II, rey de España, decia á su primer ministro Rui-Gomez: « Haz tú mi negocio, que yo haré el tuyo."

amor propio y tan buena opinion de sí mismos, que es muy dificil preservarse de tal contagio; ademas de que queriendole evitar, pudieran tambien disminuir su justo aprecio. El mejor arbitrio que pueden tomar los príncipes para librarse de los aduladores, es manifestar que no les ofende la verdad; pero si cualquiera tuviese la libertad de decirles lo que quisiera, ¿en qué vendria á quedar entonces el respeto debido á la magestad del soberano (1)? El príncipe prudente guarda un justo medio, escojiendo hombres sabios por consejeros, y permitiendoles á ellos solos que le digan francamente la verdad sobre las cosas que les pregunte, y nada mas. Y debe ciertamente preguntarles y oir su parecer en cuanto le incumbe; mas luego determinarse á aquello que le dicte su propia opinion, conduciendose de manera que todas las gentes esten convencidas de que con cuanta mayor libertad se le habla, tanto mas se

(1) Tiberio aborrecia la lisonja, y por eso muchas veces no acertaban los romanos á hablar delante de él: *angusta et lubrica oratio sub principe qui libertatem metuebat, adulationem oderat* (Ann. 2).

le agrada (1). Tocante á los otros, no debe oirles el príncipe, sino seguir derechamente el camino que se ha propuesto sin apartarse de él.

Un príncipe que se porta de diferente modo, ó se pierde por escuchar á los lisonjeros, ó tiene una conducta incierta y variable que le quita todo su crédito (2). Voy á citar en apoyo de esta doctrina un pasage de la historia de nuestro tiempo. Dice el clérigo Luc del emperador Maximiliano, su señor, hoy dia reynante, «que de nadie se aconseja, y sin embargo jamas obra siguiendo su propio dictamen (3).»

---

(1) Teniendo un cortesano que pedir un empleo á Juan II, rey de Portugal, principió á adularle; y este monarca le respondio: «amigo, está reservado para un hombre que nunca me haya adulado.»

(2) Este es el sistema de los príncipes imbéciles: *Claudius*, dice Tácito, *modò huc, modò illuc, ut quemque suadentium audierat, promptus* (Ann. 12); *huc illuc circumagi, quæ jusserat vetare, quæ vetuerat jubere* (Hist. 3).

(3) Este emperador tenia buenas ocurrencias. Quiso ser colega del papa, é igual suyo aun en materias de religion, y por eso se hacia llamar *Pontifex maximus*. Decia tambien que si hubiese nacido Dios y tuviera dos hijos, el primogénito seria Dios y el segundo rey de Francia.

Esto es seguir un camino diametralmente opuesto al que acabo de señalar. Como S. M. I. es un señor muy misterioso, que no da parte á nadie de sus proyectos hasta el momento mismo de llevarlos á ejecucion, apretado entonces por el tiempo, por los reparos que le ponen sus ministros y por las dificultades imprevistas que encuentra, tiene que ceder á la opinion de los demas, y trastornar todo lo que habia concebido. Y ahora pregunto yo: ¿qué cuenta hay que tener con un príncipe que deshace hoy lo que hizo ayer?

Siempre está bien al gefe de un estado tener consejeros y consultarlos; pero haciendolo cuando á él le acomode, y no cuando quieran sus súbditos. Ha de procurar por el contrario, que nadie se meta á darle consejos, sin que él no los pida, aunque convenga que sea á veces gran preguntón, que oyga atentamente lo que le digan, y manifieste descontento, si advierte que los que estan á su lado titubean en decirle todo lo necesario.

Es un error grosero creer que será menos estimado un príncipe aconsejandose de otros, y que entonces se le tendrá por incapaz de conocer las cosas por sí mismo;

porque el que está falto de luces jamas acierta á aconsejarse bien, á menos de que tenga la rara felicidad de encontrar un ministro hábil y honrado en quien pueda descargarse de todo el peso y cuidados del gobierno: y aun entonces correrá el riesgo de verse despojado de sus estados por aquel mismo á quien imprudentemente confie toda su autoridad. Para ponerse á salvo de este peligro, si en lugar de un consejero solo tiene muchos, y destituido de talento quiere conciliar los pareceres diferentes de sus ministros, que acaso se ocuparán mas del interes propio suyo, que de los del estado, sin recelarlo él siquiera, ¿cómo podrá evitar su perdicion (1)? Por otra parte los hombres en general son malos, y no se inclinan al bien sino obligados por la fuerza: de lo que se infiere que la sabiduría sola del príncipe es la que ha de produ-

(1) Claudio no sabia dejarse llevar por el consejo de otro, ni guiarse por el suyo propio: *Neque alienis consiliis regi, neque sua expedire* (Ann. 12).... Los consejeros de un príncipe se inclinan siempre á lo que mas á ellos les interesa: si son débiles se dejan dominar del temor, si favorecidos, de la ambicion: *Sibi quisque tendentes... quia apud infirmum minore metu, et majore prœmio peccatur* (Tact. Hist. 1).

cir los buenos consejos (1), y que los buenos consejos nunca ó rara vez suplan la sabiduria del príncipe.

CAPITULO XXIV.

Por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados.

Un príncipe aunque sea nuevo se mantendrá tan facilmente en la posesion de sus estados, como aquel que reyne por título de herencia, si se conduce con arreglo á las máximas que acabo de esplicar: y aun en el primer caso su condicion será preferible bajo ciertos respectos á la de un príncipe hereditario; porque como se examina con mas atencion el sistema de un príncipe nuevo, principalmente si gobierna con tino y sabiduria, este mismo mérito suyo le captará el afecto y la estimacion de los pueblos, mucho mejor todavia que la legitimidad del

(1) Alfonso, rey de Aragon, tenia por el mayor absurdo que los reyes se dirigiesen por sus ministros, y los generales de un ejército por sus tenientes. (Panormit. *De rebus gestis Alfonsi*, lib. 2).

título de su dominio. Siendo cierto por otra parte que los hombres atienden mas á lo presente que á lo pasado, y no piensan en variar cuando se hallan bien (1), un príncipe que llena cumplidamente sus deberes, nunca debe temer que le falten defensores. Lejos de ser un motivo para disminuir su aprecio la novedad de su fortuna, doblará por el contrario su gloria, como que su mérito solo será el que haya vencido todos los ostáculos que se le presentaron; y al paso que el reyno de este adquiere mas esplendor por las buenas leyes que establece, por la institucion de una milicia respetable, por los amigos útiles que se ha grangeado, y por empresas brillantes consumadas con buen suceso; asimismo se envilece y degrada aquel que por su impericia ó por su culpa pierde los estados que habia heredado de sus mayores.

---

(1) Mas quieren los hombres, dice Tácito, las cosas presentes de que estan seguros, que las antiguas que seria peligroso pretender y prefieren lo que tienen á lo de dudosa consecucion: *Tuta et præsentia, quàm vetera et periculosa malunt* (Ann. 1); *anteponunt præsentia dubiis* (Hist. 1).

Si se examina la conducta del rey de Nápoles, la del duque de Milan y la de otros que han perdido sus dominios en nuestros dias, se advertirá que han incurrido todos en un grande error, por haberse descuidado en levantar una milicia nacional, y ademas en no haber hecho caso de ganarse el afecto de los pueblos, captando al mismo tiempo la voluntad de los magnates: tan cierto es que por desaciertos de esta naturaleza puede perderse un estado respetable, y capaz por sí mismo de poner en campaña un ejército numeroso. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro-Magno, sino el que fue derrotado por Tito Quintio (1), poseia un estado muy poco considerable, comparado con el de Roma y los de la Grecia, contra cuyas fuerzas combinadas tuvo que defenderse. Resistió no obstante á estas grandes potencias, y en muchos años que duró la guerra, tan solo perdió unas cuantas ciudades; pero este príncipe era un guerrero distinguido, sabia ademas contemplar á los grandes y hacerse amar del pueblo.

---

(1) Filipo, padre de aquel Perseo, último rey de Macedonia.

No deben pues nuestros príncipes de Italia echar la culpa á la fortuna de haber perdido sus estados, sino á su cobardia y á su falta de prevision; porque estaban tan distantes de creer posibles semejantes trastornos (como sucede de ordinario á los gobiernos que han gozado de tranquilidad por algun tiempo), que cuando vieron acercarse al enemigo, huyeron en vez de defenderse, contando con que los pueblos, cansados bien pronto de la insolencia del vencedor, no tardarian en volverlos á llamar.

Cuando no hay otro partido que tomar, no es tan malo el último; pero considerando que es una vergüenza despreciar los medios honrosos de evitar su ruina, y dejarse así caer con la esperanza de que otro nos levantará; esperánza por lo regular vana, pero que aun teniendo algun fundamento, es espuesta: porque aquel que confia en el socorro estrangero, debe temer no halle un dueño en su vencedor. El príncipe ha de buscar recursos en sí mismo y en su valor contra la mala fortuna.

CAPITULO XXV.

¿Qué influjo tiene la fortuna en las cosas de este mundo, y de qué modo se le puede hacer frente siendo adverso?

No ignoro que han creido muchos y piensan todavia, que las cosas de este mundo se gobiernan de tal modo por la Providencia ó por la fortuna, que ningun poder tiene la prudencia humana contra los acontecimientos; y es por lo mismo inutil tomarse cuidado por lo que ha de suceder en ciertas ocasiones, ó tratar de evitarlo ó de impedirlo (1).

Las revoluciones de que hemos sido y somos todavia testigos, son muy propias para acreditar una opinion semejante, de la cual aun á mí mismo me cuesta muchas veces trabajo defenderme, considerando

---

(1) Tácito nos ofrece un ejemplo en la persona de Claudio, que la fortuna habia designado para el imperio, siendo el sugeto en quien menos pensaban los romanos: *Mihi quantò plura recentium seu veterum revolvo, tantò magis ludibria rerum mortalium cunctis in negotiis adversantur; quippe famâ, spe, veneratione potius omnes destinabantur imperio, quàm quem futurum principem fortuna in occulto tenebat* Ann. 3).

cuánto estos sucesos han pasado mas allá de lo que podiamos conjeturar. Sin embargo, como tenemos un libre albedrio, yo pienso, y es necesario reconocer, que la fortuna no gobierna el mundo en tales términos, que no le quede á la prudencia humana una gran parte de influjo en todos los sucesos que vemos.

Yo compararia el poder ciego de la fortuna con un rio violento, que cuando sale de madre inunda los campos, arranca de cuajo los arboles, derriba y se lleva los edificios, transporta las tierras de un lugar á otro, y nadie se atreve ni puede oponerse á su furor: todo lo cual no impide el que luego que vuelve á sujetarse dentro de sus márgenes, se construyan diques y calzadas para precaver nuevas inundaciones y estragos. Lo mismo sucede ciertamente con la fortuna, que ejerce su poder, si no se le opone alguna barrera.

Echando una mirada á la Italia, teatro de frecuentes convulsiones que ella misma ha provocado, se advierte que es un pais falto de diques y sin defensa. Si se hubiera puesto en estado de resistir á sus enemigos, á imitacion de España,

Francia y Alemania, ó la irrupcion de los estrangeros hubiera sido menos considerable y desastrosa, ó no hubiera sido invadida.

Ya no hablaré mas sobre los medios generales de vencer la mala fortuna; pero limitandome á ciertas particularidades, debo notar que aun en el dia de hoy no es cosa rara ver á príncipes que han caido de un estado de prosperidad en la desgracia, sin que pueda esto atribuirse á alguna mudanza en su conducta ó en su caracter: lo cual en mi juicio proviene de las causas que he manifestado antes con bastante estension, á saber: que los príncipes que se fian demasiado en la fortuna, se arruinan cuando ella los abandona. Aquellos que arreglan su conducta á las circunstancias, rara vez son desgraciados; porque la fortuna se muda solamente para los que no saben acomodarse con el tiempo. Prueba de esto es la diversidad de caminos que toman los que corren en pos de la gloria, ó de las riquezas: el uno se dirige hácia su objeto á bulto y á la buena ventura, el otro con discernimiento y medida: este usa de la astucia, y aquel de la fuerza: uno tie-

ne espera, otro es impaciente; y no obstante vemos á muchos conseguir su intento por estos medios tan diversos y aun contrarios; y algunas veces de dos que siguen la misma senda, el uno llega á su destino, y el otro se estravia. La diferencia de tiempos puede únicamente descifrar la estravagancia de los sucesos.

Las circunstancias deciden tambien si en tal ó cual ocasion un príncipe se ha conducido bien ó mal. Hay tiempos en que es necesario valerse de suma prudencia; y hay otros en que el príncipe puede ó debe dejar alguna cosa á la casualidad; pero nada es tan dificil como mudar de intento y á tiempo de conducta y de caracter: ya sea porque no sepa uno resistir á sus hábitos é inclinaciones, ó ya porque con dificultad se abandona un camino que siempre nos habia dirigido bien (1).

---

(1) Maquiavelo dice en otro lugar (Disc. l. 3. capítulos 3 y 9), que Pedro Soderino se mostraba en todas sus operaciones suave y sufrido, y por estas prendas era amado en su patria, y él propio se hallaba bien mientras aquella conducta era conveniente; pero habiendo llegado tiempo de obrar con valor, no se atrevió á usar de él, y por esta debilidad

Julio II, de un genio violento y arrebatado, salió felizmente de todas sus empresas; sin duda porque las circunscias en que este pontífice gobernaba la Iglesia, requerian un gefe de semejante caracter. Aun hay memoria de su primera invasion del territorio de Bolonia, viviendo Juan Bentivoglio, la que dió celos á los venecianos, á la España y á la Francia; pero no se atrevieron á incomodarle unos ni otros: los primeros, porque no se consideraban con fuerzas suficientes para resistir á un pontífice de aquel caracter;

---

causó su ruina propia y la de su pais. Si hubiera sabido valerse de toda la autoridad que tenia, hubiera destruido el poder de los Médicis, y mantenido al mismo tiempo el gobierno republicano en Florencia.

Dice tambien Maquiavelo (Disc. l. 3, cap. 9) « que la causa por que la fortuna abandona á un príncipe, es que ella muda los tiempos, y entonces el príncipe no muda de sistema ni de recursos." Acusábase de mudable á un rey de Esparta que sabia obrar segun las circunstancias: «No soy yo quien varía, respondia él, sino los negocios: » de lo que debe inferirse, segun la sentencia de Tácito, que uno debe acomodarse á los tiempos, y ser suave ó severo, segun convenga: *Morem accommodari prout conducat* (Ann. 12). *Remissum aliquid et mitigatum, quia expedierit* (Ann. 3).

la España, porque ella misma tenia que recobrar el reyno de Nápoles, y la Francia, porque ademas del interes que advertia en contemplar á Julio II, queria humillar tambien á los venecianos: de suerte, que no titubeó en conceder al papa los socorros que le habia pedido.

Asi es como Julio II salió felizmente de una empresa, en que hubieran sido intempestivas la prudencia y la circunspeccion: y sin duda esta misma empresa hubiera tenido mal éxito, dando tiempo á la España y á los venecianos para reconocerse, y á la Francia para que le entretuviera con escusas y dilaciones.

Julio II manifestó en todas sus empresas el mismo caracter de violencia, justificandolo el éxito plenamente; pero acaso no vivió bastante para probar la inconstancia de la fortuna; porque si hubiese llegado tiempo de valerse de la prudencia y la circunspeccion, inevitablemente hubiera encontrado su ruina en aquella inflexibilidad suya de caracter, y en la impetuosidad, que eran tan naturales en él.

De todo esto es preciso concluir, que aquellos que no saben mudar de método

cuando los tiempos lo requieren, prosperan sin duda mientras van de acuerdo con la fortuna; pero se pierden luego que esta se muda, no sabiendo seguirla en sus frecuentes variaciones.

Por último, opino que mas vale ser atrevido que demasiado circunspecto; porque la fortuna es de un sexo que únicamente cede á la violencia (1), repele siempre á los cobardes, y si suele declararse por los jóvenes, es porque son ellos mas emprendedores y atrevidos.

CAPITULO XXVI.

Exortacion para libertar la Italia del yugo de los estrangeros.

Cuando repaso las materias que contiene este libro, y me detengo á examinar si las circunstancias en que nos hallamos seran ó no favorables para el establecimiento de un gobierno nuevo, que fuese tan aventajado para Italia, como honroso á su autor, me parece que no

(1) Annibal llamaba á la fortuna madrastra de la prudencia.

ha habido ni habrá tiempo mas oportuno de llevar á ejecucion una empresa tan gloriosa.

Si fue preciso que el pueblo de Israel estuviera esclavizado en Egipto para apreciar las raras prendas de Moyses; que los persas gimiesen en la opresion de los medos para conocer todò el valor y la magnanimidad de Cyro; en fin, si los atenienses no hubieran percibido tan vivamente la importancia de los beneficios de Teseo, á no haber esperimentado los males inherentes á la vida errante y vagamunda, ha sido necesario tambien que para apreciar el mérito y talento de un libertador de Italia, se viera nuestro infausto pais maltratado mas cruelmente que la Persia; que sus habitantes hayan estado mas dispersos que los atenienses; y en fin que hayan vivido sin leyes y sin gefes, saqueados, deshechos y esclavizados por los estrangeros.

Alguna vez en verdad han aparecido varones de un mérito tan singular, que pudiera haberseles creido enviados por Dios para libertarnos; pero no parece tambien sino que la fortuna celosa se empeñó en abandonarlos en la mitad de su car-

rera (1); de suerte, que nuestra desgraciada patria gime todavía exánime, y se consume esperando algun redentor que ponga fin á la devastacion y frecuente saqueo de la Lombardía, de la Toscana y del reyno de Nápoles: pide al cielo que levante algun príncipe poderoso para sacarla del yugo pesado y aborrecible de los estrangeros, para cicatrizar las hondas llagas que tiene abiertas tanto tiempo há, y para conducirla bajo sus estandartes á una victoria permanente contra tan crueles opresores.

Pero ¿en quién podrá la Italia poner los ojos sino en vuestra ilustre casa, que sobre hallarse visiblemente favorecida del cielo y en el dia encargada del gobierno de la Iglesia (2), posee ademas la sabiduria y el poder necesarios para intentar una empresa tan noble? Yo no creo que os presente ostáculos invencibles la ejecucion de este proyecto, si conside-

---

(1) Parece que el autor hace aqui alusion al P. Savenarola. (Vease su Historia de Florencia).

(2) Por Julian de Medicis, electo papa en el año de 1513, y que tomó el nombre de Leon X, llamado comunmente el restaurador de las bellas letras.

rais que los grandes príncipes, que os pueden servir de norma, no eran mas que hombres poderosos como vos, aunque su mérito les haya elevado sobre los demas de su especie; y á la verdad ninguno de ellos se halló en una situacion tan favorable como la vuestra. Debo añadir que estando tambien la justicia de vuestra parte, su causa no podia ser mas legítima, ni Dios estar por ellos mas bien que por vos. Toda guerra es justa desde que es necesaria; y es humanidad tomar las armas por la defensa de un pueblo, cuando está en ellas su único y postrer recurso. Todas las circunstancias concurren á facilitar la ejecucion de un designio tan noble; y basta para llevarle á buen término, caminar por las huellas que dejaron los hombres ilustres que os he dado á conocer en el discurso de esta obra. ¿Es acaso necesario que hable el cielo? Pues ya ha manifestado tambien su voluntad por señales prodigiosas. Se ha visto al mar abrirse y dar paso por sus abismos; á una nube señalar el camino que se debe seguir; brotar agua de una roca, y caer maná del cielo. Todo lo demas debemos hacerlo nosotros, pues Dios no nos ha dotado de in-

teligencia y de voluntad, sino es para alcanzar la porcion de gloria que nos está reservada.

Si ninguno de nuestros príncipes ha podido hasta ahora hacer lo que se espera de vuestra ilustre casa, y si la Italia ha sido en sus guerras constantemente desgraciada, consiste en que no se ha acertado á reformar sus instituciones militares aboliendo el antiguo método de pelear, y tomando otro mas adaptable á las luces del dia.

Nada honra mas á un príncipe nuevo, ni influye tanto en alcanzarle la admiracion y respeto de sus súbditos, como las instituciones y leyes nuevas que establece, cuando estas son buenas y van acompañadas de un caracter de grandeza. La Italia se halla indudablemente bien dispuesta para recibir nuevas formas. A sus habitantes de ningun modo les falta valor; les faltan buenos gefes: y prueba de esto es, que los italianos son muy diestros en los desafios y en otras contiendas particulares, al paso que en las batallas aparece casi apagado su corage. Un fenómeno tan raro no puede atribuirse sino á la debilidad é impericia de los oficiales, que no saben ha-

cerse obedecer por aquellos que conocen ó presumen conocer el oficio de la guerra; y asi vemos que las órdenes de los principales capitanes de nuestro tiempo no se han ejecutado jamas con exactitud y celeridad. Hé aqui por qué los ejércitos levantados en Italia para las guerras que hemos tenido de veinte años acá, han sido casi siempre derrotados. Basta acordarse de las batallas de Tar, Alejandria, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Proponiendose pues vuestra ilustre casa imitar á aquellos antepasados nuestros que libertaron á su pais del dominio de los estrangeros, debe antes de todo formar una milicia nacional, que es la única buena, y en cuya fidelidad puede tenerse confianza; siendo de notar que aun cuando cada soldado en particular sea bueno, llegarán á ser todavia mejores todos reunidos, viendo que el príncipe los lleva por sí mismo al combate, los honra y recompensa.

Siguese de aqui que es indispensable tener tropas sacadas del mismo pais, si se quiere que este no sea invadido por los estrangeros. La infanteria suiza y la española son muy apreciables; pero ni la

nna ni la otra carecen de defectos, que pueden evitarse en la formacion de la nuestra, y hacerla superior á ellas. Los españoles no pueden resistir el choque de los escuadrones, ni los suizos sostenerse al frente de una infanteria tan valiente y ostinada como la suya, sin volverla la espalda. En efecto, se ha visto y se verá mucho tiempo que las tropas de infanteria española no pueden resistir el choque de la caballeria francesa, y que á la infanteria suiza puede arrollarla la infanteria española. Si se dudara de este último supuesto, traeria á la memoria la batalla de Rávena (1), en que la infanteria española pe-

(1) Esta batalla se dió el dia 11 de abril de 1512; y aunque en ella quedó victoriosa la Francia, tuvo qne llorar la pérdida irreparable del vencedor, el malogrado joven Gaston de Foix, sobrino de Luis XII. Nó contento con haberse cubierto de gloria delante de Rávena, de haber antes rechazado un ejército de suizos, y lanzado al papa de Bolonia, atravesando rápidamente cuatro rios, perseguia á un cuerpo de españoles que iba de retirada, cuando fue muerto. Trajeron su cadaver á Milan, donde se le hicieron honras muy suntuosas; pero fue preciso luego sacarle de su sepulcro y ocultarle en otra parte, á solicitud del cardenal de Sion para libertar sus cenizas del ultrage de los

leó con las tropas alemanas, las cuales guardan el mismo orden en el combate que los suizos. Habiendose arrojado pues los españoles con la impetuosidad que acostumbran, y abrigados con sus broqueles, enmedio de las picas de los alemanes, fueron estos precisados á replegarse; y hubieran sido derrotados enteramente, á no haber caido sobre los españoles la caballeria.

Trátase pues de formar una milicia que no tenga los defectos de la infanteria suiza, ni los de la española, y que pueda sostenerse contra la caballeria francesa: nada hay mas propio para que un príncipe nue-

---

vencedores, luego que vino Ludovico el Moro á echar á los franceses de Milan. Habiendo llegado allá Francisco I despues de la batalla de Mariñan, mandó al famoso escultor milanés Agustin Bambaya, que formase un mausoleo digno de la celebridad de aquel joven heróyco. Ya estaba la obra muy adelantada, pero no concluida, cuando los franceses tuvieron que salir segunda vez de Milan; y asi llegaron á perderse todos los fondos empleados en aquel magnífico monumento. Varias piezas suyas, recogidas en Milan por los amantes de las bellas artes, se han conservado como objetos de curiosidad en algunos palacios de la misma ciudad, de Roma y de Florencia, y en gabinetes de personas particulares.

vo ilustre su reyno y adquiera una gran reputacion.

Es harto escelente para dejarla perder la ocasion que se presenta, y ya es tiempo que la Italia vea quebrantadas sus cadenas. ¿Con qué demostraciones de gozo y de reconocimiento no recibirian á su libertador estas desgraciadas provincias que gimen tanto tiempo há bajo el yugo de una dominacion odiosa? ¿Qué ciudad le cerraria sus puertas, ó qué pueblo seria tan ciego que reusara obedecerle? ¿Qué rivales tendria que temer? ¿Habria un solo italiano que no corriera á rendirle homenage? Todos se hallan ya cansados de la dominacion de estos bárbaros. Dígnese vuestra ilustre casa, fortalecida con todas las esperanzas que da la justicia de nuestra causa, de formar una empresa tan noble, á fin de que recobre nuestra nacion bajo vuestras banderas su antiguo lustre, y sea tal que pueda cantar con mejores auspicios aquellos versos de Petrarca:

Virtu contro al furore
Prenderá l'arme, é fia il combatter corto,
Che l'antico valore
Negl' italici cuor non é ancor morto.

